

A photograph of a wooden swing set on a beach. The swing is empty and hangs from a chain. The background shows the ocean with waves and a sunset sky in shades of orange and yellow. The foreground is a wooden deck.

Historia de un duelo

Carol Schaefer

Luciérnaga

Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
Cita	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
Notas	
Créditos	

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Narración reflexiva y de autoayuda que parte del instante en que Sophie, personaje ficticio, da un vuelco a su existencia. Renuncia a una vida aparentemente hecha. Necesita soledad para encontrar la verdad sobre sí misma. Se siente incompleta, así que emprende la búsqueda de la hija que murió hace más de dos décadas.

Es un viaje sobre todo espiritual donde descubre que su vida han sido muchas vidas, que a lo largo de los siglos ha sido muchas mujeres marcadas por el dolor de la pérdida de un hijo o la necesidad de afirmarse como féminas y, sin buscarlo, entra en comunión con mujeres que han sufrido algo similar.

Carol Schaefer

Historia de un duelo

 Ediciones
Luciérnaga

*Para mis queridos nietos
Dylan, Mia, Asia y Tess, Cole y Reed;
Hudson, Quinn y Avery, y para mis bisnietos Micah,
Oakley, Nash y Barrett.*

*I have lived many lives.
I have been a slave and a prince.
Many a beloved has sat upon my knee,
And I have sat upon the knee of many a beloved.
Every thing that has been shall be again.*

W. B. YEATS¹

1

La luna atrapaba en su luz la intrincada telaraña que cubría una esquina del cristal. A través de la ventana abierta, una suave brisa mecía dulcemente a la pequeña araña, que dormía en su tela. Sophie sintió una extraña y exquisita intimidad, que emanaba del silencio solitario de los hilos de plata.

En la casa reinaba un frescor otoñal, preñado de una fragancia de hojas muertas. Aún flotaba en el aire el aroma a roble y cedro que había dejado el fuego de la noche anterior. Su corazón sufría por las lágrimas que no habían sido derramadas, lágrimas inexplicablemente profundas, muchas más que las de la pasada noche, cuando ella y Tom habían hablado hasta tarde y habían hecho el amor por última vez. La sensación había sido casi incestuosa. Con los años, él se había convertido en una especie de hermano.

La manta afgana que habían traído de Irlanda aquel verano estaba extendida sobre el sofá de piel de búfalo. Allí se quedaron los dos, en el espacio etéreo, frente a frente, con los pies cruzados, envueltos en las almohadas y en la recia lana verde. Temía que si volvía a sentarse sobre el suave cuero, podía quedar atrapada en la agri dulce niebla que aún los envolvía y ya no podría arrancarse de ella por completo. El viaje a Irlanda había cambiado la vida de Sophie misteriosamente, y ahora sentía que ya no podía volver a ser como antes. Ella y Tom habían hecho esa peregrinación para reconectar con sus raíces y, aunque ninguno lo había mencionado en ningún momento, los dos sabían que necesitaban reavivar su amor. Pero en algún momento del viaje, se habían dado por vencidos. Curiosamente, la compatibilidad entre ambos se había fortalecido, aunque ya no prendió de nuevo la chispa de su relación.

En este viaje, el momento que la había transformado había sucedido al pasar frente a la tumba de sus abuelos: dos suaves montículos cubiertos de espesa hierba color esmeralda. La reconfortante imagen del apacible reposo de la pareja había sido tan intensa que había comprado la manta verde para recordarla siempre.

Un desconcertante destello de oro translúcido acompañaba ahora a ese recuerdo. Sophie se sentó en el sillón, lejos de la manta que parecía tan descuidadamente extendida sobre el sofá. La luz de la lámpara de mesa caía sobre la lana verde como el sol del atardecer sobre las tumbas aquel día. Las lápidas proyectaban sombras que llegaban hasta sus pies. Sintió el mismo escalofrío que entonces.

Sus pies habían echado raíces en el suelo, como las de los frondosos árboles que salpicaban el cementerio. A lo lejos, en la bruma, Tom resultaba apenas visible mientras deambulaba entre las viejas lápidas. Tenués hilos de niebla flotaban entre las tumbas mientras Sophie lo miraba todo fascinada. Al principio se fijó en las violetas silvestres, con sus caras moradas tan parecidas a las de las hadas irlandesas que había esperado ver.

El velo de niebla espesaba rápidamente, las figuras de mármol se convertían en espectros. Por la puerta lateral izquierda de una capillita de piedra salieron nueve monjas en fila india, con las cabezas inclinadas en oración y súplica. Extrañas entre ellas, solo con Dios se relacionaban.

El rumor de sus plegarias flotaba pesadamente en el aire húmedo. Cada una llevaba una herramienta de jardinería en la mano izquierda, para ocuparse del cuidado de las tumbas, y los dedos de cada mano derecha acariciaban sin cesar las cuentas de madera de sus rosarios. Con paso lento, pausado, las hermanas enfilaron el camino que conducía desde detrás de la capilla hasta el fondo del cementerio y desembocaba en el mar. El color negro de sus hábitos era intenso incluso bajo la niebla. Si no alzaban esas cabezas tan profundamente inclinadas en oración, podían acabar adentrándose en las olas hipnóticamente rompientes. Cuando llegaron a la orilla, volvieron sobre sus pasos y desaparecieron detrás de un muro de árboles y lápidas. Cuando desaparecieron, todo quedó en calma en torno a ella, y otro mundo tomó el relevo. Sophie alzó la vista cuando un ángel dorado se desprendió de su réplica de mármol: la estatua que se cernía sobre las lápidas de sus abuelos. Por algún motivo, no se sorprendió. Creado con finísimo hilo de oro, brillante como el fuego, el ángel se aproximó. Liberado de su prisión de mármol, creció hasta erigirse sobre ella. La extraordinaria belleza de sus alas disipó todo miedo a la muerte que Sophie pudiera haber experimentado. Ahora, extrañamente, la deseaba.

Entonces, como si estuvieran en la escalera de entrada de la casa de la familia un día cualquiera, los abuelos, con toda naturalidad, se sentaron en sus lápidas. Reflejaban el brillo dorado del ángel. Aunque habían muerto antes de que ella naciera, Sophie sabía que eran ellos por las fotos que había visto. La leyenda familiar atribuía este hecho al dolor que les había causado perder a sus hijos por América.

Sus abuelos se inclinaron hacia delante como si se dispusieran a hablar, pero solo pudo sentir sus palabras. «Empieza a recordar a “la Madre”», pidieron.

—¡Cariño! ¡Ven! Tienes que ver esto.

La voz de Tom la llamaba desde lejos.

Sin pensarlo, Sophie se volvió para buscarlo entre las viejas lápidas. Cuando regresó, el ángel y sus abuelos habían desaparecido. Su corazón latía con fuerza, su cuerpo estaba enrojecido por el calor del aire ahora húmedo, mientras pugnaba por fijar un recuerdo que se desvanecía, como un sueño, muy rápido. ¿Qué le habían pedido?

El aliento de Tom en la nuca la sobresaltó. Casi se desmayó. Él la atrapó cuando ya le cedían las piernas, y la guio rodeándola con un brazo. Pasó rozando la estatua del ángel y tocó sus alas suaves y frías. Mientras caminaban hacia el coche de alquiler, Sophie se volvió para echar una última mirada. La invadió la nostalgia.

Junto al aparcamiento, una estatua de la Virgen María custodiaba el cementerio. Por algún motivo, su rostro insondable resultaba reconfortante. Subió al coche sin decir palabra, mientras una solitaria lágrima, provocada por un recuerdo oculto, rodaba por su mejilla. Si Tom no hubiera estado allí para conducir, no sabía si habría podido marcharse, prendida como estaba de algo que no acertaba a nombrar.

Ya habían recorrido un largo trecho del angosto camino cuando Sophie rompió el silencio como si fuera un ayuno, uno de esos silencios que no incomodaban a su marido.

—¿Crees que ese es el precio que Dios les exige a todas las mujeres en alguna vida? ¿Esas monjas son lo que Él quiere que seamos todas?

Mientras formulaba esta pregunta, comprendió que estaba expresando en voz alta una duda que se había formado en su mente en segundo curso, con ocasión de su Primera Comunión. En aquel entonces, obtenía respuesta a todas sus dudas. Solo tenía que memorizarla.

Tom había rechazado la idea con un educado «¿Eh?». Lo había sacado de su ensimismamiento, como de costumbre.

El timbre del teléfono la devolvió bruscamente a la realidad. Alargó la mano para cogerlo mientras se enjugaba una lágrima. Fuera quien fuese quien llamaba, ya había colgado.

Era la segunda vez que ocurría ese día. Cansada, apagó la luz y se dijo que por la mañana debía buscar la foto de sus abuelos.

Después de una noche sin sueños, se despertó con la sensación de haber sido succionada por un agujero negro del universo. Tinta negra. Una mancha. El colchón nuevo la había ayudado a dormir mejor que en los últimos años. Sola en la antigua cama de matrimonio, habría acabado rodando hasta el hueco de Tom. Espirales de polvo habían acompañado a los de la mudanza mientras cargaban la cama con dosel por el largo pasillo y la sacaban por la puerta de entrada, con pasos lentos y prudentes, como si portaran un ataúd. La cama era lo único que quería Tom. ¿Habría rodado él hacia el hueco de ella?

El teléfono sonó una vez y enmudeció.

Café en mano, entró en el cuarto de estar ociosamente, arrastrando por el suelo de madera las zapatillas de felpa blanca, un viejo regalo de Navidad de uno de los chicos. Parada en medio del cuarto, como si fuera la primera vez, sintió que necesitaba liberar a la estancia del horrible papel pintado con el que tanto se había encariñado a lo largo de los años. Hasta que las paredes no estuvieran completamente cubiertas, ni ella ni Tom habían imaginado el efecto de quedar atrapados para siempre entre las inmensas, elegantes y selváticas frondas de aquel diseño. Tom había empezado a llamarla Jane. Esto había sucedido años atrás.

Las gigantescas hojas de árbol cobraban vida bajo la luz de la mañana, y entonces recordó que en realidad sí que había soñado, un sueño extraño pero no desconocido, en el que ella era una niña muy pequeña, de menos de dos años. Su madre, no cualquier otra mujer que hubiera conocido en su vida, la había acomodado, como siempre, en una cesta alojada entre dos grandes raíces de un roble viejo, junto al río, sabiendo que allí estaría tranquila.

Y durante largo rato la niña apenas se había movido, apenas había respirado, mientras contemplaba cómo una gota de lluvia se quedaba prendida de una reluciente hoja de árbol sobre su cabeza y luego caía por fin, para ser absorbida por la acre tierra. Solo entonces se volvió para ver a su madre inclinada sobre el agua del río, lavando la ropa o elevando plegarias de agradecimiento antes de ponerse a arrancar zarzamoras de exuberantes arbustos espinosos. Si brillaba el sol y ella observaba el tiempo suficiente, las gotas se convertían en espejos brillantes que reflejaban los viejos y nudosos troncos de los árboles, y que a veces incluso rielaban con el río.

Si se encontraban junto al río al despuntar el día, el vapor del rocío de las hojas de color castaño envolvía a la niña como un sudario, y a veces la hacía soñar de nuevo. Eran sus momentos favoritos, más fascinantes incluso que contemplar las inquietas sombras que proyectaba el gran sol amarillo. Un día se fijó en un ala de gasa que desprendía un brillo dorado en el interior de un rayo de luz que se filtraba a través de las ramas de los árboles y se sintió envuelta en un calor mucho más dulce que el del sol. Desde ese día no cejó en su búsqueda.

En invierno la envolvían de pies a cabeza. A veces, la escarcha destellaba un momento y desaparecía. Normalmente el aire estaba cargado de humedad. Ya no había tantas aves o animalillos que llamaran su atención, y entonces trataba de zafarse de la gruesa colcha que la protegía, hasta que sentía cómo una oleada que llegaba de lo más profundo de la tierra la calmaba de nuevo.

Un día, cuando ya empezaban a crecer las flores silvestres de la primavera, su madre la sacó de la cesta ya demasiado justa y se la llevó al río, pisando húmedas piedras color carbón que brillaban bajo el sol. Las ramas de los árboles pendían bajas, inclinadas bajo el peso de la lluvia nocturna. Una gota de agua cayó de una hoja y se estrelló en su frente. Solemnemente, descendió la cuesta hacia el río. Hacía fresco, pero sentía el calor de la mano de su madre sobre la suya. La vida irrumpía desde debajo de las hojas muertas, y su madre caminaba con cuidado de no pisar los nuevos brotes. Así que ella también ponía atención. Había llegado, ahora que ya se sentía mayor, ese momento que había esperado mientras el río se animaba con las historias que su madre le contaba durante sus caminatas.

Sophie intentó recordar las historias que habían cautivado a la niña en su sueño, pero fue inútil. Comprendió, sin embargo, que la terapia debía de estar funcionando. Prefería un sueño raro a no soñar nada. Por lo menos ella y su terapeuta tendrían algo de que hablar.

Observando el cuarto con las primeras luces de la mañana, todo le pareció gozosamente sencillo. Mañana acabaría de trabajar en el jardín, cuando todo el papel estuviera arrancado.

A media mañana, aún en camisón —la idea la había arrastrado—, Sophie solo había conseguido quitar una pequeña parte de un panel. Resignada, se entregó al proyecto como si fuera un ejercicio zen. Alguna lección debía de encerrar esa tarea aparentemente inútil, y ella debía descubrirla. Con esa idea se enfrentó al proyecto con decisión renovada.

Regresaba por fin por el pasillo, camino de la ducha, cuando volvió a sonar el teléfono.

—¡No te atrevas a colgar! —gritó Sophie.

—Hola, ¿qué tal?

Era Tom. Su voz de barítono sonaba triste.

—He llamado un par de veces.

—Pues me has asustado.

—Lo sé. ¿Comemos?

—Es que necesito ocuparme de un asunto —acertó a decir.

Silencio. Tom no sabía qué contestar. Con la advertencia de su terapeuta resonando en su cabeza, «No te preocupes de cómo se sienta él, ocúpate de cómo te sientes tú, por una vez», aceptó cenar el jueves. No le pareció bien hacer otra cosa.

La tienda de pinturas no le dio una solución para eliminar más fácilmente aquella presencia de tantos años, y Sophie comprendió que tenía por delante un trabajo muy duro. A modo de incentivo echó un vistazo a las muestras de pintura, con la esperanza de infundirse ánimos ante la idea del cuarto transformado.

Pero con todos los colores imaginables ante ella, el único que vio fue un coral pálido, como el resplandor de la luz de una vela. Se estremeció. Era el color que últimamente invadía sus sueños. Y como no confiaba en sus sueños, abandonó la tienda sin la muestra. ¿Descubriría a un

monstruo esperando detrás de ese color? Todos los descubrimientos inesperados de recuerdos reprimidos revelados en programas de entrevistas habían hecho que temiera un poco a su propio inconsciente. Pero algo se agitaba en el fondo de su alma, pidiendo que lo reconocieran. Su mayor temor, que apenas acertaba a confesarse a sí misma, era que para ella no había nada más, que si exploraba su propia alma saldría de vacío. Decidió volver a casa por el camino más largo.

De nuevo ante el papel pintado, sintió cómo ese rascar lento y mecánico se convertía en una fuerza de sanación. Porque era justo lo que necesitaba: retirar capas en busca de su intención personal original, de descubrir por qué se había sentido tan bloqueada y deprimida, intermitentemente, durante tantos años, y por qué la leve depresión que padecía se iba agravando poco a poco, como una enfermedad. ¿Por qué no podía envejecer junto a Tom, y ya estaba?

Tras escuchar durante demasiado tiempo los problemas de Sophie, su mejor amiga, Penelope, que trabajaba como directora de *casting*, decidió que necesitaba distraerse con una experiencia distinta y la llamó para proponerle trabajar como figurante en una película que estaban rodando cerca de allí. Era un papel de profesora de finales de los años cincuenta. Le dijo que debía presentarse en el plató a las cinco de la mañana siguiente, con rulos en la cabeza.

En la sección de productos de belleza, Sophie repasaba el expositor mientras se sentía inmersa en un túnel del tiempo. Los almacenes Woolworth ofrecían la misma selección de rulos, de plástico o de esponja, de cuando ella era adolescente. A su mente acudieron recuerdos de años durmiendo sobre tubos de plástico rígido, pinchos clavándosele en el cráneo, orejas entumecidas por ser la única parte de su cabeza que podía apoyar en la almohada doblada. Los rulos de esponja le aplanaban la melena.

Cuando llegó a su casa, la imagen que vio en el espejo la desconcertó. Coronada con los mismos rulos de color rosa que había usado de adolescente, se alarmó al ver sus marcas de expresión, esas que nunca antes la habían molestado y que cuando era joven había deseado adquirir con el tiempo, porque querría decir que se había reído mucho en la vida. En sus ojos asomaba una preocupación nueva e inexplicable. Pero también había una insondable expresión de paciencia atemporal que ardía en el fondo de su ser, como cuando un ave se sienta a incubar sus huevos.

Tan pronto como su cabeza cayó sobre la almohada, Sophie sintió de nuevo el dolor insoportable que exigía la vanidad. ¿Acaso no se había insensibilizado su cuero cabelludo? ¿Cómo había podido soportarlo? ¿Cómo había afectado aquella tortura a su mente adolescente, a su alma? ¿Eran los rulos de plástico de color rosa los pies vendados de su generación? Consiguió dormir una hora como máximo de un tirón.

Pero la expectación la mantuvo despierta durante los cuarenta y cinco minutos que pasó conduciendo hasta el plató. Amanecía cuando un centenar de figurantes llegaron al vestuario, precedidos del vapor de sus cafés humeantes. Mujeres de todas las edades llevaban rulos en la cabeza. Algunas las llevaban cubiertas con pañuelos rojos, otras, con redecillas o cubrecabezas de plástico abullonados, color pastel, con bordes elásticos de encaje. Sophie se tocaba con un descolorido pañuelo de Pucci.

Se formó la cola para vestuario y Sophie empezó ya a deslizarse hacia un nuevo túnel del tiempo. El vestuario procedía realmente de los años cincuenta, calzado incluido. El dolor que le causaba andar con un par de zapatos de piel con tacón de aguja, que databan de hacía treinta años, era casi peor que la tortura de dormir con rulos de plástico.

Para su sorpresa, les entregaron fajas con ligas y medias. El director buscaba una forma de caminar que solo se conseguía llevando una faja. No era algo que pudiera fingirse. Mientras Sophie se esforzaba por embutirse en la suya, una persona de vestuario le preguntó a una joven figurante si podía quitarse el *piercing* de la nariz.

Con la faja y las medias puestas, toda su feminidad parecía comprimida. De la cintura a los muslos no podía mover un músculo, como si su sexualidad hubiera quedado encapsulada y disecada en un momento. Después de tantos años de libertad, ahora no importaba nada lo que su mente pensara acerca de quién era ella como mujer. Con la faja puesta, su cuerpo retrocedía al pasado, y eso afectaba a sus pensamientos.

Se repartieron sujetadores en forma de cono. Seguidamente, Sophie recibió un traje de dos piezas del color de la leche de magnesia de sabor a menta que le sentaba como los guantes de cabritilla que su madre solía usar para casi todo tipo de ocasiones, pero sobre todo para ir a la iglesia.

En la cola para peluquería se vio rodeada de chicas vestidas con faldas de vuelo con miriñaque, realzadas con crinolina y combinadas con jerséis con cuello falso de encaje y collar de perlas o broche circular. Las cumbres de sus puntiagudos pechos habían cedido. Alguien de vestuario iba a tener que repartir clínex.

Encorsetada en el uniforme de las figuras de autoridad de su pasado, Sophie observó a las jóvenes comportarse como lo había hecho ella a su edad. No sabían. Se movían con demasiada libertad. Había que llevar la espalda rígida y contonearse despacio para no descomponerse. Cuando les pusieran laca en el pelo se darían cuenta: «Acércate, pero no me toques, que me estropeas el maquillaje», «Bésame en la mejilla, que llevo los labios pintados», «¡No bajas la capota, que me despeino!», «¿Se me ve la combinación?».

—¡Tu pelo tiene memoria!

La joven con pantalones de cuero ajustados y camiseta con estampado de leopardo rio mientras el cabello de Sophie recuperaba obediente su corte italiano, su forma ondulada con rizos esculpidos sobre los pómulos. Y sin necesidad de horquillas. De pronto se sintió orgullosa de su cabello y alarmada a la vez.

Metieron a los figurantes en la cafetería, donde debían esperar. Y esperar. El exceso de café y donuts empezaba a minar todo intento de permanecer en el presente. Sophie se levantó para ir en busca del baño.

Este, que se encontraba en una caravana, no era más grande que una cabina telefónica. Y así era imposible evitar el espejo de cuerpo entero. Cuando se vio por primera vez, se sobresaltó. No se reconocía. ¿Acaso siempre se había definido por su aspecto? El corte italiano del anuario del último curso enmarcaba un par de ojos que brillaban de esperanza. En su próxima excursión al baño, su mirada sería más honesta. Pero en esta ocasión, para evitar verse por segunda vez, intentó fijar los broches de la faja a las medias realizando todo tipo de contorsiones. Sin embargo, su cuerpo sabio, que se rebelaba contra aquella tortura de devolución al pasado, estaba decidido a evitar que la faja ascendiera por encima de sus rodillas. El espacio apenas alcanzaba para ejecutar las contorsiones necesarias para volver a embutirse en aquella cosa y comprobar que las costuras estaban rectas. Una liga acabó estallando, por supuesto, en la parte posterior. La comicidad de la situación no ayudaba.

Desde el otro lado de la puerta se oyeron voces apremiantes.

—Están rodando en la entrada del colegio —gritó alguien.

Cuando abrió la puerta para ver quién hablaba, observó que a la directora de vestuario se le había pasado por alto el *piercing* que la chica llevaba en la lengua.

Dedicaron el resto de la mañana a rodar la escena que transcurría a la entrada de la escuela. Durante la comida que el servicio de catering dispuso en mesas de pícnic, los figurantes se mezclaron con los técnicos y con los actores. Después del descanso, los extras se reunieron en un aula. Chicos y chicas sentados en regazos ajenos, bromeando como amigos, cómodos entre ellos, sin pensar que sus reputaciones pudieran quedar empañadas o sus peinados destrozados. Sin embargo, Sophie se preguntaba si sabían lo que era la pasión que solo surgía después de años de prolegómenos sexuales.

La sesión no terminó hasta el atardecer. En la autopista, mientras volvía a casa, una suave puesta de sol se infiltró en sus fantasías.

La luz que reflejaban las paredes color siena tostado envolvía la sala en una dorada suavidad. Copas de cristal vacías brillaban en las mesas desocupadas. Las vigas parecían rebotar en la plata pulida. A Sophie le gustaba ser testigo de la tensión, de la expectación, de camareros ocupados con los últimos toques, rosas amarillas añadidas aquí y allá, largas velas cónicas encendidas frente a la cortina. El relato de la noche aún incierto, cada mesa a la espera de una historia que no iba a tardar en comenzar.

El clarete profundo de las copas era un contrapunto, como la sangre. Al cabo de largos minutos, su mirada se cruzó por fin con la de Tom, esa mirada tan sólida y firme como de costumbre, siempre ahí para ella, del color de la tierra densa. Marcas de expresión que se multiplicaban en las comisuras de sus ojos, que se expandían y llegaban casi a sus canosas sienas. Su robusto cuerpo se inclinó hacia ella, músculos antes fuertes, ahora suavizados.

—¿Te has decidido, cariño? —le preguntó Tom, en un lapsus.

Sus ojos seguían haciéndole la pregunta que quería formular: «¿Por qué rompes la familia? ¿No te basta con nuestra relación?».

Sophie negó con la cabeza, contestando a la pregunta formulada en voz alta, y fingió sumirse en la carta para intentar responder a la otra. A la que también ella se hacía. Esta no dejaba de dar vueltas en su cabeza. Si consiguiera obligarla a salir de ella, como una luna antigua liberada de su órbita, entonces quizá podría dar paso a una respuesta.

—Pasta de cabello de ángel con salsa pesto y ensalada.

Era lo que siempre pedía. Si no podía arriesgarse a pedir un plato nuevo, ¿cómo iba a arriesgarse a cambiar sus vidas? Y ¿por qué?

—Hoy he visto a Hal. Te acuerdas de él, ¿no?, mi hermano de la fraternidad...

Y la conversación discurrió como siempre, manteniéndola a ella en un túnel del tiempo. ¿Tenían veintitantos años? ¿Acababa de nacer David? ¿O Phillip? ¿Aún tenían treinta, una pareja joven con dos niños adorables y dinámicos? ¿Esto era antes o después de que Tom triunfara? ¿Todo eso lo habían soñado ellos, o lo había hecho otra persona en su lugar?

Poco después de casarse, y ya demasiado tarde para cambiar, había empezado a sentirse atrapada, envuelta herméticamente en un papel que iba a tener que interpretar hasta el fin de sus días. Y, sin embargo, tenía todo lo que le decían que debía desear.

La reunión de damas caritativas a la que había asistido al año de casarse había atizado el fuego de su vaga insatisfacción. Aquel club de mujeres irradiaba una extraña sacralidad. Sin embargo, lo que hacían era sentarse entre tijeras, lana verde y roja, abalorios, fieltro, retales, agujas, hilo y cola, y ponerse a confeccionar adornos de Navidad con rollos de papel higiénico que acumulaban durante semanas con la misma seriedad con la que las mujeres de antes recogían y bendecían hierbas. Le pareció ver extenderse ante ella años y años de recolecta de papel higiénico y retales. Debería haberle bastado con la compañía y claridad de ideas de aquellas

mujeres, pero Sophie quería algo más de ellas. No obstante, lo que quería era tan vago que no confiaba en lo que buscaba, ni en que hubiera algo más que encontrar. Aquella noche Tom no había tenido paciencia con sus lágrimas.

Mientras lo miraba desde el otro lado de la mesa, deseó con todas sus fuerzas que pudieran tratar esta salida nocturna como una primera cita romántica. Pero algo más la reclamaba, y tenía que estar sola. Tom pagó la cuenta sin levantar la vista y se alejó de ella incluso antes de despedirse.

Le esperaba el marchito papel pintado del rincón, ese que colgaba como un pétalo de nenúfar agonizante. Desde su triste cena con Tom, Sophie trabajaba en su proyecto con más sosiego, dejándose absorber por él con gratitud y reverenciando las cosas normales. Eso le permitía engañarse y pensar que estaba logrando llevar algo a cabo, cuando era lo intangible lo que la obsesionaba.

Notó la sangre cuando le cayó una gota en el pie descalzo y la sobresaltó. Le sangraba el dedo pulgar, pero no mucho. Mientras buscaba un trapo por el cuarto, tropezó con la radio, que estaba cubierta con una funda. El trapo estaba al lado de la radio, y con él se envolvió el dedo. El efecto fue como de dibujos animados.

La sangre caía sobre la todavía inmaculada funda de color crema resultaba sorprendente. Sophie se descubrió recordando su primera sangre, cuando por un momento se había sentido conectada a una poderosa fuerza femenina, cuando en silencio se había unido a todas las mujeres.

Había oído la voz de su madre, que, amortiguada por las sábanas que ondeaban en el tendedero, llegaba flotando a través de la ventana del baño en respuesta a su grito de socorro.

—¡Voy! —había prometido.

Después de lo que le pareció una eternidad, oyó unos golpecitos vacilantes en la puerta del baño. Sophie abrió la puerta y su madre la cerró rápidamente detrás de ella. Su madre, por algún motivo, ya sabía lo que pasaba, y sin decir palabra abrió el armario que se encontraba debajo del lavabo. Detrás de unos rollos de papel higiénico, limpiador y cajas de clínex de repuesto se ocultaba un paquete grande de paños higiénicos Kotex. A Sophie siempre le había escamado esa caja que siempre estaba escondida detrás de algo. Sentía su carácter prohibido.

—Los Kotex se guardan aquí —dijo su madre, con la mayor naturalidad posible—. Vas a necesitar un cinturón sanitario. Están en el cajón de la cómoda. Ahora vuelvo.

El cinturón sanitario que trajo era viejo y tenía la goma elástica deformada y retorcida, no lisa y plana como cuando eran nuevas. La emoción de convertirse en mujer se diluyó entre instrucciones sobre cómo pasar los extremos del paño higiénico por encima y a través de los dientes metálicos que estaban fijados a los extremos de la goma elástica y sobre cómo llevar todo el tinglado como un ligero, más o menos. Su madre dejó que completara sola el procedimiento. Sin embargo, sentía vagamente cómo su corazón palpitaba al ritmo del eco de tambores lejanos.

No era posible ocultar bajo la ropa los contornos del cinturón, que con el tiempo se había retorcido sin remedio. Sophie había temido que los reveladores bultos llamaran la atención en el colegio y que, marcada para siempre, o eso le habría parecido, le tomaran el pelo el resto del día.

El sagrado misterio de la sangre profanado. Quedaba el sentimiento de estar manchada de por vida. Los támpax se consideraban perversos, y ella no entendió por qué hasta que llegó al instituto.

El sol aún brillaba lo suficiente cuando Sophie salió al jardín y, cansada, se dejó caer en la silla. Lo duro no era rascar la pintura. Lo agotador era el trabajo interno. Sin embargo, cada vez que el cansancio la vencía, la sacudía un rayo de energía que no iluminaba su oscuridad, pero sí la atravesaba con un prometedor destello de renovada energía.

Al cabo de un rato, el calor de su cuerpo, ya incapaz de protegerla del frío hierro forjado de la silla, perdió la batalla ante un aire otoñal cada vez más fresco. Súbitas lágrimas difuminaron los contornos de los centenarios árboles que se alzaban detrás de la casa cuando acudió a refugiarse bajo su belleza solemne. El aire dorado y húmedo estaba cargado de podredumbre, de un peso que invitaba a la quietud. Sophie quería ceder, rendirse por fin, atravesar los velos que la tentaban con sabiduría primordial.

Ya de pequeña había sentido cómo su cuerpo se enlentecía al avanzar entre los apagados otoños de seda. Igual que una vieja bruja que saliera del tronco de un nudoso roble y la llamara con un gesto, todos los años le pedía que recordara que solo por una vez debía detenerse y permanecer quieta. Ella siempre se alejaba, danzarina, intrigada pero asustada, cada vez que sentía que las fuerzas intentaban capturarla tan pronto como olvidaba permanecer alerta, que trataban de envolverla en un momento perfecto para recordarle otros mundos.

Ahora las fuerzas volvían a agruparse. A pesar del penetrante frío del hierro forjado, Sophie se propuso permanecer en el momento. Esta vez por fin se quedaría quieta. Sus manos aferraron los brazos de filigrana de la silla mientras su dedo índice, que no podía dejar de seguir el dibujo de hojas de roble y bellotas, delataba su miedo. Hasta que también este se detuvo.

Cerró los ojos, sometiéndose, y en ese momento el ojo de su mente se abrió por completo. De la chimenea de una casa vecina llegó un penetrante aroma a madera de cedro que transportó su espíritu hasta la cima de la colina que se alzaba detrás de su casa, hasta el bosquecillo de secuoyas, su lugar preferido. Entre las secuoyas se erigía un enorme y viejo roble. Sophie se detuvo y observó las raíces expuestas. Bucles de hiedra cubrían las raíces, creando un dosel, un espacio secreto para un mago. De debajo del árbol manaba un hilo de agua. Fascinada, intentaba entender de dónde salía aquella agua cuando fue succionada como Alicia al País de las Maravillas.

La densa tierra la envolvió como un útero. Esta se ondulaba, impulsándola, empujándola como si la estuviera pariendo, centímetro a centímetro, amasándole la piel, suavizándola. Se sintió segura y aterrorizada a la vez. Notaba el miedo en el pecho. Le costaba respirar. Quería llegar al otro lado, pero estaba atascada, aunque seguía avanzando despacio. Tras una fuerte ondulación, el bosque verde esmeralda se reveló ante ella un instante. Y luego se reveló de nuevo. Cada vez que deseaba alcanzar tanta belleza, las raíces y la tierra se cernían sobre ella una vez más. Cada vez parecía eterna.

«Aquí hay algo que mi madre no quiere que vea», se dijo en voz alta, y su voz sonó extraña a sus propios oídos. Y entonces salió al otro lado. Un tigre la esperaba entre aquel verde esmeralda, un hermoso tigre blanco. Para llamar su atención, se convirtió en un tigre de circo y saltó a través de un aro de fuego, dos veces, por si ella no lo creía la primera. A continuación se sentó sobre las

patas traseras, como un caniche suplicante, e hizo el pino. Y por fin se acercó a ella tímidamente y le dio una gran lametada en la mejilla. Sophie se abrazó al cuello del tigre, como si fuera un perro doméstico, y ni siquiera se sorprendió de lo que hacía.

A lo lejos, una radiante estatua blanca se alzaba entre las ruinas. Un sendero estrecho, alfombrado de musgo, conducía a unas columnas caídas y a la entrada de un templo antiguo. Se acercó a los vestigios con el tigre a su vera, la mano suavemente apoyada sobre la cabeza del animal. Su poder la fortalecía. El templo la llamaba. Por algún motivo, el sendero le resultaba conocido. Lo había recorrido en muchas ocasiones, pero nunca con tanto pesar. Sabía que allí había ocurrido una tragedia. Incluso los árboles seguían doliéndose. Su cuerpo también empezaba a absorber la pena, una corriente eléctrica corría por su piel. Una bruma de plata, tejida como una telaraña, mantenía la escena en un silencio suspenso. Cuando sus pasos, aunque ligeros, rompieron el silencio, sonaron como si un trueno cayera sobre el musgo.

Conforme se acercaba al templo, se sintió embargada de reverencia. Sintió la urgencia de purificarse, de soltar la carga de su vida. La urgencia fue en aumento hasta que tuvo que detenerse y atenderla, mientras percibía claramente la oscuridad que la rodeaba, como un humo cargado de pérdida, añoranza y dolor. La negrura le impedía seguir avanzando, pero ya no quería volver sobre sus pasos. Vencida por el cansancio, de pronto se encontró luchando por su vida. La fuerza vital escapaba de su cuerpo y se fundía con el humo.

Todavía a su lado, el tigre soltó un rugido formidable, eterno. El tremendo bramido restalló en la oscuridad que la rodeaba, como si el humo hubiera cristalizado y los cristales rotos cayeron sobre la tierra blanda en torno a sus pies. El aire se despejó y Sophie se sintió rodeada de un brillo dorado, mientras el tigre se aprestaba a devorar el dolor cristalizado en el suelo, una labor interminable. Al principio, la pena se multiplicaba a medida que el tigre la consumía. Cuando hubo engullido el último bocado, se tumbó a los pies de ella, mientras la fuerza vital escapaba de su cuerpo. El animal se sacrificaba para que Sophie siguiera avanzando.

Sophie se arrodilló junto al tigre, angustiada, y lo cubrió con su cuerpo. Su llanto no había de terminar nunca. Sintió que no podía pedirle a aquella gran bestia que muriera por ella, pero si no lo hacía, fallecería ella en su lugar. La respiración del tigre era tan leve como una brisa ligera en un sofocante día de verano. Ella buscó con la mano el gigantesco corazón del animal. En él se concentraba todo el calor de su cuerpo, y solo le quedaban unos pocos débiles latidos. Su propio corazón palpitaba con fuerza, sacudiendo la tierra. No podía tomar una decisión tan terrible.

Alzó la vista, sobresaltada, cuando un golpe de viento levantó las hojas secas y las lanzó a revolotear en torno al templo y en su interior. A la derecha de la entrada se alzaba un cornejo blanco recién florecido. Volvió a sepultar la cara en el pelaje del tigre y comprobó si respiraba. Su propio cuerpo rebotaba vida ahora, como si el animal le hubiera entregado toda su fuerza. Sus lágrimas de agradecimiento le empaparon el pelaje. El templo la reclamaba.

La envolvió el intenso silencio que reinaba en el bosquecillo sagrado. Desde la quietud, el amor llenó su cuerpo hasta casi reventarle la piel, mucho más amor del que nunca podría haber imaginado. Su respiración se había vuelto superficial. Expulsó un poco de aire para que parte de aquel amor volara hasta el tigre. Cuanto más amor inundó su cuerpo, más fluyó hacia el animal a través del cuerpo de ella, hasta que aquel empezó a respirar más profundamente y su corazón a latir con más fuerza. Había amor más que suficiente para ambos, y ella lloró de alegría cuando lo vio moverse. Sentía casi como si fuera su cuerpo lo que estaba pasando en el del tigre. Colmados

mucho más allá de lo necesario, más amor continuaba fluyendo en ambos, impregnando el viejo bosquecillo y sanándolo también. El tigre se incorporó sobre sus fuertes patas traseras y rugió por segunda vez. Este bramido dispersó la oscuridad que aún quedaba en el bosquecillo. Los pájaros empezaron a cantar débilmente en los árboles. Animados por la luz, enfilaron de nuevo el sendero hacia el templo. El suave musgo le cosquilleaba los pies y amortiguaba cada uno de sus pasos.

Una maraña de vides muertas, arbustos y hojas de árbol ocultaba la mayor parte de los cimientos y del perímetro. Los florecientes pétalos blancos del solitario cornejo contrastaban marcadamente con los marrones apagados de la maleza. La estatua de mármol aparecía enmarcada por las columnas caídas. El tiempo la había respetado. Ni siquiera crecían vides en torno a su pedestal.

Solo cuando llegó a la altura del cornejo y miró a través de las columnas, la vista ya despejada de maleza, comprendió Sophie el significado de la estatua milenaria. A lo largo de su forma oblonga y redondeada, una sutil línea formaba una representación abstracta de la Virgen y el Niño. Se sintió emparentada con aquel lugar, aceptada.

A lo lejos, la niebla aún espesa inclinaba las invernales ramas desnudas, como si estuvieran cubiertas de musgo español. Grandes hojas verdes, idénticas a las del papel que había decorado sus paredes, emergían de debajo de la maleza vieja en el interior del templo. La estatua irradiaba calidez. Sophie miró a su alrededor, buscando una explicación, mientras se aferraba a los holgados pliegues que formaba el pelaje del cuello del tigre. El calor se convirtió en algo parecido al fuego y ella cayó al suelo, llorando. ¿Acaso la estatua se estaba inclinando hacia ella? Al tomar un puñado de densa tierra, intentó reprimir las lágrimas. La tierra resultaba refrescante. Tomando otro puñado, sepultó la frente en su desolador y acre alimento, con la esperanza de ahuyentar la visión. Pero esta se hizo más potente. No era posible pararla.

Corría sangre por el piso de mármol del templo; por todas partes yacían cadáveres de bebés. Los gritos de sus madres se oían desde el jardín; gritos que resonaban hasta los confines del universo, en oleada tras oleada de horror y conmoción. Sus ojos se cegaron con los destellos que el sol arrancaba a la armadura de los conquistadores. Uno de ellos se le acercó, su miembro ya expuesto y ensangrentado. Su casco destelló de nuevo y todo volvió a ser blanco y suave. La Madre estaba recogiendo a todos los bebés bajo la cegadora luz, alargando una mano hacia las madres, izándolas y llevándoselas. De su mejilla aún pendía una lágrima. El lugar estaba limpio de sangre desde hacía siglos, pero el dolor se había hecho perpetuo.

Pasó mucho tiempo, y de pronto su rostro se vio enmarcado por las manos frágiles de una niña. Se parecía a ella a los cinco años, pero era mucho más fuerte, mucho más sabia.

—Sophia.

La niña conocía su nombre.

—Este templo es sagrado. Durante eones, las madres vinieron aquí a dar a luz. La luz es de las más sagradas de la tierra.

Sophie se incorporó en el suelo, cautivada por la extraña historia de la niña, que, sin embargo, le resultaba conocida. Del pecho de la chiquilla brotó un suspiro formidable para alguien tan pequeño. La niña cerró los ojos mientras hundía la mano en el bolsillo, y con esta firmemente cerrada, extrajo algo del fondo. En un arrebato de infantil alegría, sacó la mano del bolsillo y extendió los dedos tan rápido como una explosión de estrellas. En la palma abierta sostenía, en perfecto equilibrio, una pequeña y suave piedra rosada.

—Esto es tuyo —anunció muy satisfecha, con un brillo cómplice en los ojos—. ¡Misión cumplida! —exclamó, y desapareció tras la estatua, riendo.

Las ramitas muertas que no se partían bajo los pies de la niña crujían ruidosamente bajo los pasos de Sophie cuando la buscó en torno a la estatua. Pero la niña había desaparecido. Sophie tocó el mármol de la Virgen y el Niño, y este se suavizó; los rasgos de la madre y el hijo se hicieron más nítidos, más bellos, más radiantes, y una lágrima solitaria cortó más profundamente el mármol.

El tigre rugió por tercera vez.

Sophie sintió un «¡Gracias!» susurrado.

El grito de angustia de un bebé rompió el repentino silencio, y Sophie miró a su alrededor frenéticamente, buscando el origen. La niña reapareció desde detrás de los pies desnudos de la Virgen.

—El grito de ese bebé es de un recuerdo —dijo con voz queda—. Una bebé quedó con vida y su madre echó a andar entre los árboles secos, envuelta en niebla, buscando eternamente a su hija. La criatura era como una semilla que se echa al viento para que arraigue, florezca y recuerde.

»Llévame contigo —susurró la pequeña.

Sophie asintió y abrió los brazos para acoger a la niña, que corrió hacia ella, le echó los brazos al cuello y como un fuego fatuo desapareció dentro de su corazón. La estatua de la Virgen y el Niño se disolvió en una columna de luz blanca, pura, radiante, que las atrajo hacia ella y las absorbió en su seno.

El ruido era ensordecedor. Dos sopladores de hojas estaban funcionando simultáneamente en el jardín vecino. Sophie estaba entumecida de frío. Miró a su alrededor, buscando el sol. En su lugar, finas nubes color añil se recortaban en el cielo. Era el fin del crepúsculo. Había pasado mucho tiempo. Estaba desorientada, pero hacía años que no sentía tan ligero su corazón.

Cuando su cuerpo revivió, se dio cuenta de que tenía algo en la mano. Abrió despacio los fríos dedos y descubrió una piedra de color rosa. A su mente acudió la cara de un tigre, y luego algo blanco. ¿Qué? La invadió la tristeza cuando volvió a casa, encontró su diario y escribió «tigre, templo, estatua, dolor».

Recordó unos versos de un poema de William Butler Yeats. Esperaba que Tom no se hubiera llevado ese libro, uno de los tesoros irlandeses que compartían. Fue a buscarlo. Después de largos minutos de búsqueda, y de tres fuertes estornudos causados por el polvo, lo encontró, se acercó a una luz más adecuada para leer el volumen encuadernado en cuero y encontró su pasaje favorito:

Damos a estos hijos, nuevos que vienen al mundo,
silencio y amor:
y que las largas horas que vierten rocío de la noche,
y las estrellas del cielo,
den a estos hijos, nuevos que vienen al mundo,
descanso, lejos de los hombres.
¿Existe algo mejor, algo mejor?
Decídnoslo.¹

Con cuidado, Sophie dejó el libro sobre la mesilla, junto a su cama, puso la piedra rosa encima y la contempló largo rato.

3

Las paredes pintadas de azul claro creaban un efecto celestial. Organdí blanco ondeaba en ventanas que esa mañana enmarcaban un sombrío cielo otoñal. En torno a una franja de cielo azul se agolpaban unas pocas nubes densas. «Mañana hará sol», prometía la abuela de Sophie, con su sabiduría popular, siempre que un fragmento de cielo azul asomaba entre las nubes. Todas las superficies disponibles estaban cubiertas de libros, tolerando a duras penas, o eso parecía, la intrusión de Sophie. La mecedora de mimbre blanco situada frente a ella, al otro lado de la habitación, reconfortaba solo con su presencia.

Pese a la serenidad que irradiaba aquel pequeño refugio, Sophie casi siempre se sentía un poco tonta cuando acudía a terapia. Con todos los males que aquejaban al mundo, ¿qué hacía ella allí? ¿Por qué tenía que formularse siempre la misma molesta pregunta? La terapia había liberado recuerdos que parecía mejor dejar donde estaban. Recordar no era explicar su vida; era incapacitarla para funcionar, para avanzar; era encallar por completo.

—¡Buenos días, Sophie!

Cybil entró acompañada de la brisa suavemente perfumada que se encontraba atrapada en su voluminosa falda y en su chal. Cuando se sentó en la mecedora de mimbre, la ondulante seda de su vestido se acomodó lentamente en torno a su ágil cuerpo sin edad, como un gato ronroneante. Sus ojos redondos del color del humo, enmarcados por una larga cabellera castaña veteadada de gris, estudiaron cada detalle del aspecto y el estado de ánimo de Sophie sin revelar nada de sí misma. A veces, Sophie sospechaba que Cybil era su hada madrina.

—Estoy bien.

Obviamente, si eso fuera cierto ella no estaría allí, pero años de cultivar esa contestación imposibilitaban cualquier respuesta sincera, y mucho menos abierta. Su intención era que esta fuese su última visita. Pero no se le ocurrió ninguna explicación que pensara que no iba a herir a Cybil. Decidió, pues, contarle las extrañas sensaciones que había tenido cuando se había quedado dormida fuera. Así, Cybil se convencería de que el inconsciente de su clienta no estaba del todo adormecido y de que ella no había perdido el tiempo.

—Pues esta semana no ha pasado gran cosa —empezó Sophie, sintiéndose de pronto mortalmente aburrida de sí misma, mientras desgranaba la letanía de su día a día—. Al final fui a cenar con Tom, pero me dio la sensación de que era la misma cita que llevamos teniendo desde hace años. He estado ocupada con el proyecto del papel pintado. Pero me estoy dando cuenta de que no me apetece mucho salir. Mi tiempo de soledad es demasiado importante, no sé por qué. Pero también creo que estoy demasiado ensimismada, poco productiva, y tengo que conseguir un trabajo. A este paso voy a acabar con mis ahorros. Estaba pensando que la de hoy tendría que ser la última sesión, porque he de ser más práctica.

Hale, ya lo había dicho.

Cybil se mecía en su asiento, en silencio, mientras asentía al ritmo del vaivén. Su rostro era una máscara. Sophie odiaba esa expresión. Siempre la impulsaba a parlotear sin parar para ocultar su incomodidad y su necesidad de salir corriendo. Para expiar sus incivilizados pensamientos, hizo su ofrenda a los dioses de la terapia.

—Ayer por la tarde me quedé dormida fuera y tuve un sueño rarísimo. Fue como si algo en el aire del otoño me atrapara, y solo recuerdo fragmentos, más que nada impresiones. Aun así, fue como si hiciera un viaje muy largo que me transformó.

Cybil seguía asintiendo banalmente. ¡Caray! Sintió como si la empujaran a parlotear de verdad, solo para llenar ese silencio tan elocuente. Su voz se agudizó.

—Recuerdo que dije en voz alta que mi madre no querría que yo viera esto, y luego me vino a la mente la imagen de un tigre. Y algo blanco, como una estatua. Cuando me desperté, sentí una terrible congoja. Y el poema de Yeats, «Canción de hadas», no se me iba de la cabeza. Ah, y llevaba en la mano una piedra rosa. No recuerdo cuándo la cogí.

En los ojos de Cybil brilló una chispa de interés real que contradecía la expresión neutra de su rostro.

Sophie oyó el llanto interminable de un bebé en su cabeza y miró a su alrededor frenéticamente.

—¿Has oído eso?

—¿El qué? —preguntó Cybil, inclinándose hacia delante, alarmada.

—¿Dónde está el bebé? —preguntó Sophie en un susurro, con voz de niña indefensa.

Se sentía aturdida, su cuerpo repentinamente inerte. Durante un momento largo y aterrador, pensó que podía perderse para siempre.

Cybil dejó el cuaderno amarillo y el bolígrafo, arrastró la mecedora hacia Sophie y le apoyó una mano en el hombro, como amarrándola, mientras con la otra le cubría las temblorosas manos.

Como desde el fondo del infierno, Sophie lanzó un grito de angustia que transgredía el decoro que siempre custodiaba esa puerta, y luego otro, y otro más. La estancia quedó liberada de todo fingimiento.

—¿Te he contado que mi primera hija se murió? —susurró.

—No.

Cybil no pudo contener una lágrima.

Los ojos de Sophie estaban secos, pero ya no miraban con recelo.

—No he pensado mucho en ella desde que nació. Se la llevaron enseguida, solo la vi un instante. Estaba como inerte, y muy pálida. No me dejaron tocarla ni cogerla en brazos. Mis brazos padecen una terrible carencia mientras te cuento esta historia. Mi cuerpo siente una añoranza tremenda y me duele el pecho. ¡Mi niña! Entonces no me sentí así. O por lo menos no recuerdo haberme sentido así. Me anestesiaron para cortar la hemorragia. O eso me dijeron. No pensaba que a estas alturas seguiría queriéndola tanto.

La estancia pareció cernirse sobre ella. Respiraba con dificultad. Bajo una oleada de pánico, su mirada se perdió en una escena demasiado dolorosa para ser real.

—¡Respira! —ordenó Cybil.

Al principio creyó que iba a necesitar una bolsa de papel para no hiperventilar. La respiración cortada por un llanto sin lágrimas; por fin, logró inhalar profundamente, nutritivamente, una vez y otra más. Pero luego esas respiraciones profundas vinieron acompañadas

de llanto, como si respirar y estar viva fuera sufrir. Llevaba tantos años conteniendo esas lágrimas que sentía que había sido una muerta viviente durante todo ese tiempo.

Ahora temía ser succionada por un horrible agujero negro, mientras oía la voz de su madre en la cabeza. ¿Qué decía? «Es lo más conveniente.» ¿Qué significaba eso? ¿Había muerto su niña de verdad?

—No la volví a ver. No le puse nombre. Me tuvieron sedada en la cama del hospital e hicieron el funeral sin mí. O eso me dijeron. Tengo una imagen de un ataúd pequeño, lacado de blanco y forrado de raso del mismo color, con lacitos rosas y mi niña dentro. —Contuvo el aliento—. No se me va de la cabeza.

Ahora su llanto corría interminablemente, las lágrimas más extrañas que había derramado nunca. Manaban de sus ojos, pero ella permanecía inmóvil, y el vacío empezaba a llenarse.

—Me siento como si hubiera perdido una parte de mí, que se fue con ella. Solo sé que no podía tenerla. Eso siento. No estaba preparada. A mis hijos varones sí, pero a ella, no. Se me hace muy raro comprender eso.

Asombrada de lo que acababa de salir de su boca, se retrepó entre los cojines del sillón.

Cybil seguía sin decir nada, pero esta vez le dio igual, incluso le gustaba estar sentada en silencio junto a otra persona.

—Su espíritu volverá contigo, te lo prometo.

Por un momento, Cybil se convirtió en la suma sacerdotisa. Hablaban entre las santas paredes de un templo sagrado.

Cybil parecía estar ordenando sus pensamientos, decidiendo. Cuando habló, sus palabras vinieron de un lugar lejano.

—Cuando yo era joven viví a la deriva durante mucho tiempo, desnortada —confesó—. Lo único que me importaba eran los fines de semana, las fiestas y los ligueos. Pero durante años soñé con un hijo varón, mi primogénito. A veces este venía en forma de sabio, una especie de guía, otras, en forma de un dulce niño. Nunca había oído hablar de esa idea, pero creía en ella sin reservas. La primera vez que me quedé embarazada, fue de un chico al que apenas conocía, pero que me gustaba mucho. Cuando se enteró de la noticia, no quiso saber nada de mí. Así que, sin pensármelo mucho, aborté. No quería cargar con la responsabilidad de un hijo y, además, me daba miedo cómo podrían reaccionar mis padres ante un nieto bastardo. Ya sabes cómo eran las cosas entonces. Después fui cuesta abajo durante bastantes años. Tuve trabajos poco exigentes y relaciones sentimentales poco satisfactorias.

—Me dejas de piedra.

La cara de Sophie estaba bañada en cálidas y silentes lágrimas. Podría haber llorado por Cybil.

—Para despertarme tuve que llevarme unas cuantas bofetadas —continuó Cybil—. Cinco años después, volví a quedarme embarazada. Esta vez, de un chico con el que mantenía una relación intermitente desde la universidad. Nos queríamos mucho, pero no coincidíamos, no encontrábamos el momento de estar juntos que nos conviniera a los dos. En muchos sentidos él era el hombre de mis sueños. Pero físicamente no era el príncipe alto, moreno y guapo que siempre había imaginado como mi pareja, mi complemento perfecto. Yo era un poco superficial.

»Sabía que este hijo quería que yo lo tuviese, y empecé a temer que se fuera si volvía a abortar. Así que Brad y yo nos fuimos. Me casé sin pararme siquiera a pensar en los votos que estaba haciendo. Fue mi hijo quien me empujó a hacerlo. A medida que él crecía en mi seno, también creció la seriedad con la que me tomaba la vida y el amor que sentía por mi marido. Pero en el sexto mes sufrí un aborto natural. Mi hijo nació muerto. Para mí fue devastador. Perdí la fe en Dios. ¿Cómo iba a creer?

Cybil se puso en pie.

—Dame un momento, voy a hacer té. Ahora vuelvo.

Asomó la cabeza por la puerta y preguntó:

—Puedes quedarte un poco más, ¿no? Esta historia tiene un significado que creo que puede ayudarte.

—Claro —contestó Sophie, comprendiendo con tristeza que no tenía nada más urgente que hacer, salvo rascar papel pintado.

Aun así, sintió una extraña paz cuando se dio cuenta de que su dolor personal había abierto una ventana a su alma que le permitía creer la historia de Cybil sin su escepticismo condicionado habitual. Fragmentos de una sabiduría largamente olvidada llenaban los surcos que había creado su dolor. De pronto ya no sentía que era solo una mujer, solo una madre, solo una esposa, limitada en lo que debía saber.

Cybil dio unos golpecitos en la puerta y Sophie se levantó a abrir.

—Venga. Vamos a llevar los sillones al lado de la ventana y usaremos esta mesa —propuso Cybil, mientras entraba con ampuloso gesto, con su bandeja china de anticuario barnizada de negro y su juego de té de porcelana de Wedgwood—. Estas tazas eran de mi abuela. Yo tomo el té con ellas desde que era pequeña, es uno de mis primeros recuerdos. O sea que para mí, compartir el té siempre ha sido un ritual sagrado.

Mientras Cybil servía las bebidas, en el alféizar de la ventana se posó un gorrión. Se estaba formando una red mágica en torno a ellas.

Cybil continuó relatando su historia.

—Esta vez estaba segura de que mi hijo no me quería como madre. Sentía que me rechazaban y que me lo merecía. Durante más de un año viví sumida en la depresión. Nadie conseguía que me abriera. Mi marido tuvo mucha paciencia. Una amiga, que estaba muy preocupada y que ya no sabía qué hacer, me llevó a ver a una mujer que tenía fama de sanadora y clarividente. Para mí no suponía un esfuerzo, porque la intensa presencia de mi hijo había confirmado otras realidades desde hacía tiempo. Así que fui.

Sophie se inclinó hacia delante, deseando escuchar el desenlace, mientras Cybil se acomodaba en su sillón para contárselo.

—Lo que me dijo me dejó atónita. Nadie sabía que yo percibía el espíritu de mi hijo. Ni siquiera mi marido. Pues bien, esa mujer, una desconocida absoluta, me habló de él desde el primer momento. Y para mi tremendo bochorno, vio el aborto provocado y el natural. Dijo que mi hijo seguía conmigo, pero que la niebla de depresión que me rodeaba era tan espesa que yo no lo percibía. Él siempre estaría conmigo, pero estaba esperando a que despertara a la vida. Pensó que dejarme por segunda vez serviría. Él no me abandonó, me abandoné yo misma, al elegir la superficialidad, al ir por la vida como un canto rodado que saltara sobre el agua de un estanque profundo.

Sophie sintió un escalofrío.

—Mi hijo nació dos años después, hace cinco. No es más que un niño travieso, pero a veces me mira de una forma que me conecta con la sabiduría de todo el universo. Es mágico. Todos los niños lo son, claro, solo hay que fijarse. Gracias por escuchar mi historia. Nunca me había animado a contársela a nadie. —Hizo una pausa y añadió—: Sophie, te prometo que te voy a ayudar a encontrar el espíritu de tu hija, si quieres.

—¡Claro! —contestó ella, sin siquiera cuestionarse la extraña oferta—. ¿No crees que ya puede ser tarde?

—Nunca es tarde. Sigue soñando. ¡Y rascando!

Sophie no estaba segura de lo que esperaba encontrar cuando salió de la consulta, pero la sorprendió ver coches aparcados, como si se hubiera equivocado de siglo y aquí tuviera que haber caballos y calesas alineados, o *rickshaws*, o en vez de asfalto ante ella debiera extenderse el sendero de un bosque.

Tan pronto como aceptó la existencia del pavimento en lugar de adoquines o musgo, empezó a disiparse la magia de su sesión con Cybil. En su lugar, como si hubieran estado esperando a la primera oportunidad, todas sus dudas y su cinismo hallaron de nuevo acomodo en su mente. No podía seguir vagando entre la niebla. Al día siguiente se pondría a buscar no su nebulosa cordura, sino un trabajo.

¿Cómo podía justificar buscar a una hija muerta? Anochecía cuando su coche enfiló el camino de entrada de su casa. Al entrar, la sintió extrañamente vacía. No le daba la bienvenida, como si ella misma se hubiera mudado. La sensación permaneció con ella mientras encendía las luces. Su gata, *Foxy*, maullaba lastimeramente junto a la ventana de la cocina. No estaba acostumbrada a tener que esperar hasta tan tarde para cenar. La puerta de la cocina chirrió cuando Sophie dejó entrar a *Foxy*. Pegó un pósito en el tirador para recordarse que debía engrasar los goznes, algo que Tom ya habría hecho. Mientras preparaba la cena de la gata, sintió todo el cansancio que le había producido su sesión con Cybil, y también la euforia, como si algo dentro de ella empezara a morir y estuviera renaciendo al mismo tiempo.

Tal vez una breve siesta le devolvería la energía para acabar de pasar el día. *Foxy* la siguió hasta el salón. Sophie encendió una vela y se dejó calmar por su aroma a lavanda; se tumbó en el sofá y se cubrió las piernas con la manta afgana y se la subió hasta la barbilla. La gata se acomodó sobre su vientre y la miró con fijeza, hasta que sus ojos, ligeramente preocupados, lograron atraer la mirada de Sophie. Al momento, ella se durmió profundamente.

Por el rabillo del ojo veía rielar la luz de las velas. *Foxy* se incorporó sobre sus cuatro patas, describió un círculo sobre el vientre de Sophie y se acomodó de nuevo. Esto bastó para despertarla. Aun así, permaneció en un estado de duermevela nebulosa, sin querer espabilarse por completo. Sentía a su lado al ángel dorado y no necesitaba volverse para verlo; sabía que era él. Era el mismo que custodiaba las tumbas de sus abuelos en Irlanda. Qué raro, pensó, saber algo tan extraño con tanta certeza.

Muy consciente de su trance, sintió el cuerpo envuelto en bruma. Llevaba un bebé en el vientre. Una enfermera con uniforme blanco almidonado se inclinaba sobre ella, buscando frenéticamente con las manos algún movimiento en su interior. El frío estetoscopio no detectó

latido alguno. Dándose por vencida, la mujer la miró con lástima y salió bruscamente, dejando tras ella una brisa estéril. Como paralizada, Sophie permaneció envuelta en las blancas sábanas de hospital. La habitación conservaba el silencio de la nieve recién caída.

Por fin empezaba a recordar. Se obligó a mantenerse inmóvil. Temía que cualquier movimiento rompiera el hechizo. *Foxy*, también muy quieta, la observaba. La enfermera le parecía tan real como si estuviera a su lado, y su hija aún estaba con ella, en su interior.

Una camilla y cinco auxiliares más el médico rompieron el silencio etéreo. Le colocaron una vía intravenosa en el brazo. Luchó por permanecer consciente.

—Es mejor sedarla. Cuanto menos recuerde, mejor. Anestesia crepuscular. La dosis normal.

Eso lo había dicho alguien que se movía en torno a ella.

Vio que su boca se había abierto para protestar, pero no salió ningún sonido. Aun así, se vio a sí misma luchando por permanecer consciente. Pero la niebla se espesaba. Su cuerpo ya no le parecía sólido, se había convertido en una especie de holograma. Perdió el control y la consciencia.

La envolvió la luz dorada de su ángel y recordó más cosas. Vio toda la escena con el ojo de su mente, pero ahora su perspectiva se situaba por encima. Mientras observaba cómo el médico y las enfermeras manipulaban frenéticamente su cuerpo, que se adormecía con las drogas, entró en comunión con el espíritu de su hija. Sin palabras, se entendieron perfectamente.

Su hija lamentaba el dolor que le iba a causar, pero el mundo no parecía seguro, y ella aún no podía estar en él. La niña creía, esperaba, que cambiaría pronto. Esta era una tragedia que habían decidido sufrir juntas antes de que la niña fuera concebida, aunque Sophie no iba a recordar el plan que ambas habían trazado hasta muchos muchos años después, si es que alguna vez había de hacerlo. Ese era el riesgo. El trauma podría resultar demasiado destructivo, y ella podría mantener esa inconsciencia durante el resto de su vida, mientras perdía por completo el contacto consigo misma. El vínculo que las unía era fuerte, y ambas se afectaban mutuamente de la más íntima de las maneras. Pero si Sophie adquiría la sensibilidad suficiente para empezar a recordar, lo recordaría todo.

Cuando entraron en comunión, sus espíritus se fundieron. Sophie era consciente del poderoso efecto que las drogas iban a ejercer sobre ella durante mucho tiempo. Se sentía horrorizada, y se daba cuenta de que ni tan siquiera se le concedía la dignidad del dolor. Cuando la llevaron a la sala de partos, ella había luchado por recuperar su cuerpo, para no despertarse convertida en una muerta viviente, privada de acceso a todos sus recuerdos y sensaciones. Su hija sabía que era inútil, pero aun así, Sophie luchó por salvarse.

Entonces su hija gritó: «¡Recuerda las otras veces que nos hemos encontrado!».

—Sí, eso dijo —susurró Sophie, mirando a su derecha, como si algo la atrajera.

Ahí estaba su abuela irlandesa, sobre ella, sentada en el respaldo del sofá. Su abuelo estaba detrás, sus dos fuertes manos posadas sobre los hombros de su esposa. Envueltos en el resplandor del ángel, la miraron con perfecta bondad. Sintióse protegida por ambos, regresó a su recuerdo.

El médico y las enfermeras se habían alarmado al verla volver en sí.

—¿Dónde está el bebé?

Su voz sonó débil, como si viniera de un lugar lejano y no de ella misma. Sophie los vio sacar a la niña de la sala y deseó con todas sus fuerzas poder alargar un brazo para cogerla. Pero sus brazos no se movieron de sus costados, y luego volvió a perder el conocimiento, no supo por cuánto tiempo. Mientras la llevaban a reanimación en silla de ruedas, volvió en sí un instante. Tom se encontraba a un lado de la camilla, junto a ella, y su madre al otro.

—Será la voluntad de Dios —oyó decir a su madre.

—¿Por qué va a ser Su voluntad? —gritó Tom rabioso.

—Era una niña perfecta, preciosa —ofreció el doctor—. No sabemos por qué se le ha parado el corazón. Hemos hecho todo lo que hemos podido.

Durante unos días la mantuvieron sedada. Aun así, Sophie fue vagamente consciente de las gestiones que se hicieron. Fue su madre la que insistió en que no le dijeran nada del funeral. «Es lo más conveniente.» Tampoco se le había permitido albergar sentimientos cuando era niña, y nunca supo si era porque su madre no los tenía o porque temía que los sentimientos de su hija pudieran liberar los suyos. El efecto sobre Sophie fue el mismo. Ahora comprendía que sí había estado en el funeral, en espíritu. La imagen del pequeño féretro blanco forrado de raso del mismo color con lacitos rosas era real; ella había estado allí en espíritu. Aún veía a los dolientes rodeando la fría tumba, su dolor tan denso como la tierra que arrojaban ritualmente sobre el pequeño ataúd introducido en la sepultura.

«Lloran por una parte de sí mismos, por su niño inocente, no reconocido», observó desde una lucidez profunda, un lugar recién descubierto dentro de sí misma. «No conocieron a mi hija.» Esto era todo lo que podía ver por ahora. Y la abrumaba. «Gracias», dijo a su ángel y a sus abuelos, con una inclinación de cabeza. La vela chisporroteó cuando la presencia de estos abandonó la estancia lentamente, dejándola a ella embargada de paz.

Sí, iba a buscar a su hija. Ya no lo dudaba.

Sophie observó hipnotizada cómo una hoja de árbol del color del ámbar líquido flotaba en un charco junto a la escalera de entrada, girando inútilmente, impulsada por grandes gotas de lluvia que se estrellaban contra el agua. Dentro de la copa que había creado la lenta muerte de la hoja se estaba formando un charco más pequeño. En este giraba una araña que se estaba ahogando. La atrapó con un dedo y la depositó con cuidado en un arbusto de enebro, sobre una rama que pendía sobre el agua. ¿Cuándo había dejado de temer a las arañas? ¿Quizá cuando había decidido empezar a tejer su propio destino?

El coche de Tom entró en su parcela. Por un momento le pareció normal verlo llegar a casa. Corriendo bajo la lluvia, empapándose mientras intentaba evitarla, aparentaba otra vez veinte años, y ella todavía estaba enamorada. ¿Por qué hacía la vida esos trucos tan crueles?

Tom había conocido a alguien; lo supo sin que él se lo dijese. ¿Por qué si no esa sonrisa tonta, ese aire juvenil, ese cuello demasiado desabotonado en esa camisa de franela tan ajustada? Se le encogió el corazón cuando se dio cuenta de que Tom había adelgazado, de que hacía deporte y de que estaba muy atractivo. Quizá en este día de lluvia pudieran estar juntos, por los viejos tiempos. Por otro lado, no quería menoscabarse exponiéndose a ser comparada con ese cuerpo más joven con el que sin duda estaba su ex. Porque lo que él necesitaba podía no dejarle ver lo que ella aún podía ofrecerle. O quizá en realidad ya no ofrecía nada. De pronto se sintió demasiado frágil para comprobarlo. Comprendía que ahora, en la cuarentena, podía darle a un hombre cualquier cosa que este necesitara, pero no podía devolverle su juventud, que probablemente fuera lo que él más quería.

—¿Qué te pasa? —preguntó Tom, dándole un golpecito afectuoso bajo la barbilla.

—Nada. —Pintó en su cara una sonrisa radiante—. Estás muy sexi con esa camisa.

—¡Tendré que ponérmela más!

Obviamente no estaba pensando en lucirla especialmente para ella. Intentó no tomárselo como algo personal.

—Solo vengo a recoger unos libros de los que dejé aquí y unas fotos de la familia. ¿Te parece bien?

—Claro.

—He quedado dentro de un cuarto de hora.

Sophie lo siguió al interior de la casa. El alivio le había dado nuevos ánimos. Quería que él fuera feliz. Porque así no se sentiría culpable por las noches, por estar arriesgando la felicidad de él para encontrarse a sí misma.

En la cocina, sirvió sendos expresos mientras Tom revisaba los libros.

—¿Buscas alguno en concreto?

Entre los que él sostenía se encontraba subrepticamente alojado *La alegría del sexo*. Sophie resistió con todas sus fuerzas la tentación de hacer un comentario. ¿Cuándo habían dejado de intentarlo?

—No, no, gracias. Para las fotos creo que vendré otro día. Ahora no tengo tiempo de miraras —dijo, y se volvió rápidamente para marcharse.

—Sal por el cuarto de estar. Necesito que alguien admire mi duro trabajo.

Tom se detuvo abruptamente en el umbral de la sala.

—Pero ¿a qué te estás dedicando? Ahora entiendo que hayas estado tan encerrada. Estaba empezando a preocuparme por ti. Pero ¡ahora sí que estoy preocupado! ¡Si esto es lo que tenías que hacer, deberías haber seguido casada conmigo!

El humor de Tom encerraba un sarcasmo que ella sabía involuntario.

—Ha sido mucho más trabajo de lo que esperaba.

Él se despidió sin ceremonia, dejándola plantada en medio del cuarto.

—¡Espera! ¡Espera! —gritó ella, mientras corría hacia la puerta, esperando alcanzarlo a tiempo.

El coche se encontraba en el borde del camino de entrada, esperando a que pasara otro automóvil.

—¡Tom, espera! —gritó de nuevo.

No la oyó, y ella agitó la mano frenéticamente. Logró atraer su atención y el coche volvió a entrar en la parcela. Ella corrió hacia la ventanilla, que él abrió lo suficiente para oír sus palabras pero no lo bastante para que entrara la lluvia.

Sophie se sintió como una intrusa hablando por la rendija de la ventana.

—Tengo que pedirte un favor enorme. ¿Tienes cinco minutos? Necesito saber una cosa.

Él, sin dudarle, le indicó que subiera al asiento del copiloto. El interior del coche no olía como cuando estaban juntos. Ahora dominaba un perfume diferente.

—Desde que hago terapia me han venido algunas imágenes a la cabeza. Necesito saber si lo que estoy recordando es verdad.

—Cuéntame.

Sobre el capó del coche llovía con tanta fuerza que parecía que el agua iba a perforar la superficie de acero.

—Es sobre nuestro primer bebé, nuestra hija. Me he dado cuenta de que casi nunca pienso en ella.

—Yo sí —respondió Tom, con voz muy queda.

Sophie clavó la mirada en su rostro, como si lo viera por primera vez.

—¿Mucho?

—Casi todos los días.

—Y ¿en qué piensas?

—En que si ella hubiera estado con nosotros, habríamos sido mucho más felices.

—No tenía ni idea.

Sophie sintió el cuerpo cargado, abrumado. De pronto su percepción de todo se intensificaba, su visión se agudizaba. Era intensamente consciente de cada gota de lluvia, de cada matiz de la expresión del rostro de Tom. Ya no sabía quién era ella misma. ¿De verdad habían compartido una vida juntos, habían traído al mundo a dos hijos más? ¿Cuándo había dejado ella de prestar atención? ¿Cómo lo había soportado él todos esos años?

—Todos dijeron que lo mejor era olvidar lo que había pasado. Tu madre sobre todo, me hizo jurarlo. El médico dijo que el medicamento que te habían dado impediría que volvieran los recuerdos. Tú te resististe mucho a que te medicaran. Yo quería pelear por ti, pero ellos parecían convencidos de que era lo mejor. Por una parte, yo estaba muy orgulloso de tu valentía, de que siguieras luchando, con lo medicada que te tenían, y por otra, no confiaba en mí mismo, y pensaba que los que sabían eran los médicos. Y también estaba tu madre, claro, que estaba empeñada.

—Ay, Dios —gimió Sophie.

—No volviste a ser la misma. Algo murió en tu interior. Desapareció esa chispa que tanto amaba yo.

—¿Cómo pudiste soportarlo sin decírmelo?

—Es que sentía que no estaba a tu altura. Tú saliste adelante como habría tenido que hacer yo, que era el hombre. Y no podía reconocer esa debilidad ante mí mismo, y menos ante mi mujer.

—Y yo todos estos años creí que te conocía como la palma de mi mano... Ni se me ocurrió considerar que siguieras sufriendo.

—A veces sentía que ella aún estaba con nuestra familia. Un poco creía saber cómo habría sido. Pero ya hace años que no pienso tanto en ella. Creo que dejé de hacerlo cuando supe que nuestro matrimonio se había terminado.

—¿Cuándo supiste que nuestro matrimonio se había terminado? —Sophie estaba estupefacta—. Yo creía que nunca lo habías aceptado.

—No quería creerlo. Pero tú te retraías cada vez más.

Sophie no salía de su asombro. Siempre había culpado a Tom de lo superficial de su relación. Caían hojas cargadas de agua y se pegaban al coche. Sintió un escalofrío.

—Vamos dentro —sugirió Tom, notando cómo temblaba.

—¿No habías quedado con una chica?

—¿Quién ha dicho eso?

—Oye, que no me chupo el dedo.

—Llamo y ya está.

Corrieron hacia la puerta y llegaron empapados, riendo como chiquillos.

—Mientras llamas voy a encender la chimenea.

Con la última madera de cedro que tenía guardada, el fuego prendió al instante, crepitando y difundiendo su penetrante aroma. Por el tono de la voz de Tom, sospechó que el cambio de planes no había sido bien recibido. A una mujer joven no podía resultarle fácil entender lo estrecha que podía llegar a ser una relación estable, lo complicado que era cortar amarras por completo, lo injusto que era pedir que alguien lo hiciera.

Al cabo de un rato, Tom volvió con dos coñacs servidos en las copas de champán que les habían regalado cuando se casaron.

—Te llevaste las copas de coñac —le recordó ella.

Se hizo un silencio incómodo mientras se acomodaban en cojines junto al fuego, dudando si sentarse cerca el uno del otro. La distancia entre ellos era mayor de la que hubieran puesto dos desconocidos. Sophie temió que el momento entre ambos hubiera pasado.

—¿La enterraron en un ataúd lacado en blanco, forrado de raso del mismo color y con lacitos rosas? Y ¿parecía un perfecto angelito?

Tom rompió en un llanto que liberaba años de lágrimas. Sophie pensó que ojalá ella supiera cómo soltar las suyas con tanta valentía. Le sostuvo la cabeza como si fuera un niño, y las lágrimas de Tom se mezclaron con el agua de la lluvia en su regazo. Pasó un largo rato antes de que cesaran las convulsiones provocadas por el llanto, y entonces ella le limpió la cara con la manta afgana, lo único seco que tenía a mano, y le alisó el pelo despeinado y húmedo. Se quedó mirando el fuego, sintiéndose completamente perdida.

Tom parecía avergonzado cuando por fin alzó la vista.

—Perdóname. No tenía ni idea.

—La que te tiene que pedir perdón soy yo.

—¿Cómo lo supiste? Nadie te lo dijo. ¡Tu madre los habría decapitado!

—Siempre he tenido esa imagen metida en la cabeza. Os imaginaba a todos alrededor de la tumba, tirando puñados de tierra. Creo que estuve allí de alguna manera. No me lo contó nadie.

—Qué raro.

—¿Por qué ni siquiera le pusimos nombre?

—Sí se lo pusimos, ¿no te acuerdas? La llamamos Gabriella, por el arcángel Gabriel, por lo angelical que era. Yo estaba sentado junto a tu cama, en el hospital, estabas desorientada por culpa de la medicación. Creía que te acordabas. En ese momento me sentí muy cerca de ti.

—Me reconforta saber que le pusimos nombre. Pero es el de nuestra nieta. ¿Se lo dijiste a David?

—No.

—Y ¿cómo pudo saberlo?

—Es imposible que lo supiera. Yo no se lo comenté a nadie, y tú está claro que no te acordabas. Creía que se lo habías dicho tú.

—Se me ha puesto la carne de gallina.

Tom se apartó de ella imperceptiblemente. La distancia se estaba ampliando de nuevo entre ellos, dos seres semejantes repeliéndose mutuamente. Compartían el mismo dolor, que los distanciaba, separaba sus rumbos.

—Ojalá hubiéramos hablado así cuando murió.

La garganta de Sophie se cerraba con cada palabra.

Tom miró su reloj y se puso en pie apresuradamente.

—Tengo que irme. Llego una hora tarde. ¿Estás bien?

—Claro. Perfectamente. Vete. ¡Venga! —añadió, sintiendo la amenaza del llanto.

Ya era tarde para pedirle que aliviara ese dolor que se había hecho demasiado grande.

El portazo que dio al salir la sobresaltó, y oyó el bocinazo de impaciencia cuando el coche salió rápidamente a la calle. Tom dejó un silencio opresivo al marcharse.

Cuando se levantó para coger otro leño que echar al fuego, sintió como si su cuerpo se moviera a través de un aire que se había espesado. Buscó frenéticamente un asidero, algo en lo que poder creer, algo de su antiguo catecismo o de la ley de Murphy, cualquier cosa. Algo que le diera fuerza, porque había comprendido que la fuerza que siempre había pensado que era suya por naturaleza acababa de salir por la puerta y no iba a volver. Rugía el fuego en la gran chimenea de piedra. El nudo se había desatado, y su vida se desenredaba. Sus cimientos se desmoronaban, y ahora veía que había sido un fondo falso.

A pesar del calor que desprendía el fuego, se echó la manta por los hombros, buscando consuelo. Con un gesto súbito posó las manos sobre el hogar de piedra y sintió la fuerza eterna y fresca que emanaba por debajo de su calidez inmediata. Esta vez sintió de forma consciente la fuerza nutricia de la piedra. ¿Qué inteligencia guiaba su cuerpo? ¿Cómo sabía lo que necesitaba, y cómo debía responder ella? Se estaba impregnando de la fuerza de la piedra, y solo ahora comprendía que siempre lo había hecho.

—A las rocas y las piedras las llamamos «abuelos» y «abuelas». Están aquí desde hace eones, mucho antes que el hombre, y contienen toda la memoria.

De pronto cobraba sentido la dulce frase de un relato nativo americano.

Tuvo una visión de sí misma de adolescente, pero algo no estaba bien. Llevaba gafas oscuras y un bastón de ciega, y andaba desordenadamente por un árido camino. Desde lejos se acercó corriendo una niña y, sin decir palabra, la ayudó a avanzar en línea recta.

—Yo fui la causa de tu ceguera —dijo la pequeña en voz baja—. No aceptaba que ni mi propia madre supiera quién era yo. Yo la miraba a los ojos, buscando una chispa que no llegaba. Creo que estaba demasiado ciega, o que nadie le había dicho que podía, o tal vez sufría demasiado. Pero yo sentía que era invisible para ella. Yo sabía cómo complacerla. Podía ponerme guapa y hacer que se sintiera orgullosa de mí, pero aun así necesitaba que ella me conociera. Yo podría haberle dado esa fuerza, porque entonces aún estaba cerca de la Madre.

»Creía que podía perder mi alma si seguía ofreciéndola y nadie la veía. Aún era pequeña para comprender que estaba protegida, aunque no veía a la Madre a través de mi madre. Y ahora tú estás ciega. Los ojos son el espejo del alma, y a ti ya no te importa que te vean, ni ver. Y estás perdida, y no te importa.

¿Y si se arriesgaba a quitarse la venda de los ojos?, se preguntó Sophie. ¿Se expondría a una especie de muerte? Pero lo cierto es que, en cierto modo, ya estaba muerta.

El nuevo leño de madera de cedro crujía y crepitaba ruidosamente, y solo servía para intensificar su trance. La lluvia golpeaba con violencia el techo y las ventanas. Sin dudar, puesto que ya no tenía nada que perder, la adolescente se quitó la venda de los ojos y arrojó lejos el bastón.

En torno a ella vio almas que la conocían y la amaban incondicionalmente. No las reconocía de esta vida, pero le resultaban familiares. Percibía su presencia cada vez más claramente, y supo que habían estado con ella desde el principio. ¿En qué plano existían? ¿En qué plano vivían la niña Sophie y la adolescente Sophie? ¿Dónde estaba su bebé? Ella quería estar presente en su vida, empezar a prestar atención.

La lluvia y el viento se arremolinaban en torno a la casa, silbando entre los árboles. Lo que más necesitaba era un largo baño caliente. Metida en una bañera, entre lustrosas y fragantes burbujas, su mente intentó comprender. Cuando se rindió, empezó a apilar burbujas sobre la cabeza, sintiéndose como un rabino en una vieja sinagoga. Debatía interminablemente consigo misma y contestaba a todas las preguntas con más preguntas, y la principal era: «¿Me estoy volviendo loca?».

Cuando su cuerpo empezó a absorber el calor que emanaba de la bañera, relajando cada músculo, el parloteo de su mente se fue calmando por fin. Su carrusel de pensamientos la protegía, la mantenía segura en todas sus creencias pasadas, la libraba de sentir, cuestionar, arriesgar, de

perder a todo el mundo. A pesar de su estado de alerta, ¿alguna vez había tenido una idea que fuera solo suya?

El severo rostro de su maestra de primero, la hermana Mary Mercy, acudió a su mente. Metió la cabeza bajo el agua para ahuyentar la imagen. La desplazó la de una rabiosa alumna de primaria que sentía impotente cómo la magia abandonaba su vida bajo la férula de esa severa monja. Recordaba que ese año había caído enferma con frecuencia.

En clase había un niño muy valiente. Un día de invierno armó un revuelo en el recreo. Rodeado de compañeros que gritaban, se quitó la gorra que tenía que llevar siempre para cubrirse la tiña y empezó a agitarla violentamente, mientras amenazaba con tirársela a los demás. Llevaba afeitada la cabeza, que estaba cubierta de pequeñas ronchas. Todos sabían lo contagiosa que era esa gorra.

Las monjas, como buitres, cayeron sobre el grupo en ese momento y dispersaron a los niños como a gallinas en un corral. El niño se volvió a poner la gorra y una monja lo arrastró hacia el edificio tirándole de una manga. Milagrosamente, como siempre, el velo de la hermana se salvó de quedar atrapado en la gran puerta doble cuando esta se cerró.

En el patio de asfalto negro se formaron espontáneamente pequeños grupos de horrorizados niños que reían y recreaban la escena. Sophie se había mantenido al margen. No habían sido solo las monjas las que la habían integrado en la manada, el rebaño o la recua. Ya en su edad adulta, ¿habría revelado en terapia su compañero de clase la causa de su conducta extrema y antisocial, de la aversión que sentía por las multitudes o de su obsesión con el jorobado de Notre Dame? El agua ya fría la devolvió al presente. Salió de la bañera.

El quimono estaba en el fondo del armario, aún envuelto en el plástico de la tintorería. Hacía mucho tiempo que no se lo ponía, desde un fin de semana que había pasado con Tom holgando en un *bed and breakfast* de la costa de Mendocino. Al verlo allí, tan espléndido, se preguntó cómo se le había ocurrido dejarlo en la funda, donde su añejo brocado no podía respirar, donde las grullas no podían alzar el vuelo.

Dejó caer al suelo la pesada toalla. Su cuerpo recibió con agrado la exquisita seda. Le sentaba perfectamente. El dobladillo rozaba el suelo y las mangas caían ligeramente por debajo de las muñecas. Con cada leve movimiento, la seda la acariciaba delicadamente.

El propio quimono la había atraído hacia él. Normalmente evitaba las tiendas de segunda mano, porque la deprimían con su olor a rancio y sus viejos sueños. Una vez, iba caminando por el Mission District de San Francisco con una amiga cuando pasó por delante de la tienda, y no pensó en entrar. Pero un escaparate más allá, algo la impulsó a girar sobre sus talones. Al principio se sintió agredida, como si junto a la ropa estuvieran aún apostados los fantasmas de sus antiguos propietarios. Sin embargo, con el elegante quimono color verde jade y oro viejo que había atraído su atención no le había pasado eso, y al final la prenda se había convertido en lo único que había en la tienda. No podía irse sin él. Ni siquiera se lo había probado, sabía que le sentaría perfectamente, y sentía que debía reservarlo para un momento de intimidad.

Se lo había llevado a casa y lo había colgado en el fondo del armario. Había sido un despilfarro y, aunque le gustaba demasiado para arrepentirse de haberlo comprado, tampoco estaba preparada para enfrentarse a él. Lo olvidó, casi, hasta el fin de semana con Tom. Mientras se envolvía en la faja del modo que recordaba, sintió una elegancia que le resultaba nueva y familiar a la vez, y a su mente acudió la imagen de una mujer oriental que era más alta que la

media, que tal vez tuviese sangre estadounidense o de algún otro lugar, Francia quizá. Sentada al borde de la cama, se sorprendió a sí misma en el modesto gesto de unir las manos y bajar la cabeza, mientras en su imaginación se desarrollaba una historia.

La mujer iba caminando por una pasarela estrecha y larga, flanqueada por un millar de personas. Todos la querían, quizá incluso la veneraran. En los brazos llevaba a una hermosa bebé cuyos ojos eran sabios y estaban alerta, atentos a cada uno de aquellos rostros. Al final de la pasarela se erigía una plataforma ceremonial. En el centro ardía una hoguera de medio piso de altura. Por encima y detrás de ella, veinte hombres vestidos de negro formaban un semicírculo. La iban a quemar en una pira ceremonial, para que acompañara al alma de su difunto esposo por toda la eternidad, tal como dictaba la tradición. Sophie no vio a la mujer y a la niña llegar a la altura de la hoguera. Solo sintió el amor que le profesaba la gente y la dignidad de la mujer, que trascendía aquella absurda tragedia. ¿O no era absurda? ¿Acaso había una verdad que solo ahora parecía absurda, una comunión de dos almas que iban a conectarse para siempre? Esta historia, revelada de forma tan extraña, le resultaba tan vívida como cualquiera de sus recuerdos.

En la estantería que se encontraba encima del quimono, casi fuera de su alcance, se encontraba la caja de fotografías antiguas. La bajó, alzando una nube de polvo, se sentó al borde de la cama y la posó sobre sus rodillas. Cuando vio que cada imagen despertaba detallados recuerdos, comprendió que con sus visiones ocurría lo mismo. Así como cada foto se convertía en una ventana natural a una parte de la vida que ella había arrumbado y olvidado, cada visión se antojaba una ventana a una historia diferente. Mucho más reales que cualquier cosa que pudiera conjurar su imaginación, las visiones parecían poner en marcha una historia que ya existía.

La foto de sus abuelos irlandeses era el retrato de su boda. Cuando era pequeña le gustaba contemplar sus caras e inventarse historias sobre ellos. La cara de su abuela irradiaba una sabiduría que siempre había sido un misterio para ella. La Salvaje Rosa Irlandesa, como la llamaban todos los que la conocían, era llamativamente guapa. Su gesto de inclinar la cabeza y reclinarsse con naturalidad hacia la cámara reflejaba un aplomo raro. Sophie nunca había podido describir con palabras esa cualidad esquiva, pero le habría gustado haberla heredado. Su abuelo era buen mozo y romántico, un pícaro apenas domado. A ella le gustaba imaginar la intensa vida que habían vivido juntos. Después de su viaje a Irlanda se había convencido de que sus abuelos habían tenido sangre de hadas.

Sophie apartó la foto y volvió a tapar la caja. Decidió comprar un marco de peltre y poner a sus abuelos junto a su cama, a modo de inspiración. La caja de las fotos, en lugar de guardarla, la dejaría fuera para Tom.

Intentar visualizar a Tom con alguien era más fácil que imaginarse a sí misma con otra persona. ¿A qué clase de hombre esperaba conocer? Sin un momento para especular, supo que antes de conocer a nadie iba a tener que encontrarse a sí misma. Temidos años de soledad se extendían ante ella. Pero ¿qué era más solitario, estar sola en pareja o estar sola con una misma? El año anterior habría optado por esta última respuesta sin dudar. En realidad se había sentido menos sola desde que Tom se había ido de casa y ella había iniciado su labor de introspección con Cybil que en todos los años que habían estado juntos. Si hubiera emprendido antes este viaje, su matrimonio podría haber perdurado.

Con todas las luces apagadas, salvo la tenue de junto a la cama, se quitó el quimono con reverencia y lo colgó en el armario, al frente. Mientras se acomodaba en la cama, vestida con el camisón viejo de franela, su favorito, comprendió que la elegancia y la dignidad de la mujer continuaban acompañándola, que no habían vuelto al armario junto con el quimono.

El altar estaba cubierto de flores. Enmarcado por los hermosos y vibrantes colores, el largo velo negro que cubría la cabeza inclinada de Penelope resultaba doblemente trágico.

El canto fúnebre del órgano vibró ferozmente, como si el organista estuviera arrancándole todos los demonios y despejando el camino al cielo. Las puertas de la iglesia se cerraron de golpe, por encima del estruendo, y Sophie contempló con tristeza cómo el ataúd iba emergiendo lentamente del vestíbulo. Contuvo el aliento al verlo. Qué joven era el hijo de Penelope, Michael. El accidente no había sido culpa de nadie. Cuando el ataúd se detuvo ante el altar, atisbó el dolor reflejado en el rostro velado de la mujer.

Penelope le había dicho que, como hacía años que no iba a misa, había tenido que elegir iglesia consultando las páginas amarillas, y solo porque sus padres habían insistido en que el funeral fuera católico; no había tenido más remedio.

Sin el latín con el que había crecido, la fuerza del ritual se perdía, y Sophie se distrajo. A su derecha había un altar más pequeño dedicado a la Virgen. Un mar de velas encendidas brillaba en el cavernoso santuario. La Virgen, perdida en el éxtasis de tener a su niño en brazos, despertaba en ella recuerdos de sostener a sus propios hijos y sentirse en fusión absoluta con otro ser humano.

Mientras contemplaba la estatua, esta perdió su forma y se convirtió en una columna de luz opalescente. El resplandor centelleante descendió sobre los fieles y el espíritu de Michael inundó la iglesia. Sophie esperaba descubrir que la auténtica fuente de la extraña luz era el sol que atravesaba las vidrieras, pero en realidad venía del otro lado de la iglesia. Cuando volvió la cabeza, ya dispuesta a creer, comprobó que la estatua de la Virgen y el Niño volvía a ser de mármol sólido.

Desde el púlpito, el anciano sacerdote decía unas palabras sobre el difunto. Comentó que Michael necesitaba redención, y lo dijo con palabras sacadas directamente del misal. Mantenía los ojos clavados en la hoja, sin cuestionar nada. Si se hubiera molestado en alzar la vista y ver que la iglesia estaba tomada por todos aquellos que habían querido a Michael, quizá se hubiese preguntado hasta dónde podían llegar los pecados de este.

¿Y si la muerte debía celebrarse tanto como un nacimiento? En el santuario de la Santa Madre bailaba la luz de los cirios, angelitos danzantes. Le habría gustado poder preguntarle a Ella qué papel tiene una madre en la muerte de su hijo. Si lo trae a este mundo, ¿puede ayudarle a dejarlo?

Cuando acabó la misa, el órgano resonó de nuevo en la iglesia, ahogando pensamientos, y el ataúd abrió el cortejo hacia la salida, por el pasillo. Penelope iba detrás, con el velo de luto cubriendo sus lágrimas y el pañuelo de encaje blanco como contrapunto del negro. A continuación iban sus padres, seguidos de amigos. El padre de Michael había abandonado a Penelope cuando su hijo tenía dos años, y tampoco había venido al funeral.

Cuando el cortejo se detuvo en la puerta, Sophie estaba tan cerca del ataúd y de Penelope que podría haberlos tocado con la mano, pero ella no la vio. Envuelta en una quietud que no parecía de este mundo, miraba el féretro como si intentara ver a través de sus paredes. En ese momento, de pronto, del ataúd cayó una rosa roja que aterrizó a los pies de Penelope. Solo un milagro podía haber hecho caer esa rosa. No soplabla la menor brisa. Penelope se inclinó y la recogió, y al llevarse a la nariz el perfecto capullo rojo, la cara se le iluminó con una alegría que transformó su dolor.

Como a la puerta de la iglesia había demasiada gente agolpándose en torno a Penelope para acercarse a ella, Sophie se quedó a un lado, dejando que el sol templara el frío mortecino que se le había pegado en la caverna del templo. No sabía si ir al cementerio con los demás. En parte temía hacerlo, en parte se sentía demasiado culpable para no acudir. Y algo la incitaba a volver al pequeño santuario.

Mientras los asistentes se dispersaban en dirección a sus vehículos, ella se quedó en el perímetro del aparcamiento, aún indecisa, mientras pasaban los coches y los amigos saludaban con la mano. Paralizada por la indecisión, se sentía arrastrada en tres direcciones: cementerio, casa, santuario. Para romper el hechizo, decidió al menos montar en su coche y así eliminar una de las opciones. Ya se dirigía hacia el automóvil cuando se paró en seco, giró en redondo y tomó el camino de la iglesia. El último automóvil había salido del aparcamiento, el aire cargado se serenaba. Ya sin intrusos, los pájaros reanudaron su actividad. Sus tacones claqueteaban sobre el asfalto.

Cuando volvió a entrar en la iglesia vacía, la acogieron el aire fresco y el silencio. Sobre el pasillo yacían desperdigados pétalos caídos de las coronas que se habían llevado al cementerio. Se sentó en un banco situado a media distancia del altar. Ahí no corría peligro de ser capturada y devuelta a la fe de su niñez.

Allí sentada, recordó cómo entraba en la iglesia cuando era niña, sintiéndose como un patito que desfilara obediente detrás de sus padres, mientras las demás familias se apiñaban en los bancos, como aves que anidaran. La Iglesia hacía responsables a los padres de las almas de sus hijos ante Dios Padre, y por eso su madre, por miedo, nunca había desarrollado su propio instinto, ni confiado en él para determinar lo que era más conveniente para sus hijos. El temor a no impedir la oportunidad del pecado ahogaba todo instinto afectivo que su condición de madre pudiera haber generado por naturaleza. Siendo niña, Sophie se había sentido frustrada cuando había buscado el amor de su madre y solo había encontrado el rostro de un Dios castigador.

María era la única mujer digna del amor y la admiración de la Iglesia, porque era pura. Había concebido sin sexo y había parido sin dolor, negando así el heroísmo que suponía para las mujeres el hecho de traer una vida al mundo. Si a María le hubieran permitido ser algo más que unidimensional, Sophie no se habría enfadado con su madre, humilde mortal, por no ser la diosa que ella buscaba de forma inconsciente.

¿Cómo se sentiría Penelope en ese instante? ¿Estaría mirando cómo bajaban a su hijo a la tumba fría y oscura, cómo el ataúd se posaba sobre la densa tierra, separándolo del mundo? ¿Sentiría Penelope que su hijo volvía al vientre de la Madre, o que volvía a un Padre severo? ¿Cómo podía procurarle consuelo el hecho de engañarse diciéndose que Él iba a apiadarse del alma de su hijo? ¿Bastaría con eso? ¿No necesitaría imaginárselo abrazado, amparado, confortado?

Cuando se abrieron las puertas de la iglesia, la luz del sol se derramó sobre ella como un espíritu amigo. Una mujer hispana, pequeña, se santiguó e hizo una genuflexión mientras apretaba los paquetes y el bolso contra el pecho. Sophie la reconoció. Era la mujer que limpiaba la casa de otra a la que ella conocía de vista. Trabajaba para traer a sus cuatro hijos y a su marido a Estados Unidos.

Cuando acabó de rezar junto al altar principal, la mujer se dirigió apresuradamente a la capilla de María Santísima, con pasos ligeros y raudos como los de un gorrión. Tenía el aire expectante del que va a visitar a un amigo muy querido. Al cabo de un buen rato, la mujer, de mala gana, puso fin a sus rezos, se puso en pie y se acercó despacio a las danzantes velas. El ruido de las monedas cayendo en el fondo del cepillo produjo un fuerte eco. Cuando la mujer empezó a prepararse para salir, Sophie apartó los ojos de ella. No quería molestarla.

La marcha de la mujer dejó la iglesia extrañamente vacía, y Sophie abandonó su banco, desconcertada. La capilla estaba alojada en un recoveco del templo, su entrada custodiada por una cancela de hierro forjado negro. Contempló la verja y liberó el cerrojo y cruzó el umbral. Envuelta en la energía de la capillita, comprendió el sentido más profundo de la palabra «santuario». De pronto sintió deseos de liberarse de los condicionamientos y prejuicios de siempre. Parte de la imagen que tenía de sí misma se encontraba depositada en ese altar. De la estatua emanaba una energía protectora. Pero ¿era esa amorosa calidez el resultado de sus proyecciones, de las velas que nunca se apagaban, de las súplicas y oraciones diarias de los fieles, o un espíritu real que brillaba desde el interior del mármol?

Se acercó a las velas y escogió tres, una por David, otra por Phillip y una tercera por su hija Gabriella, las alineó y las encendió, esperando conectar a sus hijos con el etéreo amor que ella sentía en ese momento. Y luego encendió otra por Michael y Penelope.

Esa noche, Michael vino a verla en un sueño. Estaba sentada en una cafetería y él se acercó. Llevaba una corbata morada. Él dijo que estaba bien, y ella también se sentía bien.

—¡Abuela!

La dulce voz de Gabriella le derritió el corazón. Hablaba en un susurro ronco y quedo. Las palabras le salían a borbotones, interrogantes, como el sonido de mil pajarillos que de pronto alzarán el vuelo.

—¡Abuela! ¿Cuándo vienes a cenar? ¡Te echo de menos!

—Yo también, Gabriella. Pero ya sabes que ahora vivo demasiado lejos para ir esta noche.

—Ya lo sé.

Sophie podía ver como su cuerpecillo se encogía, decepcionado.

—¿Qué tal el colegio?

—No se lo digas a mamá y papá, pero no quiero ir —susurró la pequeña.

—¡Gabriella, creía que te gustaba!

—Antes sí.

Su voz era como un céfiro que envolvió a Sophie en su dulzura.

—Pero me ha pasado una cosa horrorosa.

—Cuéntame.

—Ayer teníamos que pintar una casa con los dedos. Pero yo quería dibujar otra cosa, no sé por qué. Así que pinté cinco casas de color naranja, una en cada esquina de la hoja y otra en medio. Cuando miré, todos habían pintado unas casas blancas muy bonitas, con chimeneas y un árbol verde y ventanas y una puerta y un sol amarillo en una esquina. Eran todos mucho mejores que el mío. ¿Por qué hice algo distinto, abuela?

—Ay, Gabriella. Seguro que tu dibujo también era muy bonito. Ser distinto no tiene nada de malo. Si todos fuéramos iguales, el mundo sería muy aburrido. Seguro que a mí me encantaría tu dibujo. ¿Me lo guardas?

Hubo un largo silencio.

—¿Gabriella? ¿Sigues ahí?

—Es que la señorita los colgó todos en la pared. El mío también. Y ahora no quiero volver al colegio hasta que lo quiten. Es muy feo, y me siento muy tonta.

Percibía la angustia de la niña.

—¿Quieres contárselo a mamá?

—No.

—Entonces vas a tener que ir al colegio. Prométeme que cada vez que lo mires recordarás cuánto te quiere tu abuela. Creo que ser distinto es una cosa muy especial. Pero a veces cuesta. ¿Me lo prometes?

—Sí.

Gabriella se animaba.

—Ahora tengo que despedirme, que llego tarde. Cuéntaselo a mamá y a papá. Lo entenderán. ¡Te quiero!

—¡Yo también te quiero, abuela!

Cuando colgó el teléfono sintió una punzada en el corazón. Era la primera vez que hablaban desde que había descubierto que su nieta compartía el nombre de su hija.

Los suaves pétalos color violeta de la hierba doncella se teñían de púrpura oscuro en el momento de su muerte. Sophie arrancó los más oscuros y frotó entre los dedos su seca superficie. Cybil aún estaba con su última paciente.

La recepción era acogedora. No había ventanas, sino cuatro puertas, tres de las cuales daban a distintas consultas, y la cuarta a la entrada. Historias por doquier. Del despacho de Cybil provenían voces ahogadas. En ese momento se abrió la puerta y salió una mujer alta, con melena oscura. Iba encogida y ocultaba su llanto tras montones de clínex.

—¿Cómo puedes ver a tantas personas infelices a lo largo del día? —le preguntó Sophie a Cybil mientras se sentaban—. Yo solo con leer el periódico ya me siento abrumada por los problemas del mundo.

—Estamos preparados para distanciarnos de los problemas de los demás —le explicó Cybil—. A veces cuesta, porque lo que queremos es que el dolor desaparezca, claro. Pero lo que realmente queremos alejar como por arte de magia es el dolor que sentimos nosotros al ver el sufrimiento ajeno. Muchas veces, el paciente es mucho más valiente que el terapeuta.

Sophie ahuecó el cojín, intentando hacer suyo aquel espacio. La última sesión había sido tan potente, tan íntima, tan atemporal...

—¿Qué tal te ha ido la semana?

Sophie informó a Cybil, dándose cuenta de que las palabras no bastaban para expresar los enormes cambios que estaba experimentando.

—Así que, ya ves, me he propuesto encontrar a mi hija fallecida. ¡Solo en terapia me atrevería a decir algo así, sin miedo a que me encerrasen en un manicomio!

»Nuestros problemas empiezan muy pronto en la vida, y la gente que nos rodea no tiene conciencia de ellos —continuó Sophie—. Hoy he hablado con mi nieta Gabriella sobre un dibujo que hizo con los dedos que era tan distinto del de las demás que ahora se siente humillada y no quiere volver al colegio mientras esté colgado en la pared. En vez de pintar una casa blanca con su chimenea, su árbol y el sol en una esquina, como todos los niños, dibujó cinco casitas de color naranja, una en cada esquina y otra en el medio. Dentro de muchos años, después de cientos de sesiones de terapia, con sus gritos primales y sus juegos de arena, ¡recordará y por fin liberará su creatividad!

—Pues si la profesora supiera lo ingeniosa que ha sido Gabriella —Cybil se levantó para ajustar las contraventanas de madera—, la elogiaría por el arquetipo en el que se ha inspirado. En la antigüedad se creía que las cuatro esquinas de la tierra estaban custodiadas por sendos espíritus guardianes. Estos adoptaban distintas formas según la religión. Se consideraba propio de un prototipo divino dividir una ciudad o un país en cuatro esquinas, con un templo, una plaza o los dominios del gobernante en el centro. Por ejemplo, la antigua Irlanda era la isla de los Cuatro Reyes, y el «rey supremo» gobernaba desde Tara, en el centro.

—¿Y eso cómo se le explica a una niña?

—Si ya ha empezado a explorar los arquetipos, tendrá la fuerza necesaria para encontrar su propio camino. En nuestra cultura no nos damos cuenta de que debemos buscar señales de visión mística en los niños.

Cybil echó un vistazo al reloj.

—Creo que hoy no hemos avanzado nada —gimió Sophie.

—¡Recuerda, todo es perfecto!

Esta vez Sophie solo dudó un poco de esas palabras.

—Es que yo quiero penetrar mucho. Ay, Dios. Qué sexual ha sonado... —bromeó nerviosa, ocultando enseguida su vulnerabilidad ante Cybil y ante sí misma.

—No. Es pasión.

—¿Por qué lo mejor pasa cuando estoy saliendo por la puerta?

—Yo solo soy el catalizador. Este viaje es tuyo, y llevas muchas vidas embarcada en él, sospecho —respondió Cybil con dulzura.

Meneando la cabeza con exasperación fingida, Sophie se volvió hacia la puerta. La sala de espera estaba vacía, pero a la vez muy agitada. Se alegró de dejarla a su espalda al cerrar la puerta. ¿Muchas vidas? Se estremeció ante la idea. Esta vida era más que suficiente para intentar entenderla. ¿De qué servía saber que había otras? Y, además, ¿existían pruebas?

Como no quería irse directamente a casa, sucumbió al impulso de visitar la tumba de Michael. Si iba a seguir el dictado de su pasión, o siquiera encontrarla, primero tenía que descubrir adónde la querían llevar sus intensas pulsiones, aunque parecieran absurdas.

El sol de principios de invierno era inusualmente cálido, y su brillante luz alegraba el cementerio. Cediendo a otro impulso, se quitó los zapatos para sentir la suave hierba bajo los pies, pese a la insistente voz que la regañaba por su irreverencia. Quizá los muertos estuvieran hartos de que la gente los rodeara de puntillas.

El guarda le había indicado el camino que llevaba a la tumba de Michael, que se encontraba a cierta distancia, a la derecha de la puerta y justo donde la colina iniciaba el descenso hacia la autopista. El aire parecía espesarse conforme se adentraba en el cementerio, como si allí la vida se siguiera viviendo, como si ella estuviera atravesando cosas literalmente, quizá, y hubiera cosas que la atravesaran a ella. ¿Podían sus pies descalzos servir como el pararrayos que había de liberar a un espíritu cautivo de la cárcel de un cuerpo en descomposición? La cálida luz del sol batallaba ahora con su vello erizado. Tenía que llegar hasta la tumba de Michael para sentirse integrada con él. El chico se había criado con David y Phillip, y lo consideraba casi otro hijo. Era como si visitara una de las tumbas de sus niños. Además, Michael parecía llamarla. ¿O lo llamaba ella a él?

Le pareció que las tumbas más tristes eran las que tenían flores frescas, no las que nadie había visitado desde hacía mucho tiempo. Las más antiguas tenían un aire sagrado, sus lápidas envejecidas por el paso del tiempo y por la intemperie. Las nuevas, en cambio, brillaban con estridencia, aún en carne viva por la batalla perdida.

No le costó dar con la de Michael. Era la única de la zona que estaba cubierta de flores más o menos frescas. Y como el césped que habían sembrado aún no se había integrado con la hierba circundante, los bordes delimitaban claramente el espacio de Michael. Las ramas de un inmenso roble colgaban protectoras. Con ellas, la tumba no parecía tan sola en la colina.

Intentaba reflexionar sobre el último comentario que había hecho Cybil acerca de otras vidas. ¿Cuántas sepulturas albergaban a Michael en el mundo? ¿Cuántas vidas había vivido, cuántas veces había sido enterrado? Por un momento vio un castillo gris en lo alto de una colina, y ella estaba en la linde del bosque de un cementerio lleno de tumbas de bebés. Entonces también había estado sola en su peregrinaje. ¿Dónde se encontraba la conexión? No se atrevía a preguntarlo en voz alta, por miedo a recibir una respuesta clara y sonora. Pero lo hizo.

—¿Michael? —susurró Sophie, mirando a su alrededor.

La presencia del muchacho era muy intensa.

—Penelope era prima tuya en aquel entonces, en la antigua Escocia. Durante años se creyó estéril, y siempre fue de salud frágil.

Era la voz de Michael.

—Cuando se quedó embarazada, tú fuiste su comadrona, y la cuidaste, y decidiste, contra todo lo que cabía esperar en aquel entonces, que la madre y el niño habían de vivir, e intentaste aliviar sus dolores con hierbas. No sobrevivimos. Tú juraste que, si nuestros caminos volvían a cruzarse, serías nuestra guardiana. ¡Cuidado con los juramentos hechos a las puertas de la muerte! Por su matrimonio, Penelope tenía relación directa con la alta corte cristiana, donde se consideraba que ella había muerto a causa de tus oficios, porque entonces las mujeres debían sufrir todo el dolor del parto para expiar su perversidad innata. Su muerte te granjeó muchos enemigos, y se te expulsó de la corte. Parte de tu pasión murió en ese momento.

Las palabras de Michael la conmocionaron.

—«A través del sentimiento se la conoce a Ella. ¿Cómo va a hallarla entonces la falta de sentimiento?» La primera vez que escuchamos esas palabras éramos poetas tántricos. ¿Dónde estaremos la próxima vez que nos encontremos? ¿Cómo seremos? ¿Cómo será el mundo? Sophia, por favor, vuelve a aceptar tus sentimientos. No te cierres más. Tu piedra rosa tiene un significado importante.

—Esto es increíble. Michael, por Dios, ¿dónde estás?

Una suave brisa acarició su rostro y le agitó el pelo, y luego se sintió sola otra vez. Aún no estaba preparada para volver al mundo, así que se acurrucó junto al roble y se acomodó entre sus raíces, mientras los cálidos rayos del sol la sumían en un trance somnoliento. Su mente era un caos de imágenes: templos blancos, cuevas rosas, bebés de todos los colores, estrellas, fuego y sangre. Todo flotando en su cabeza.

Hojas secas se deslizaban por la hierba que se doraba, impulsadas por una repentina brisa fría. Algunas hojas caían colina abajo libremente, esquivando, afortunadas, todas las lápidas; otras se estrellaban contra el dorso de las losas, poniendo así un abrupto fin a su viaje. Algunas quedaron atrapadas tras la lápida de Michael, y Sophie vio como el viento las lanzaba una y otra vez contra el mármol.

El gigantesco tronco del roble absorbió su tensión cuando se reclinó contra él, con las piernas descansando en los surcos que formaban sus poderosas raíces. ¿Qué profundidad alcanzaban estas en el interior de la tierra? Llegaban hasta un manantial de consuelo. ¿Era esto la Madre? Se ciñó el abrigo en torno a los hombros. Si no se mantenía alerta, podía acabar fundida con la tierra, como un charco de lluvia, y ser succionada hasta el fondo primordial.

Miró al otro lado de la autopista, distraída, más allá de los edificios de oficinas y de viviendas que coronaban las colinas hasta el horizonte, donde se encontraban el cielo y la tierra. Allí colgaba burlescamente una respuesta. Un viento frío le azotó las mejillas.

—Michael, gracias... de nuevo —susurró, aunque no había nadie que pudiera escucharla.

Cuando se incorporó, otra brisa llevó hasta ella el olor de la hierba dulce. Liberó todas las hojas que se habían acumulado detrás de la lápida de Michael, con cuidado de no dejarse ninguna, y se paró a verlas caer por la pendiente. Se sentía como si ella misma se hubiera liberado de algo. Desanduvo el camino con paso ligero, pero este se hizo más lento cuando se percató de algo.

—Hija, nunca he visitado tu tumba.

El teléfono sonó y sonó, pero no lo cogió. El contestador no grabó la llamada. Era su madre, estaba segura.

La humedad fría del atardecer había refrescado el ambiente. El horno crepitó al instante cuando presionó el interruptor. Se calentó las manos con el aire cálido del conducto de ventilación. Estaba muerta de hambre, pero cuando abrió la nevera solo la saludó una cegadora luz blanca, y la nada. Mejor ir a la tienda y comer algo antes de llamar a su madre.

Se puso en la cola de la caja rápida. Aún se estaba acostumbrando a comprar para ella sola. La mujer que estaba delante le resultó conocida. Tenía una melena lacia de color negro azabache natural, solo ligeramente vetado de blanco, y la piel casi transparente. Blancanieves. Le sonaba esa forma de mantener la cabeza gacha: la paciente de Cybil.

Le tiró de la manga del jersey para saludarla. La mujer, sobresaltada, volvió la cabeza, y su largo cabello giró con ella a cámara lenta. El tiempo se detuvo cuando sus ojos se encontraron y entre ellas saltó la chispa del reconocimiento. Sus grandes ojos oscuros eran los de un ciervo acorralado cuando recogió su bolsa y salió corriendo de la tienda, mientras el cambio olvidado resonaba ruidosamente al caer por el conducto de la caja registradora.

Sophie, conmocionada, asombrada por el extraño comportamiento de la paciente de Cybil, dejó de oír los sonidos del supermercado.

El reloj de la cocina señalaba las cinco cuando dejó la bolsa de la compra en la encimera de azulejo blanco y abrió el armario en busca de las aspirinas. Sonó el teléfono.

—¡Hola, mamá! —suspiró, preparándose para la trivial charla de costumbre.

—¡Sophie! ¡Por fin estás en casa!

Bajo la maternal dulzura de la voz de su madre asomaba una nota de exigencia.

—El domingo te llamé después de misa. Y esta tarde otra vez, después de golf.

El encantador profesor de golf conseguía que todas las mujeres de la pequeña comunidad de jubilados del sur de Florida a la que pertenecía su madre se sintieran rejuvenecidos después de cada clase. Les gustaba a todas, y el hombre era la única motivación que explicaba cualquier mejora perceptible que pudiera experimentar la técnica de aquellas señoras.

—¿Qué pasa?

Cómo le habría gustado que su madre fuera de las que escuchaban, de las que prestaban oídos a su dolor y a sus problemas, que no los despachara con lugares comunes, que escuchara con actitud comprensiva y compasiva. Esta vez decidió correr el riesgo de verse desamparada.

—¿Te acuerdas de mi amiga Penelope? Su hijo Michael ha muerto. Un accidente de coche. Esta tarde he visitado su tumba.

—Ah.

Comprendió que al otro lado del hilo, su madre no sabía qué decir. Sophie se la imaginaba sentada en su cocina americana decorada en tonos verdes y amarillos con motivos vegetales, todo perfectamente combinado, sin impronta personal alguna, ni siquiera las baratijas. Lo mismo cabía decir de su salón íntegramente blanco y de su dormitorio azul marino y beis. A su madre le reconfortaba el hecho de que su casa fuera intercambiable con las de sus amistades.

Renunció a compartir su experiencia de comunión con Michael y entró en terreno más peligroso.

—Mamá, me acabo de dar cuenta de que nunca he visitado la tumba de mi hija.

—Pero, Sophie, ¿a qué viene eso ahora? Pasó hace mucho tiempo.

—Mi hija, tu primera nieta, habría cumplido veinticinco años el 21 de diciembre.

—Sophie. A ver. —Su madre buscaba las palabras adecuadas, pero renunció a encontrarlas —. Últimamente nos tienes preocupados a tu padre y a mí. ¿Comes bien, ahora que se ha ido Tom?

—Mamá, por favor, no estoy hablando de eso.

Sophie se sentía como una niña que tuviera que defenderse. Entonces ¿por qué no era capaz de aceptar las cosas tal como eran entre ellas?

—Ya estás exagerando, cuando lo único que hago es intentar ayudarte.

—Ya lo sé, mamá.

Sentía como si la sangre le fuera a estallar en las venas.

—Sobre todo nos preocupa ese tratamiento psiquiátrico que crees necesitar.

Su madre rara vez empleaba la primera persona del singular. Siempre usaba el plural. Y su padre la dejaba hablar por él sin un gesto de protesta. Durante su infancia y adolescencia, Sophie siempre se había sentido abandonada, sin nadie que la defendiera, hasta que llegó Cybil. Y ahora tenía que pagar por ello.

—Mamá, estoy intentando conocerme mejor a mí misma, entender por qué hago las cosas y por qué me falta pasión.

Se estremeció, arrepintiéndose de sus palabras de inmediato.

—Pero ¿qué dices, Sophie? Ojalá estuviera aquí tu padre para hablar contigo.

Sin marido, su madre volvía a ser una niña.

—Mamá, ¿tú qué recuerdas del funeral?

—Nada.

—¿Por qué no esperaste a que yo pudiera ir a despedir a mi hija?

—Hicimos lo que pensábamos que era mejor en ese momento. ¿Para qué alterarte aún más? Teníamos que cerrar ese capítulo y seguir viviendo. Ya tendrías más hijos y te olvidarías de lo que había pasado. ¿Para qué obsesionarse con el pasado? Y no nos equivocamos. Mira a David y a Phillip. Y a tu nieta. Da las gracias por lo que tienes.

Había visto aplicar la misma lógica a muchas situaciones a lo largo de su vida. La mitad de sus problemas debían de ser los de su madre, todo ese magma enterrado tenía que salir por algún sitio.

—No deberías pagar a una desconocida para que escuche tus problemas.

Sophie se sintió terriblemente abochornada.

—Uy, tengo que dejarte. La cena está lista.

—Adiós, cariño. Bueno, lo que tienes que hacer es buscar trabajo. Salir al mundo. ¡Deja de mirarte el ombligo y verás qué fácil es ser feliz!

—Gracias por tus consejos, mamá. Adiós. Ya te llamaré otro día.

Se había pasado toda la conversación dando agitadas vueltas de un lado a otro. Ahora se derrumbó en el sillón que había junto al teléfono. Ojalá hubiera podido retrepase cómodamente en él mientras hablaban.

El bosque profundo estaba en silencio, una quietud como la de la nieve recién caída, pero perturbadoramente diferente. Una espesa película de polvo lo cubría todo, tiñéndolo de color rosado y creando una calma inerte. De vez en cuando, en el lugar donde acababa de pasar un insecto, en una frágil hoja, brillaba un hilo de color verde vivo.

Despacio, con precaución, recorrió el sendero suavemente inclinado, deteniéndose cada pocos centímetros a examinar minuciosamente un guijarro en particular, buscando un matiz de color, habiendo olvidado por qué se estaba arrastrando. Nada le impedía incorporarse y caminar firme y derecha, incluso correr como el viento, o volar, tal vez. La cubría la misma masa de polvo rosa, fundiéndola con ella. Las ramas cedían bajo el peso de la gris película rosada y le rozaban la coronilla; por su culpa casi deja caer su carga, pero no llegó a hacerlo. No había pájaros, no había animalillos.

Volvió a detenerse, y solo una pequeña parte de su mente estaba disponible para percibir por completo las manchas color azul celeste de la piedra blanca que descansaba en la palma de su mano. Una sutil muesca en su forma oblonga la transformaba en una representación abstracta de la Virgen y el Niño. Intentó devolver la piedra al sitio que había ocupado en el suelo, como quien encaja una pieza en un rompecabezas, pero su mano no quiso soltarla. ¿De verdad era aquella piedra como la Virgen y el Niño, o acaso se había perdido ella por completo en la niebla, en lugar de jugar dentro de ella? Por mucho que la contemplaba, no lograba que se pareciera a ninguna otra cosa. De hecho, ya no era una piedra. La tierra más gruesa y densa que se encontraba bajo la película de polvo rosa cedió a la exploración de sus dedos. Su labor excavadora adquirió una intensidad furiosa y desesperada. Si enterraba la piedra y su persistente imagen, podría olvidarla.

Sophie se incorporó en la cama, apartó la colcha con vehemencia, lanzó las piernas sobre un costado y se dirigió directamente a la ducha, posponiendo su ritual mañanero de café y periódico. La ducha y el cuarto de baño se llenaron de vapor cuando elevó la temperatura del agua hasta el nivel más alto que era capaz de soportar, mientras obligaba a sus pensamientos a abandonar su cabeza. Al cabo de unos minutos, el estrés disminuyó y, aliviada, apoyó la espalda contra los azulejos aún frescos. ¿Quiénes eran sus guías en esta parte de su vida?

Su piel, aún enrojecida por el calor, palpitaba bajo la bata de rizo blanco. El frío de la cocina disminuyó rápidamente la temperatura de su cuerpo. Se acercó a la estufa mientras esperaba a que hirviera el agua para el café. Hizo uso de su fuerza de voluntad para alejarse del calor y correr al calendario para ver qué era lo que tenía programado para ese día. No era posible que ya fuera viernes otra vez. Su cita con Cybil era a las diez. Por lo menos podría contarle un buen sueño. Junto al calendario, una pila de facturas le recordó los riesgos que traía consigo emprender este viaje interior. Nadie que ella conociera sería tan imprudente.

La puerta estaba entreabierta. Cybil hizo un grácil gesto en dirección al sillón del paciente mientras se acomodaba en el suyo y terminaba de componer su chal de seda con motivos florales. Su centro de gravedad eran sus penetrantes ojos oscuros, que nunca abandonaban el rostro de

Sophie. La presencia protectora de Cybil podía mover montañas, crear montañas. En ese mismo momento, Sophie supo con certeza que así era.

En la estancia se hizo el silencio, y ella lo permitió.

Progreso.

«Toda creación emana del silencio.» Cybil, con la cabeza ligeramente inclinada, cerró los ojos. Cuando los abrió, brillaban lágrimas en ellos.

Pero entonces el silencio se cargó de tensión, y Sophie temió que las absorbiera a ambas.

—Esta mañana he tenido un sueño de lo más inquietante —ofreció al vacío.

—Ah.

Cybil parecía triste y poco dispuesta a hablar.

Sophie lamentó haber roto el silencio, pero hizo su ofrecimiento.

—Es un sueño que refleja dónde te encuentras en tu viaje de sanación —explicó Cybil—. Tiene una simbología muy potente que te interpela. Si la exploraras, aprenderías mucho. Sospecho que te sientes perdida en un territorio que no está en los mapas y que te estás resistiendo. Recuerda, todo está cartografiado. ¡Lo que pasa es que no has encontrado el mapa! Tienes que descubrir qué significan para ti la piedra y el color rosa. Salen mucho.

—No sé, no lo entiendo.

—Intenta sumergirte en el color durante un tiempo y mira si hace aflorar algo.

—Igual pinto el cuarto de estar de rosa. Esa sala lleva ya un tiempo inactiva, desde que acabé de quitar el papel pintado, hace semanas. No es exactamente un color rosa, sino más bien rosáceo, pero es muy potente, no sé por qué.

—¡Eso es! Mira, nosotras, como mujeres, luchamos por volver a encontrarnos, cada una a su manera. Y los hombres también. Cada persona alberga en sí un fragmento de sabiduría olvidada, un hilillo, y juntos tejemos un tapiz extraordinario, y no podemos saber cómo va a ser hasta que lo terminemos. Y tú eres la responsable de tu hilo.

—Pues yo creo que como siga buscando mi pasión, ¡voy a acabar volviéndome virgen otra vez! Ni siquiera he salido con nadie aún.

—En la antigüedad, a las vírgenes también se las conocía como las ramerías del templo. Eran maestras del alma o madres del alma. Las alma mater. Su misión era transmitir las gracias de la Diosa a través de su sabiduría y con sus cuerpos. Dedicaban sus vidas a encarnar la esencia sanadora de la Diosa y a entregársela a los demás. Encarnaban a la Diosa a través del culto sexual, de la curación de los enfermos y de sus profecías. Realizaban danzas y rituales y velaban por que no se extinguiera el fuego sagrado. La palabra «virgen» solo significaba no casada, propiedad de ningún hombre, una mujer completamente autosuficiente que era capaz de dar un gran amor universal, impersonal. Muchos estudiosos creen que María fue una de las vírgenes del templo. María Magdalena fue una de esas sacerdotisas sabias y poderosas, y por eso fue vilipendiada. Se creía que los primogénitos varones de esas primeras mujeres eran hijos de los dioses, y se los llamaba *bathur*, un término que se corrompió hasta convertirse en «bastardo», con connotaciones deliberadamente denigrantes. Intento imaginarme lo que debía suponer ser una de esas mujeres. Pensar en ellas me ayuda. Son nuestras antepasadas, aún llevamos en la sangre su sabiduría.

—Entonces ¿María no era casta?

—Por lo que yo sé, la palabra «castidad» no se aplicaba al sexo. El sexo se consideraba algo sagrado por naturaleza, y nadie juzgaba si era bueno o malo. Esta es la lección de la semana. ¡Practica ser una Virgen!

—¡Creía que ya lo había sido!

—¡No, fuiste una mártir! —Cybil rio por lo bajo—. Es broma. Practica ser una ramera sagrada. ¿Para qué si no tenemos una oración sobre recobrar la sabiduría perdida? Eso tiene que venir de nuestra memoria colectiva.

—¡Qué diferencia entre esas ramera del templo y las monjas célibes de ahora! Salvo que las monjas siguen sanando a los enfermos e intentando acercar a Dios al mundo. Pero parece que se haya perdido una cierta vitalidad esencial, como un gran poder —observó Sophie, recordando a las monjas de su infancia y el cementerio irlandés.

Salió de la consulta de Cybil con la sensación de que su alma había recibido un pequeño manjar, después de haberse visto privada durante tanto tiempo. Mientras volvía a casa intentó imaginarse a sí misma como una ramera del templo. Su liviano vestido dorado volaba con cada uno de sus movimientos, con cada gesto, y cada aleteo de la seda era una suave caricia. Le habían enseñado a estar atenta a las afectuosas caricias de la Diosa, aunque solo fuera la seda aleteando sobre su piel. Su vestido revelaba su cuerpo, subrayaba su sensualidad, como si ella fuera una flor en una pradera. Ella era el recipiente de la Diosa. Los hombres podían beber de ella y ser bendecidos, sanados. Flotó por el templo junto a las demás ramera, en una danza perpetua, grácil, apasionada, palpitante de vida, plena.

Por el rabillo del ojo vio que el hombre del coche de al lado la miraba un poco alarmado. Se había ensimismado por completo. Un vistazo al espejo retrovisor no reveló ningún problema, así que fulminó al hombre con la mirada por su intrusión, arrancó el motor y salió disparada hacia la tienda de pinturas.

Esa noche, un hombre vino a verla en un sueño. Hicieron el amor, y fue como si sus almas se fundieran en una sola. No quería despertarse nunca.

No podía seguir ignorando la invitación a la fiesta de los Spencer, que se encontraba apoyada junto al contestador automático. Había que ir, porque allí estarían sus amigos de siempre, de ella y de Tom. En todo caso, podría jugar a ser una virgen del templo, intentar que no le importara acudir sola.

¿Qué podía ponerse? Quizá la pregunta más antigua de la historia. A lo mejor podía entrar con discreción, y la gente se olvidaría de que no venía con Tom. Se sentiría más segura con el clásico vestido negro, puesto que casi todas irían del mismo color. Empezaba a entender el afán de su madre por decorar la casa a juego con las de sus amistades.

Las escaleras estaban flanqueadas por flores de Pascua. Dos lámparas de hierro forjado negro, situadas a ambos lados de una puerta de entrada pintada de un blanco reluciente, iluminaban el sendero del jardín y revelaban franjas de césped bien cuidado. En el momento en que llamaba al timbre, se abrió la puerta.

—¡Sophie! ¡Qué alegría verte!

—Hola, Marjorie —contestó Sophie, elevando la voz en exceso.

«Vaya, hombre», murmuró para sí, esperando impotente a que la mujer acabara de revisar el sendero para ver si la acompañaba alguien. Tenía que ser Marjorie quien acudiera a abrir la puerta.

Una voz ordenó:

—¡Respira!

Sophie giró en redondo.

—¡John! ¡Me has dado un susto de muerte!

—¡Tú me has asustado a mí! Parecía que hubieras visto un fantasma. Venga. Estás muy guapa. Voy a servirte una copa.

John la aparcó junto a su mujer, Leslie, que estaba con un grupo de amigos del barrio, una cuadrilla en la que todo el mundo se conocía desde siempre, por los hijos. Todos hacían lo imposible por intentar que se sintiera cómoda, pero lo que conseguían era que se sintiera como si fuese su hija.

Mientras prestaba media oreja a sus conversaciones, Sophie intentaba detectar a las parejas que parecían tener una conexión real. De pronto necesitaba entender algo de lo que solo empezaba a ser vagamente consciente.

—¡Ahí estás! —gritó John desde el otro lado de la sala, mientras se acercaba a ella con su copa.

Sophie le dedicó una sonrisa débil y agradecida. Ahora sí quería explorar la fiesta.

—¿Has venido sola? —susurró en su oído una ronca voz masculina.

Giró sobre sus talones y se encontró con un desconocido.

—¿Y tú quién eres?

—Soy la otra persona que ha venido sola a esta fiesta.

Sintiéndose vulnerable, liberó su brazo de la mano de él.

—Iba al tocador.

—¡Adelante! —exclamó el desconocido efusivamente, un poco borracho.

En el mismo momento en el que posaba su mano en el pomo de la puerta del baño, esta se abrió, y, al alzar la vista, descubrió unos intensos ojos color avellana que miraban a los suyos. Pertenecían al hombre elegante al que había visto en el margen de un círculo de amigos. Sus ojos le resultaban extrañamente conocidos, y le gustó cómo olía cuando pasó junto a ella.

Se encerró en el baño y se apoyó contra la puerta, provocando un ruido sordo y soltando un gran suspiro que esperó que no llegara a oídos de nadie. En los ojos del hombre había algo que era para ella. Pero no lo conocía de nada.

Al mirarse al espejo, comprobó que su aspecto externo resistía el examen mucho mejor de lo que lo habría hecho el interno. Estaba muy agitada. Algo en aquella fiesta hacía que se sintiera vacía y triste, y no entendía por qué. ¿Por qué, ahora que ya no estaba casada, ya no podía estar de la misma forma con aquellas personas a las que conocía desde hacía tanto tiempo? De la noche a la mañana se habían convertido en extraños, y ahora ella tenía que irse a su casa. Era mejor estar sola allí que muy sola aquí.

Su tristeza fue en aumento mientras se abría paso entre la gente, despacio, despidiéndose. Todos asintieron un poco demasiado comprensivamente. El desconocido del baño estaba hablando con una mujer que seguramente fuera su esposa. Era guapa, vestía con estilo y escuchaba atenta.

Cuando la puerta se cerró detrás de ella, dejándola sola en el sendero del jardín, la recibió un aire frío. No recordaba haberse sentido nunca tan perdida.

Asomaba ya el alba entre los árboles cuando acabó de extender la cubierta protectora e inspeccionó el cuarto para comprobar si ya estaba todo preparado para pintarlo. Incapaz de resistirse a los gloriosos colores del cielo, cogió su taza de café y salió afuera, a ver amanecer. Esto era un lujo poco frecuente, porque no era madrugadora. Muchas tradiciones antiguas incluían rituales relacionados con el sol naciente.

Gotas de rocío arrancaban al hierro forjado blanco destellos que reflejaban los colores del firmamento. Cuántos preparativos junto al jardín, cuánta vida. Se sentía accesoria. No le apetecía limpiar el rocío del asiento. Se lo dejaría al sol. Allí parada, admirando el espectacular cielo, no conseguía decidir qué color era más bonito. Estaba el rosa que iba a cubrir su cuarto, al final de ese día, o eso esperaba, y un violeta intenso. Deseó poder fundirse con todos los colores.

Las delgadas nubes se desplazaban con rapidez, y una de ellas empezaba a tomar forma. Justo antes de llegar a la altura del sol, adoptó la forma de una cabeza de águila, un águila de color púrpura. Fascinada, vio cómo el ave pasaba por delante del sol y se disipaba. La pequeña parte de ella que era de sangre cheroqui hizo que su imaginación se despertara. ¿Se haría llamar Águila de la Mañana su antepasada? Y entonces ¿era su tótem el Águila de la Mañana? Y ¿habría aportado esta su sabiduría a todas las preguntas que ella hacía? El mero hecho de formular esas cuestiones hacía que se sintiera como suspendida en el tiempo.

Siguiendo un impulso, corrió a la cocina a buscar papel y bolígrafo y volvió a salir apresuradamente, antes de que acabara de emerger el sol y se rompiera el hechizo. Las palabras brotaron de una nueva parte de ella.

Rayos púrpura parten de las estrellas
y tocan las grandes piedras.
Desde nuestro círculo nos reunimos bajo la luz púrpura
y moldeamos sueños futuros,
cada mano tendida, ungida.
Puntos de luz para iluminar razas futuras.
Obra sagrada de los dioses para nuestra Madre Tierra.
¡Gran dicha!

Desde el bosque,
bailarines para consagrar
esta obra sagrada.
Todos los ojos elevados.
La trascendental luz de la Luna
los llena,
se renueva el Misterio.

Gujarros bajo los pies, desgastados de rodar durante eones.
Piedras sagradas iluminadas por la Luna, blancas como la Diosa misma
se mueven con nosotros,
marcando el ritmo antiguo
conocido desde el principio.
El silencio se intensifica
y se llena de Amor.
Fucsia pálido, violeta, dorado y rosa nos rodean

cuando renacemos en la Luz.

Asombrada de lo que había brotado de ella, lo leyó una y otra vez, maravillándose cada una de ellas. ¿Acaso el Águila de la Mañana le había concedido un don? En ese momento decidió pensar en su poema como el don natural y sagrado que era, sin que se entrometiese su cinismo blanco anglosajón. Cuando el sol empezó a elevarse en el cielo, la inspiración la abandonó. Tenía que ponerse a trabajar.

Deslizó con cuidado el abridor por el borde de la tapa de pintura y esperó a que esta cediera. Justo antes de que se cerrara el círculo, la tapa se desprendió con un pop y un silbido. La levantó despacio. El color era muy bonito, casi etéreo. Vertió un poco de pintura en la bandeja del rodillo. Casi no era un color, más bien un resplandor rosado, pero lo cambiaba todo con la fuerza de su delicadeza.

Primero pintó los bordes. ¿Dónde estaba la brocha nueva? Cuando se volvió para buscarla, el talón chocó con la bandeja del rodillo y se derramó un poco de pintura. Para evitar el desastre, la atrapó con la mano, que quedó cubierta de rosa. Siguiendo un impulso, imprimió la huella de su mano en la pared y retrocedió. A continuación apretó la mano izquierda contra la derecha, para transferir la pintura, e imprimió en la pared una huella más tenue. Inspirada, metió el dedo en la lata y empezó a dibujar lo que acudió a su mente: una espiral, un muñeco de palo, el sol, la luna. Sintiéndose curiosamente satisfecha, sacó la brocha de la bolsa de papel y se puso a trabajar. ¿Por qué cuando estaba del humor más disparatado era cuando se sentía más cuerda?

Por la noche había terminado su trabajo y estaba agotada. Por fin pudo evaluar el impacto del cambio y sentir la acogedora calidez que irradiaba la nueva pintura. No podía imaginar que llegaría a cansarse de ella. Por una vez su mente estaba en paz, en calma, y se sentía realmente feliz con el resultado. Había olvidado lo que Cybil le había aconsejado sobre prestar atención a lo que intentaba decirle el color. Ahora no pensaba en ella ni en ninguna de sus recientes incursiones en su inconsciente.

Empezaba a notar las emanaciones de la pintura y se sentía un poco aturdida. Quitó las cubiertas protectoras de las lámparas, encendió todas las luces y giró sobre sí misma en el centro del cuarto, estudiando el efecto. En la niebla flotaba burlonamente un recuerdo de otra época. Pero entonces la invadió la soledad, y lloró. Nunca se había sentido tan abandonada. Por otro lado, se alegraba extrañamente de poder llorar por fin. Se quedó dormida en el sofá.

La despertó el frío. La estancia brillaba como la suave y cálida luz de una vela. Sin duda había llorado de agotamiento.

Mientras esperaba a que se hiciera el café, se preguntó si debía arriesgarse a llamar a Tom a una hora tan temprana. ¿Estaría su nueva novia revoloteando por la cocina, envuelta en la vieja bata de seda de Tom, haciéndole café, como antes había hecho ella? ¿Habría salido a la puerta a buscar el periódico del domingo mientras él esperaba a que volviera a la cama?

Sophie dejó pasar una hora más mientras leía el periódico en su nueva sala. A la luz de la mañana, el color adquiriría una suavidad especial. Podía dedicar el día a buscar algún detalle que lo complementara. Era como querer encontrar un regalo especial para un recién nacido. Se sentía tierna y protectora, y no quería abrirle la puerta a nadie.

Tom contestó al segundo tono.

—¿Estás solo? No quiero molestar.

—Estoy recogiendo la casa. Anoche organicé una orgía salvaje. La última chica se ha ido hace diez minutos. Se ha llevado mi bata de seda.

Sophie deseó que él no la oyera contener el aliento.

—¿Estás ahí?

Tom rio.

—¿Te lo has creído? No sé si tomármelo como un halago o cabrearme.

—No, claro, ya sé que era broma.

Su corazón seguía latiendo con fuerza.

—Y, para que lo sepas, me he pasado todo el fin de semana metido en casa, en este piso que es... que no se puede llamar una casa. Esa es mi animada vida de soltero.

—Yo he acabado de pintar la sala.

—O sea que tú también estás muy animada.

Notó cierto resquemor.

—La cuestión es que me gusta mucho cómo ha quedado.

—Si te hace feliz...

Estaban cayendo en su antigua costumbre de salpicar sus conversaciones de pequeños dardos.

—¿Vas a Santa Fe en Navidad, a ver a los chicos? —Sophie cambió de tema. Este podía provocar más problemas, pero tenían que organizarse.

—Claro. ¿Voy la primera semana y tú la segunda?

—Pero ¿y Nochebuena y Navidad? Gabby no lo entendería. Y creo que David y Phillip tampoco, a pesar de la edad que tienen.

—Y ¿dónde te quedarías?

—Podríamos quedarnos en un hotel y alternarnos.

—Me parece razonable. ¿Quieres que busque el sitio más cercano?

—Sí. Yo te pago la mitad.

—No te preocupes. —Lo notaba casi enfadado—. ¿Cuándo querías ir?

—Ah, también te llamaba para eso. Me gustaría visitar la tumba de nuestra hija el día de su cumpleaños, el 21. Habría cumplido veinticinco. ¿No te parece increíble?

El silencio de Tom se hizo interminable.

—Tom, ¿sigues ahí?

—Sí.

—¿Te estoy perturbando?

—Sí.

—Es que tengo que hacerlo.

—Ya lo sé. Ya era hora.

La sorprendió la crudeza de la respuesta.

—¿Sabes dónde está?

—Sí. ¿Quieres que te lleve?

—No. Prefiero ir sola.

Sophie sentía cómo crecía la tensión entre ellos, como si estuvieran en orillas opuestas de un río que se estuviera desbordando a gran velocidad.

—Te hago un plano y te lo mando por correo. Será más fácil que explicártelo por teléfono.

—Te lo agradezco mucho.

Intentaba tirar un salvavidas antes de que se los llevara la corriente.

—Te lo mando hoy mismo.

El sonido que hizo el receptor de Tom cuando colgó el teléfono fue como otro clavo que se hundiera en su ataúd de pareja. Sin darse cuenta, enfiló el pasillo en dirección al nuevo cuarto. La sala de estar ya no era para la familia.

Después de la larga tarde de compras que había pasado sola, su mente era como una sopa de pensamientos que rebosara de una marmita burbujeante. Por no tener a nadie con quien compartirlos. ¿Acababa de decir algo en voz alta? Pronto estaría hablando sola de forma tan inconsciente como la vieja desdentada que empujaba su carrito de la compra por la acera de la tienda. El cuerpo encorvado iba y venía frente al gran escaparate, su imagen renovada entre las ollas de cobre, los centros de flores secas, el inodoro de cerámica, la mesa de roble y el armario victoriano cada vez que pasaba ante él. ¿Y si se unía a ella, si la ayudaba a empujar un tramo ese carrito? ¿Qué aprendería? ¿Por qué no se atrevía a intentar descubrirlo, a tratar a esa mujer como a un ser humano? Cuando vio la luz del sol reflejada en la espesa cabellera cana de la señora, se sintió transportada a un cuento de hadas.

Sophie iba adentrándose en el inmenso local, pero no veía nada que le gustara, y todo era carísimo. Iba a tener que volverse a casa sin nada que ofrecerle a su nuevo cuarto.

Entonces la vio, suspendida sobre los espejos biselados de un armario victoriano. Qué viva estaba ahí colgada, la bonita y antigua tabla portabebés nativa americana, con su diseño exquisito y su manufactura perfecta. Un pequeño dosel en forma de capucha servía para resguardar del sol la cara de la criatura. El intrincado diseño llevaba abalorios insertados, y de ambos lados y de la parte inferior caían plumas protectoras. De alguna manera, la pieza conservaba todo el amor con el que había sido tejida. Casi veía a la madre, con su vestido de cuero tenso sobre el vientre hinchado, inclinada sobre el lecho del río, que ablandaba la madera con sus aguas rumorosas.

Estaba buscando a alguien que la atendiera cuando ante el escaparate volvió a pasar la anciana del carro.

—¿Me puede ayudar? —preguntó Sophie alzando la voz.

La mujer alta y morena había terminado de atender a otro cliente. Sophie estaba sepultada entre los armarios, pero la dependienta dio con ella.

—¿Esto se vende? —Contuvo el aliento, convencida de que se iba a ir a casa con aquello a cualquier precio—. ¿Cuánto cuesta?

—Cuatrocientos cincuenta dólares.

Le indicó a la mujer que se la bajara asintiendo con la cabeza. Por algún motivo, aquella tabla era demasiado importante para regatear.

—¿Sabe de qué tribu es?

—De por el suroeste. La verdad es que es una ganga.

En el mostrador sacó una tarjeta de crédito y de su bolso cayó al suelo un billete de diez dólares. Cuando se inclinó para recogerlo, atisbó de nuevo a la anciana del carro. Se metió el billete en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Viene todos los días?

La dependienta sacó más papel de seda de debajo del mostrador.

—¿Quién, Maggie?

—¿La conoce?

—Nadie sabe cómo se llama de verdad. Desde que llegó aquí hace meses no para de hablar sin decir nada. La cuidamos entre todos. Siempre está parlotando de sus niños. De hecho, hace como que el carrito es un cochecito de bebé. Creo que Servicios Sociales se los quitó cuando eran pequeños. A veces grita, los llama, y luego pasa varios días sin decir nada. Debió de suceder hace mucho tiempo.

Cada vez que pasaba por delante, la anciana miraba algo que había sobre la mesa de roble del escaparate. Sophie descubrió con curiosidad una muñeca antigua apoyada junto a un macetero de cobre que contenía flores secas.

—¿Cuánto vale?

—Cincuenta dólares.

—Me la llevo.

Sophie cogió la muñeca y escrutó sus ojos de cerámica azul, que se cerraban sobre las mejillas de porcelana de un rosa desvaído.

—No se moleste en envolvermela.

Se metió la tabla bajo el brazo derecho, apretó contra el pecho la muñeca con la izquierda y se volvió para dar las gracias a la dependienta. Entonces vio, pegada al escaparate, la cara horrorizada de la mujer.

—¡Ay, Dios! —balbució Sophie, y salió corriendo—. ¡No, no! ¡Por favor! Tenga. La he comprado para usted. Es suya. ¡Cójala!

Despacio, la anciana apartó la cara de la cristalera y la miró a los ojos, conmocionada, desolada.

—¡Tenga!

En cuanto Sophie le puso la muñeca en los brazos, la anciana empezó a mecerla y a canturrear.

—¡Y esto!

Le metió el billete de diez dólares en el bolsillo del abrigo.

Algo parecido a la realidad se abrió paso en la mente de la mujer. Metió la mano en una bolsa que llevaba en el carro, sacó una manta limpia y envolvió con ella a la muñeca, para protegerla del frío.

—¡Gracias! —dijo con claridad, sin dejar de mecer la muñeca, con los ojos brillantes de lágrimas y alegría desmesurada.

Sophie no lo pudo soportar. Abrazó a la mujer.

—¡Gracias a usted!

La palabra salió ahogada por el llanto. Giró sobre sus talones y echó a correr hacia el coche.

Cuando llegó a casa, se apoyó contra la puerta para dejar el mundo fuera. Sus hombros se relajaron contra la madera de roble, mientras la luz del atardecer se filtraba a través de la claraboya. Cuando la luz se movió por fin, ella también. Una parte de la anciana continuaba con ella. Dejó la tabla portabebés en la encimera de la cocina, se sirvió una copa de vino y comprobó

los mensajes del contestador automático. Con cada lámpara que encendía, se desvanecían un poco más los recuerdos de la anciana y del día. Pero entonces volvió a aparecer la cara de la vieja, tan real, tan fantasmagórica, tan agradecida.

Cogió la tabla y el vino y cruzó el pasillo hacia la nueva sala, permitiendo que un resto de la anciana permaneciera con ella. La pared que separaba los dos ventanales era el lugar perfecto para colgar la tabla. El sol no le daría de pleno, pero estaría enmarcada por el cielo y los árboles.

Maravillada, retrocedió y admiró el efecto. Luego corrió al dormitorio y sacó el kimono del armario. Las delicadas flores de cerezo color rosa que se encontraban junto a las grullas blancas eran casi del mismo color que el cuarto. Por fin un lugar para que respiraran, pensó mientras colgaba la prenda. Liberado del armario, el kimono se pegaba a la pared como una mariposa al pétalo de una flor. Entonces recordó algo. Encontró la piedra rosa junto al libro de Yeats y los puso juntos sobre la mesa redonda situada junto al sillón de lectura.

Estaba llenando el cuarto de pistas sobre su persona, pero ¿quién era ella en realidad?

Por la mañana, la anciana seguía acompañando a Sophie. Se despertó sabiendo que era el dolor que las dos compartían por los hijos perdidos lo que las conectaba misteriosamente, y estaba segura de que la mujer no había soltado a la muñeca en ningún momento desde que la había cogido en brazos.

Esa tarde aún había luz suficiente para dar su paseo favorito: una caminata de tres kilómetros hasta una playa que estaba protegida por colinas altísimas, escarpadas y llenas de ciervos. Mientras caminaba enérgicamente por el bien hollado sendero, de las colinas llegaba una brisa impregnada del penetrante olor de los establos cercanos, mezclado con aire salado y eucalipto. Cuando dobló el último recodo, por la colina subió el ruido de las olas al romper. Abajo, una playita alojada en una cala, su lado derecho rodeado por una pared de cinco pisos de roca maciza. Saltando sobre anchos hilos de agua espumosa, llegó a un nicho de la pared, y con unas pocas maniobras logró evitar los afilados bordes de las capas de roca y llegar a salvo a su refugio, donde se acomodó mientras las verdes olas translúcidas se estrellaban contra la piedra en torno a ella.

En la playa, a la izquierda, un perro retozaba alegremente, arrastrando un enorme madero que había estado flotando en el agua y que casi le doblaba el tamaño. En el cielo frágil y angelical flotaba un débil rastro de luna. Las incrustadas defensas de siempre empezaron a desprenderse de ella como los fragmentos del banco de arena que se perdían en el océano con cada ola. El mar revuelto lanzaba su encantamiento.

La fina luna era un velo del tamaño de una hostia eucarística. Estaba casi llena, así que esta era su hora. Parecía tan prístina como el mar. En ese momento supo cuán extraordinarios les debían de haber parecido los cuerpos de las mujeres a los antiguos, esa sangre sincronizada con las fases de la luna, aparentemente vinculada con el poder misterioso del cielo, ese poder mágico para crear y alimentar vida, igual que la Tierra. Mujeres que poseían ese poder misterioso que también era del cielo. Entonces ¿acaso los hombres eran impotentes ante el misterio? Semen y sangre, blanco y rojo, pan y vino, masculino y femenino, ahora la Diosa llevaba un *piercing* en el ombligo.

El estruendo de las olas rompiendo contra la roca interrumpió su ensoñación, y se dio cuenta de que había pasado mucho tiempo. Nubes de color rosa pálido surcaban el cielo mientras Sophie bajaba hacia el mar entre las escarpadas rocas. Con la bajamar, encontró un nuevo camino de vuelta a lo largo del brazo de tierra que se iba ensanchando. Cuando llegó al otro lado, sana y salva, se detuvo en la orilla. Sus pies estaban cubiertos por la sal de la espuma que los lamía. El agua helada le despejaba la mente a medida que sus dedos se hundían en la gruesa arena. Las olas se estrellaban con ritmo sensual.

Al pasear la vista por la playa por última vez, vio que la marea estaba empujando hacia la arena una piedra que reflejaba la luz del sol en su empapada superficie gris, y se sintió impelida a recogerla. Fría y lisa tras rodar durante eones, le cabía perfectamente en la palma de la mano. Una

pequeña muesca la transformaba en una escultura de la Virgen y el Niño. ¡Era la piedra que había intentado enterrar en su sueño! Se inclinó para dejarla en la arena mojada, pero no fue capaz. Quiso tirarla al mar, lo más lejos posible, pero su mano no quería soltarla. Sintió su peso en la palma y se resignó a aceptar que era suya y debía quedársela. Su lugar era su sala; tal vez fuera un regalo del mar.

Ascuas ardientes crepitaban y echaban chispas, vivas en el vientre negro de la estufa de leña. Sobre la mesa estaban esparcidos todos los números de los dos últimos meses de la revista *People*, mezclados con ejemplares del *New Yorker* y del *National Geographic*. Las manecillas del reloj de latón de la pared marcaban y diez. Cybil nunca se retrasaba. Junto a la puerta sonaron voces ahogadas. Necesitaba esta sesión para preguntarle a Cybil si era malsano estar tan obsesionada con la muerte como ella últimamente, desde que había dejado a Tom, y cuando pensaba en su hija.

Enterrando la cara en el *People* para no invadir nada como la última vez, sintió como una ráfaga de energía afligida escapaba de la estancia cuando se abrió la puerta. La mujer morena seguía como encogida por su tristeza, pero esta vez miró a Sophie. Entre ellas pasó una luz del alma, un reconocimiento. La puerta se cerró rápidamente tras ella, y Cybil le hizo una seña para que entrara. Sophie deseó poder abrir la ventana para hacer salir la tristeza que la mujer había dejado allí.

Cybil tenía la cabeza y los hombros hundidos, como un narciso que declinara hacia su muerte.

Sophie se alarmó.

—Mi madre ha muerto este fin de semana —explicó Cybil, manteniendo a duras penas su actitud profesional.

En la estancia se encontraba el ángel de la muerte. Sus inmensas alas negras se extendían de un extremo a otro. Sophie no podía verlo, pero era real y estaba presente.

—Ha sido de repente, de forma inesperada. Yo había pasado consulta a mi último paciente y, no supe por qué, no fui capaz de levantarme del sillón, y me deshice en un llanto que no pude explicarme. Cuando conseguí llegar a casa, mi marido me dio la noticia. Le había dado un ataque al corazón mientras conducía y se había estrellado contra un árbol. De alguna manera, yo ya lo sabía. El vínculo con la mujer que me trajo al mundo, cuyo cuerpo alimentó al mío, se había roto, y me pareció que ella me había anclado a este lugar, y ahora tengo que mantenerme yo sola. El doble etérico del cordón umbilical debe de estar entrelazado con todas las facetas de la relación maternofilial. Esta misteriosa urdimbre debe de empezar a tejerse mucho antes del nacimiento.

A la mente de Sophie acudieron imágenes del hilo color pastel que cubría su vientre de embarazada cuando tejía jersieicos y patucos para cada uno de sus hijos. Solo se había dedicado a hacer punto cuando estaba embarazada.

—Creo que es verdad, y eso que yo nunca me he sentido especialmente unida a mi madre. A ella le habían dicho que no debía ser amiga de sus hijos, que nunca había que abandonar el papel de progenitor. De hecho, cuando era pequeña la oí hablar de eso con una vecina. En aquel entonces yo no tenía el vocabulario necesario para rebatirlo y pedirle que se convirtiera en una persona real por mí, que se relajara y dejase de controlarme.

—Creo que a mi madre también le dijeron eso. Al fin y al cabo se las consideraba responsables de nuestras almas.

»Lo que aprendí de ella me llegó de forma subliminal. —Cybil revolvió su té—. A lo mejor su instinto se intensificó porque tuvo que ocultarse para sobrevivir. Desde luego, yo soy producto más de su inconsciente que de su consciente. Seguramente me hice terapeuta para entender todo esto.

—Creo que nuestras madres fueron unas supervivientes. Lucharon ferozmente por protegernos, ¿no crees? Después de tantos siglos, sabían cuál era el castigo por rebelarse. Solo querían que sobreviviéramos. No hay deber más primario que el de una madre: ayudar a sus hijos a sobrevivir.

Sophie oyó cómo las alas negras se agitaban con dulzura. Una suave brisa le acarició la mejilla.

El ángel de la muerte se retiró de la estancia. Observó a Cybil para ver si había notado el cambio y vio que su postura se abría de nuevo a la vida.

—Mañana voy a ir a la tumba de mi hija.

—Mañana es el solsticio de invierno.

—Mi hija nació y murió el mismo día en que el sol volvía a nacer. Ahora veo que una parte de mí se precipitó a un abismo, como si el sol hubiera decidido no renovarse para mí. Qué extraño es sentir en ese plano. Cuanto más ahondo en este dolor, cuanto más dejo que mi mente se pierda en los pensamientos más extraños, más viva y real me siento, a pesar de que últimamente siempre estoy pensando en la muerte.

—A veces nos aterra permitirnos saber lo que sabemos. —Cybil consultó su reloj y el hechizo se rompió—. Pero ¡qué tarde! Si necesitas verme después de ir a la tumba de tu hija, no lo dudes.

La calidez del abrazo de Cybil permanecía con ella cuando salió al frío y húmedo aire de la tarde. Se estaban convirtiendo en iguales.

El buzón estaba tan lleno que le costó sacar su contenido. El frío húmedo le penetró en los huesos mientras intentaba encontrar las llaves sin dejar caer las cartas. Cuando por fin abrió la puerta de casa, esta pareció atraerla hacia un útero negro, como si insistiera en que empezase a incubar de nuevo. Encender la luz no sirvió de nada. No logró disipar la ilusión.

Tenía hambre, pero como no le apetecía cocinar, preparó una tetera, cogió una caja de galletas saladas y una manzana y se llevó el correo a su cuarto. Al encender la lamparita situada junto a su cómodo butacón sintió una presencia que la esperaba, y su corazón se disparó de miedo mientras registraba cada rincón. Pero no había nadie. Decidió que lo que pasaba era que estaba cansada y tenía hambre. Por hoy ya había tenido bastante con el ángel negro de Cybil. Quizá simplemente viera fantasmas.

La mayor parte de la correspondencia consistía en felicitaciones de Navidad. Aquel era el primer año que Sophie no enviaba tarjetas. Aún no sabía cómo dar la noticia del divorcio a sus amigos de siempre y a la familia lejana. Cada postal tocaba una fibra de dolor y ponía de relieve

los enormes cambios que había hecho ella en su vida, por dentro y por fuera, porque le traía a la memoria momentos pasados con sus amigos de toda la vida. ¿La conocería alguien ahora? ¿La habían conocido en realidad?

Había una nota de Tom y una carta de su madre. Abrió primero la de Tom.

Querida Sophie:

La puerta por la que se entra está en lo alto de la cuesta, en el lado norte. Aparca fuera y baja por el camino empinado. Su tumba está justo a la derecha del único árbol que hay abajo, un sauce. No tiene pérdida. Llámame si me necesitas...

TOM

La invadió la duda. ¿Realmente era necesario este peregrinaje? La carta de su madre avivó sus miedos y redobló su determinación al mismo tiempo.

Querida Sophie:

Espero que hayas renunciado a los planes que tenías para el día 21. En opinión de tu padre y mía, tus deseos indican que este divorcio no te conviene. Nos preocupan tus obsesiones. ¿Qué pretendes demostrar? Estoy segura de que si esto lo hablaras con un sacerdote en vez de con esa terapeuta tuya, te ayudaría a entrar en razón. Tom es un buen hombre y no se merece que lo trates así. Debes estar junto a él. Tienes que pensar en tu familia, además de en ti misma.

No hace falta que volvamos a hablar del tema. Pero tu padre y yo rezamos por ti todas las noches.

Nos vemos en Navidad. Te queremos.

MAMÁ Y PAPÁ

Descorazonada, Sophie dejó caer la pila de cartas al suelo. La de sus padres había confirmado sus peores temores. ¿De verdad se estaba volviendo neurótica? Cuando vertió el té en la taza de porcelana, se sintió como transportada por el acre aroma a naranja y canela. Poco a poco consiguió relajar la tensión del día.

La suave luz que emitía la única lamparita se proyectaba sobre el quimono, creando un efecto tridimensional. El verde jade de la prenda se intensificó al tiempo que la grulla blanca brillaba y sus largas patas, despacio, sin prisa, avanzaban entre nenúfares y una alfombra de flores de cerezo. Una libélula rozó el agua sedosa del pequeño estanque. Los rayos del sol atravesaban sus alas iridiscentes y proyectaban perlas doradas en el fondo azul cobalto del estanque.

El resplandor rosado del cuarto se convirtió en una niebla mientras Sophie estiraba las piernas y las apoyaba en el reposapiés bordado que había pertenecido a su abuela irlandesa. La niebla se espesaba. Se miró los pies y vio que los tenía vendados, que no medían ni ocho centímetros, que calzaba unas zapatillas de seda rosa delicadamente bordada y descansaban ingravidamente sobre tres mullidos cojines de pluma de ganso con funda de seda verde bordada. Más allá de estos estaba el estanque de nenúfares.

Una libélula se posó sobre la punta de una zapatilla, y sus alas mágicas de pronto la impulsaron a ponerse en pie y danzar bajo la cálida brisa. Pero no quería moverse y perder su gracia por el dolor de pies, un dolor con el que había vivido desde su tercer cumpleaños, cuando su madre le había estrujado y vendado los dedos por primera vez, igual que le habían hecho a ella y a su abuela, y a todas sus antepasadas desde hacía casi un milenio. Ella había sido una de las afortunadas y se había casado bien porque sus pies medían menos de ocho centímetros, y así había accedido al rango del loto dorado. El dolor ya formaba parte de su alma.

Reclinada sobre cojines de seda que se extendían quince centímetros por cada costado, sabía que su delicada belleza superaba la de las más hermosas flores de aquel jardín. Exquisitamente atendida, rodeada de cerezos floridos, ella misma no era más que una flor, parte del paisaje,

alguien que solo existía para resultar agradable a la vista de su marido. Sonriendo a pesar del dolor, mientras acudía renqueante a recibirlo todos los días, como un sauce que se inclinara al capricho del viento, su vulnerabilidad estaba destinada a hacer que él se sintiera excitado y viril. A lo lejos se encontraba el pequeño puente que él no tardaría en cruzar. Ruborizándose, recordó el amor que los unía.

Serena y orgullosa, parte de la perfección del jardín, contempló absorta la belleza de la libélula que se encontraba posada con suma delicadeza en sus zapatillas intrincadamente bordadas. En ese momento, como si se abriera una nube, de pronto vio la horrible mentira que se ocultaba en el forro de seda de las zapatillas y las miró incrédula, como si llevara durmiendo toda la vida y solo ahora se despertara para descubrir que se encontraba en una situación absurda. ¿Qué horrible fuerza la había despertado, cuando no podía hacer nada? Desvalida como un bebé, apenas podía caminar sobre los dos pies. Nunca había podido sentir a la dulce Madre Tierra a través de ellos. Y ahora ni siquiera podía volver al refugio de su engaño.

Su esposo estaba a punto de llegar. Se iba a disgustar. Su suegra nunca la perdonaría. Ese sentimiento era peligroso. Si alguien se enteraba, la echarían del jardín, la expulsarían del palacio. La invadió el terror, pero no podía salir corriendo, solo quedarse sentada allí, rodeada de opulencia, observando impotente lo absurdo de su vida por primera vez. Si dejaba escapar una lágrima, esta trazaría un surco en la fina capa de polvos que blanqueaba su rostro, la peor deshonra para su marido. Si él llegaba pronto, ella podría volver a vivir dormida, podría seguir amándolo.

La libélula abandonó la zapatilla y aterrizó en un nenúfar. Sus alas iridiscentes se cerraron bajo la leve brisa y empezaron a crecer y crecer, hasta que ante ella se erigió un ser de luz, una mujer que no se parecía a ninguna otra que ella hubiera visto nunca. El ser brillaba con una fuerza sobrenatural, dulce y llena de bondad. Lentamente, el radiante ser se recogió la resplandeciente falda y mostró dos pies desnudos perfectamente formados, expuestos, pero protegidos por un par de exquisitas sandalias doradas. Ella, que nunca había visto unos pies tan grandes, temió por el ser iridiscente.

Una sola lágrima se posó en la mejilla de color rosa pálido del ser cuando la miró a los ojos con profunda preocupación y compasión. De nuevo se recogió la falda y mostró los pies, mientras clavaba su mirada en sus ojos y la obligaba a contemplarlo, a pensar. Flores de cerezo se desprendieron de los árboles, flotando ligeras, y cayeron en torno a ellas como copos de nieve. Allí, en presencia de aquel ser, se sintió cada vez más fuerte. Algo en ella quería cobrar vida. El ser bailó en medio de la lluvia de flores... ¡libre! Hasta que se detuvo en mitad de una pirueta. Sus ojos se encontraron de nuevo, y ella se sintió invadida de una fuerza y de una clase de amor que nunca había conocido.

El mensaje del ser, inscrito en el silencio de la suave brisa, era una advertencia: «No le hagas eso a la hija que llevas en tu vientre».

Y entonces las relucientes alas revolotearon y se hicieron cada vez más pequeñas, hasta que la libélula se posó de nuevo sobre el nenúfar, y luego, de pronto, alzó el vuelo. Ella deseó abandonar su sostén de seda, por mucho que le doliera, y despegar también. ¡Iba a tener una hija! Pero una niña no valía nada. Lo que ella quería era un hijo con el que complacer a su marido. Ahora quizá este se buscaría otra esposa. Cuando se miró los piecitos indefensos, supo que el dolor físico que había padecido toda su vida no era nada comparado con este nuevo dolor del

espíritu. Mientras seguía a la libélula con la mirada, enloquecida, suplicando ser liberada, sintió que su espíritu estaba atrapado dentro de las ataduras de seda. Voces que llegaban del otro lado del jardín la obligaron a recuperar la compostura. Eso lo podía hacer en un momento. Llevaba toda la vida aprendiendo a recomponerse, y para ella era algo tan automático como respirar.

Sin atreverse a respirar, por temor a que el recuerdo desapareciera en el espacio etéreo, Sophie supo que aquellos habían sido sus pies alguna vez. En muchos sentidos, seguían siéndolo.

Revoloteaban criados precediendo a su marido. Llegaba acompañado por su madre, que ya no revoloteaba, sino que renqueaba a su lado. Se parecía extraordinariamente a la madre de Sophie.

Aferrada a su trance, Sophie cruzó las piernas, en posición de medio loto, y se masajéo suavemente los pies, imaginando que deshacía las ataduras y liberaba un hedor a carne putrefacta. Y, sin embargo, esta mujer había amado profundamente a su marido. ¿Cómo soportó vivir el resto de sus días sabiendo lo que ella sabía ahora, que estaba atrapada? ¿Se habría buscado un maestro taoísta?

La niebla se despejó. Los objetos del cuarto se perfilaron, recuperaron su solidez. Aquella mujer seguía formando parte de su alma. Hacía notar su presencia cada vez que empezaba a sentirse atrapada, a percibir que estaba viviendo la vida que otros habían programado para ella, pero sin saber aún cuál era su auténtico camino, y también cada vez —había comprendido— que pensaba en dejarse llevar y amar profundamente a alguien.

Cuando por fin llegó a la cima de la colina, Sophie aparcó junto a la acera que corría frente a la puerta norte del cementerio. Los cipreses montaban guardia tras la verja de hierro forjado que serpenteaba colina abajo. Las ramas caprichosamente curvadas del ciprés la estaban llamando, igual que el viento que llegaba del norte y que soplaba entre ellas. La alta verja decorada con coronas de Navidad no estaba trancada, y Sophie la abrió sintiendo que cruzaba un umbral que llevaba a un lugar fuera del tiempo.

Desde la cima de la colina, robles doblados y retorcidos colgaban sobre lápidas hasta donde alcanzaba la mirada. Sophie contempló absorta la enorme arboleda que se extendía a sus pies. Vetas carmesí ya perfilaban la ondulante niebla que envolvía las colinas que la rodeaban. Tenía que llegar antes de que la luz desapareciera por completo. El viento que susurraba entre los árboles la conminaba a apresurarse. Se sintió electrizada, cada célula de su ser despierta y alerta. El aire estaba impregnado de un aroma a hierba dulce. Desde el pie de la colina llegaba una fragancia que no parecía de este mundo.

Abandonó el sinuoso camino asfaltado, pues prefería sentir la densa tierra y las hojas secas bajo sus pies en lugar del cemento. Lápidas de todos los tamaños, sencillas o recargadas, se mezclaban con los robles con naturalidad. Algunas tumbas eran tan antiguas que las palabras habían perdido relieve y resultaban casi ilegibles. Pocas tenían flores frescas, al contrario que en la zona en la que habían enterrado a Michael.

Una paz extraordinaria impregnaba el ambiente, y mientras bajaba la pendiente, tuvo que recordarse que debía darse prisa. La luz del atardecer y la densidad del aire le hicieron sentir que estaba no solo alejándose, sino descendiendo a las profundidades. Aumentaba la temperatura a medida que bajaba. Pero no veía ningún sauce. Detrás de ella oyó un crujido de hojas secas. Se volvió en la dirección del ruido y se quedó quieta, con el corazón desbocado. ¿Cómo se le había ocurrido venir sola? El crujido se hizo más fuerte, y Sophie se escondió detrás del árbol más cercano. ¿Se quitaba el abrigo para poder correr más rápido, si era necesario? Pero no veía nada. Sin embargo, el ruido se oía cada vez más cerca.

Estaba mirando por encima del hombro cuando algo le rozó el dorso de la pantorrilla. Giró sobre los talones y descubrió a una perra de raza pastor alemán que la miraba con una expresión omnisciente en sus ojos de un intenso color castaño. Esta volvió a frotarle la pierna con el morro, con suavidad, y retrocedió para franquearle el camino. La siguió, protegiéndola, y Sophie ya no sintió miedo mientras las dos bajaban despacio por la colina.

Entre las nudosas ramas de los robles descubrió el sauce y se detuvo para tranquilizarse. Luego siguió avanzando, sintiendo que la arrastraba una fuerza. Se intensificaba la presencia de aquella fragancia extraordinariamente dulce. La perra se pegó a ella. Al tomar la última curva del camino, se detuvo a recoger musgo, y sobre todo hojas mágicas, y unas ramitas de un arbusto de enebro.

Nada más verla, supo cuál era la tumba de su hija. Se encontraba frente al sauce, la más alejada colina abajo. Al pie de la lápida corría el lecho de un riachuelo. Estaba seco, pero pronto se llenaría, en la temporada de lluvias. Según se acercaba sintió una alegría que no esperaba y recorrió el resto del camino al trote, hasta que se encontró ante la lápida. La pequeña parcela estaba envuelta en calidez y en un resplandor dorado que le daban la bienvenida, como si llegara de un largo viaje. Admirando la belleza de los árboles que bordeaban majestuosamente la ladera, absorbiendo su fuerza, se arrodilló para depositar el musgo, las hojas y las ramitas junto a la lápida, sintiéndose como la diosa Deméter suplicando al inframundo que le entregara a su hija.

Del bolsillo interior del abrigo sacó la piedra que había encontrado en la playa, la de sus sueños, y la colocó con cuidado sobre el lecho de suave musgo verde, en el centro de su ofrenda. Envolviéndose en el abrigo para estar más cómoda, se tendió en el suelo, con la cabeza apoyada en el frío y seco montículo que cubría a su hija.

Mientras la pastor alemán se acurrucaba cerca de Sophie, esta flotaba entre capas de translúcidos velos blancos y regresaba al paritorio. Cayó sangre sobre los velos, y Sophie siguió descendiendo hasta que se detuvo en una pradera que se encontraba al pie de un empinado barranco. Desde el fondo del antiguo bosque que la rodeaba emergió el espíritu de su hija, que se tendió sobre la verde y espesa hierba, junto a ella. Era como si la hubiera visto ayer.

Mientras entraban en comunión, Sophie percibió gradualmente un gemido tan afligido que perforó el cielo. Su hija le agarraba las manos con fuerza. A lo lejos apareció una multitud, mujeres envueltas en capas sobre capas de gasa blanca, las cabezas inclinadas, los hombros hundidos en cansado duelo, el dolor resonando en el cañón.

Se volvió hacia su hija.

—¿Parece una superproducción de Cecil B. DeMille!

—Son los fragmentos perdidos de las almas de las madres que aún lloran a un hijo al que perdieron de una forma u otra, algunas al nacer este, por muerte o renuncia, otras mucho antes del parto, y otras porque no podían concebir. Vienen aquí porque aún no se han reconciliado con su pérdida. Les falta esa parte de sus almas que instintivamente se quedó con el espíritu del hijo.

»Cuando puedan emprender el viaje que las llevará a encontrar la parte que les falta, sus corazones sanarán por fin. Y también los espíritus de sus hijos. ¿Ves a la Tejedora del Tiempo trabajando en su telar en esa montaña, allá lejos?

—Es un poco siniestra.

—Ella las protege, aunque no se dan cuenta hasta que suben la montaña y se van de aquí.

Ante ellas pasó la masa de mujeres, llenando el desfiladero de un mar de dolor.

—Una parte de ti las acompaña.

Los ojos de su hija se clavaron en los suyos, revelando mundos que Sophie no había imaginado nunca.

—¿Desde cuándo te perdí? —preguntó Sophie, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Que me perdieras fue algo que debía ayudarte a recordar tu pérdida original, que se produjo en un templo situado en una arboleda sagrada, hace mucho mucho tiempo. En aquel entonces perdiste otro bebé, y gran parte de tu sabiduría también, debido a la rabia y el dolor que sentiste, comprensiblemente.

A su mente acudieron imágenes vívidas. La arboleda. La hermosa estatua. El tigre. La niña. Los gritos de las madres. El terrible llanto del último bebé. El silencio que vino después.

—¿Dónde está el bebé?

Todo su cuerpo se hacía esta desesperada pregunta. Sus pechos se habían hinchado con el dolor del amor y la leche que nadie había mamado. Una pena indecible inflaba su vientre, que ahora estaba desesperado por portar de nuevo a su niña, por mantenerla a salvo, por no volver a perderla nunca.

—El bebé que sobrevivía, al que oyes llorar en tus sueños, era el tuyo. Yo también he estado siempre contigo, pero no soy ella.

—Y ella ¿dónde está?

—Tienes que encontrarla. Pero primero debes recobrar la parte de tu alma que ha vagado por los otros mundos, buscándola. Entonces empezarás a recordar las veces que habéis estado juntas desde entonces. Ella lo sabe todo sobre la Madre.

—La Madre.

—Invoca esa parte de tu ser. Ella te está buscando.

—¿Cómo se llama?

—Tu nombre es su nombre.

Se levantó y caminó descalza por la espesa hierba, hacia el borde del dolor.

—¡Sophie! ¡Sophie!

Al principio se sintió un poco ridícula y volvió la cabeza para mirar a su hija, que se limitó a asentir, animándola.

—¡Sophia!

Esta vez, mientras regresaba hacia la multitud de madres dolientes, se sintió más digna. Paseó la mirada por todos aquellos rostros, buscando una chispa de reconocimiento.

—¡Sophia! —Estaba llorando. Por fin sentía su terrible pérdida—. ¡Sophia!

Al fin la magnitud de su dolor era pareja a la de las mujeres. Entonces vio una cabeza asomar entre las demás, mirar a su alrededor y volverse en la dirección de su voz.

—¿Sophia?

Su espíritu le respondió en silencio.

—¡Sí! ¡Sí! —dijo.

La mujer con velo cruzó el mar de dolientes mientras le tendía una mano y se descubría la cabeza con la otra, libre al fin. De su mejilla aún pendía una lágrima. Sophie la llevó colina arriba para que se sentara junto a su hija en la ladera herbosa. Las dos permanecieron abrazadas, en silencio.

La multitud de almas en duelo se detuvo y se volvió hacia ellas. La esperanza, como si fuera un relámpago, había acelerado sus movimientos, ahora que el sol dorado desaparecía tras el horizonte y Sophie y la mujer del velo se fundían en un solo ser. Del brazo de su hija, Sophie se abrió paso hasta la cima de la montaña a través de prados y brumas. Cuando llegaron a la cumbre, una franja de luz violeta y carmesí anunciaba ya el sol poniente. Sophie sintió un amor puro e inmenso, un amor como nunca había creído posible.

En su cabeza se produjo una explosión de luz. El pastor alemán le lamió la oreja, como en un delicado intento de traerla de vuelta. Esta vez lo recordó todo. Ya era de noche, pero no tenía frío. Volviéndose de espaldas, contempló la luna y las estrellas. La más brillante del cielo estaba justo encima de ella. Se llenó del firmamento, de la luna, de las estrellas, de los planetas. Esto era real, aun cuando no pudiera creerlo dos minutos después. La fuerte presencia que había sentido cuando

había llegado a la tumba de su hija había desaparecido. Y también la dulce fragancia. Sintió frío y se levantó, se llevó los dedos a los labios y acarició delicadamente la tierra que cubría el pequeño cuerpo de su hija, pero obviamente no su gran espíritu.

Mientras ascendía el sinuoso camino bajo las estrellas, de vuelta hacia el coche, percibió una conexión, nueva pero no desconocida, consigo misma y con el misterio sagrado del universo. La invadieron oleadas de un conocimiento más profundo, un alimento etéreo y reconfortante que la esperaba desde siempre. A mitad de camino colina arriba, la perra desapareció entre los árboles.

El regalo de Gabriella era el último que quedaba por envolver. Eran las dos de la mañana y Sophie estaba completamente espabilada, lo cual era una suerte, porque había dejado para el último momento la tarea de hacer las maletas y envolver los regalos. Los ojos de la muñequita nativa americana se cerraron cuando su cabeza cayó hacia atrás. Tiras de piel de ciervo y plumas serpenteaban entre sus largas trenzas negras. Su vestido de piel de ciervo estaba decorado con brillantes abalorios en forma de estrella, y el diseño se repetía en sus pequeños mocasines. Cuando era niña, había atesorado una muñeca parecida. Esperaba que Gabriella sintiera lo mismo.

La metió en una caja, y los ojos de un marrón vivo la miraron tan intensamente que sintió que la estaba enterrando viva. Impulsivamente cogió la piedra rosa que había descubierto en su mano después del sueño que había tenido en el jardín y la metió en la bolsita que colgaba del cuello de la muñeca mediante una cinta de piel. Cabía perfectamente. Tiró de los cordoncitos y cerró la bolsa. Cortó un par de tallos del arbusto de enebro del jardín y los metió en la caja. Algo vivo. Acabó de envolver la muñeca, la metió en la maleta y la acolchó cuidadosamente con la ropa, que aún estaba caliente de la secadora.

Como aún no tenía sueño, cogió la pila de cartas que había evitado hasta ahora. Las tarjetas de Navidad eran deprimentes, porque le recordaban la irrealidad de los años que habían pasado desde la muerte de su hija. Un sobre color turquesa parecía fuera de lugar entre los verdes y rojos. No conocía la letra y no localizaba el nombre. Pero estaba dirigida a ella. La imagen que decoraba la tarjeta era fascinante. Un muro de arenisca decorado con un petroglifo en forma de espiral y otro en forma de criatura de aspecto humano contenía una puerta a las estrellas. La artista había llamado a la imagen *La puerta anasazi*. Giró la tarjeta y vio que estaba fabricada en Albuquerque. Era donde iba a volar ella. Curiosa coincidencia. Miró de nuevo el anverso y sintió que algo la empujaba al interior de la imagen. Había una nota.

Estimada Sophia:

Nos vimos un momento en la fiesta de los Spencer. Sentí que ya nos conocíamos de antes. Espero que volvamos a vernos.

CRAIG MADISON

P. D.: Para mí era importante enviarte esta tarjeta en concreto. ¡Felices fiestas!

No había esperado esa tarjeta, pero por algún motivo tampoco la sorprendía.

Cientos de metros más abajo, gruesas nubes proyectaban caprichosas sombras sobre el Gran Cañón del Colorado. Más abajo, un arco iris enmarcaba la sombra del avión. Quizá saliera algo bueno de este viaje, a pesar de sus temores.

Cuando el cañón se perdió de vista, Sophie volvió al libro que estaba intentando leer desde que había embarcado. Al darse cuenta de que había releído la misma frase y seguía sin recordar una palabra, lo cerró y dejó vagar sus intranquilos pensamientos. Iban a hacerlo de todos modos...

Tom estaría majo. Ninguno de ellos montaría una escena que fastidiara la Navidad. David y Alexi lo sabían, pero aun así debían de estar preocupados por cómo gestionar la situación. ¿Qué le habrían contado a Gabriella? Quizá ella y Tom deberían actuar como si siguieran juntos, por la familia. Porque, en realidad, ella no sabía cómo iban a resultar aquellos días. Phillip llegaba con su novia el día de Nochebuena, es decir, más o menos a la vez que los padres de Sophie. Tom había llegado dos días antes. Quizá hubiera tiempo para firmar un acuerdo. Era increíble el impacto que podía tener en una familia el hecho de que uno de sus miembros abandonara su papel.

De camino a la recogida de equipajes pasó por delante de la tienda de suvenires del aeropuerto, y un cartel atrajo su atención. «Civilizaciones antiguas del suroeste» rezaba el título impreso sobre una bonita fotografía de las casas horadadas en los acantilados de los indios pueblo. ¡El mismo color de su cuarto, el de sus sueños! «Los indios anasazis, los antiguos.» La primera noticia que había tenido de la existencia de los anasazis había sido la tarjeta de Craig. Y ahora se topaba con ellos por segunda vez en dos días. Sophie hojeó las páginas de fascinantes fotografías y decidió comprarse el libro, mientras se sacudía una tristeza que no sabía de dónde venía.

Por impulso, alquiló un todoterreno. Dos salidas y ya estaba enfilando la Autopista 25 Norte. Matrículas amarillas proclamaban que Nuevo México era la «tierra encantada», y empezaba a entender por qué, puesto que ella misma, inexplicablemente, ya estaba dejando por el camino sus propias cargas. Gloriosas nubes blancas, entreveradas de púrpura, rosa y naranja, intensificaban el turquesa del cielo. En lo más alto, una nube había adoptado la figura de un lagarto que le hacía una seña.

—¡Abuela! ¡Abuela!

Gabriella le echó los brazos al cuello. Antes de que David se mudara, podían verse casi todas las semanas. Cuando Sophie la apretó contra ella, sintió los rizos rubios de su nieta como madejas de seda contra el cuello. Una leve brisa esparcía un aroma de cedro.

David salió de la casa. Ella dejó a Gabriella en el suelo y corrió a abrazarlo. Era como una versión masculina de sí misma.

Gabriella agarraba con fuerza la mano de su abuela.

—¡Mamá, mamá, mira! ¡Ha venido la abuela! ¡Ha venido la abuela!

Alexi se acercó a ella tendiéndole los brazos, con la gracia natural y discreta de una bailarina. Emanaba una fuerza interior que hacía que a veces Sophie se sintiera más joven que ella.

—¡Bienvenida a nuestro nuevo hogar!

Subieron los peldaños de entrada siguiendo a la saltarina Gabriella.

—¿Está Tom? —le preguntó Sophie por encima del hombro a David, que la seguía.

—Aún no ha venido. Creyó que a lo mejor querrías estar sola cuando llegaras —contestó David.

—¡Espero que nuestro exceso de cortesía no os vuelva locos a todos! —dijo, bromeando solo a medias.

En medio del salón, Sophie giró sobre sí misma, admirándolo todo.

—Ya me siento como en casa. ¡Me encanta vuestro árbol! Me alegro de que hayáis querido usar tantos de nuestros adornos. Con las pocas tradiciones que tenemos en esta familia...

El árbol se alzaba solo, a la izquierda de la gran chimenea antigua encalada.

—Las vigas redondas cambian mucho una habitación.

Pasó los dedos por la manta navaja que cubría los sofás.

—¡Ven a ver mi habitación, abuela!

Siguió a su nieta por el pasillo.

—Tu cuarto está enfrente del de Gabriella —dijo David desde la otra punta del pasillo—. Ya te he llevado las maletas.

La niña tardó casi media hora en enseñárselo todo.

—Vamos a salir a ver a tus papás o pensarán que nos hemos olvidado de ellos. Pero antes tengo que ir a mi habitación a arreglarme un poco —le tuvo que decir al final.

Mientras se cepillaba el pelo, Sophie estudió su cara en el espejo, maravillándose de nuevo del hecho de que fuera abuela. Seguramente llegaría a conocer a sus bisnietos, quizá incluso a sus tataranietos, un papel bastante imponente para llevarlo sin mapas. Del pasillo llegó el sonido de voces ahogadas, todas mezcladas. Había vuelto Tom. De pronto, el pasillo medía un kilómetro cuando lo recorrió en dirección al salón.

—Hola, Tom. ¡Qué bien te veo! —Lo besó levemente en la mejilla, sintiéndose ridícula por ser tan formal con el hombre con el que había estado casada más de veinticinco años—. Se me ha ocurrido que la manta afgana verde que trajimos de Irlanda quedaría estupendamente en esta casa, mucho mejor que en... —No podía decir «la mía» ni «la nuestra», y dejó que la frase se perdiera en un incómodo silencio—. A mí me encantaría regalárosla, David.

—Fenomenal. ¿Estás segura?

Alexi, siempre tan serena. Si fuera un estanque, sería un remanso perfecto.

—Claro.

—¿Qué quieres tomar? —le preguntó David de camino a la cocina—. La cena estará lista en una media hora.

—No te compliques.

La misma respuesta de siempre.

Volvió al salón despacio, aún sumida en el país de las maravillas de Gabriella.

—Se ha dormido.

David echó un leño al fuego y las brasas crepitaron y soltaron chispas, sobresaltadas.

—Voy a ayudar a Alexi a recoger. —David se volvió para marcharse.

—¡Eso deberíamos hacerlo nosotros! —protestó Tom.

—¡Siéntate, papá!

Tom se dejó caer en el asiento.

—De todas maneras creo que no habría podido levantarme. ¡Estoy llenísimo!

Ahora que se había ido David, se hizo un silencio tenso.

—La última vez que estuvimos juntos fue junto al fuego.

Sophie se resistió a un absurdo deseo de coquetear.

El resplandor del fuego y unas pocas velas daban toda la luz que había en la sala. El calor de las brasas los envolvía en un espíritu que parecía vivo, como una presencia sagrada y activa.

Cuando logró atraer su mirada, él intentó escapar, pero Sophie insistió.

—Ahora que estoy aquí sentada, todo es más sencillo y más complicado a la vez. Tú y yo somos familia. Siempre lo seremos. Negar eso es como profanar algo.

¿Por qué una idea que le parecía tan lógica a ella le parecía tan rara a todo el mundo?

Tom se removió en la vieja mecedora de madera de pino, luchando contra un deseo evidente de salir corriendo.

—Creo que ahora mismo no puedo con lo complicado, Sophie.

—No te estoy pidiendo que renuncies a tu nueva vida.

—¡Por Dios, Sophie, aléjate de mi vida!

—Pero, Tom, ¿qué hay de malo en intentar hablar? Esta familia la hemos creado juntos. ¿Acaso las otras partes de nuestra relación han dejado de existir solo porque ya no somos pareja? Seguimos siendo amigos. Y yo sé que te sientes unido a mí. Por favor, que nos conocemos de toda la vida... ¡Esto me saca de quicio! Como ya no dormimos juntos, ¿ya no somos padres de nuestros hijos y abuelos de nuestra nieta? ¡Qué desperdicio!

A Tom no le gustaba tener que pensar en esas cosas, pero el brillante espíritu del fuego la impulsaba a seguir hablando.

—Por lo menos ¿estarías dispuesto a considerar la idea antes de rechazarla?

—¿Te necesito yo acaso para tener a mi familia?

—Nos necesitan nuestros hijos.

—Ah, ¿sí? ¿Se lo has preguntado? A lo mejor no piensan lo mismo.

—Pero ¿por qué lo que te pido que pienses es tan incómodo que ni siquiera se puede hablar?

Intentaba contener las lágrimas. Quizá estuviese equivocada, tal vez le estuviera pidiendo demasiado, quizá le pidiese algo que tal vez no fuera natural.

—Lo he pensado mucho, Tom. Solo te pido que me escuches un momento sin poner cara de estar a punto de salir corriendo. ¿Tienes que llamar por teléfono o algo?

Tom enrojeció.

—¡Pues venga!

No consiguió decirlo sin que su voz trasluciera su enfado.

Tom escapó, y ella se quedó incubando su resentimiento. Se levantó y echó otro leño al fuego, aunque no hiciera falta. Saltó una llamarada. La chimenea se había convertido en un caldero de emociones revueltas, la Madre Oscura, la destructora.

—¿Dónde está papá?

David entró en el salón limpiándose las manos mojadas con el trapo de cuadros azules con el que había estado secando los platos. Detrás venía Alexi.

—Está hablando por teléfono.

—Ah.

—¿La conocéis?

Se obligó a alejarse de las llamas que reflejaban la exasperación que la devoraba.

—No.

Sintiéndose atrapada en las fauces de lo banal para cubrir sus emociones encontradas, ofreció una muestra de paz.

—Seguro que es maja. Papá parece contento.

David y Alexi se miraron.

—Debéis estar orgullosísimos de Gabriella. —Sophie intentaba disipar la tristeza que su mal humor estaba provocando—. Os veo a los dos en ella.

No era fácil determinar cuánto tiempo estaría ausente Tom para saber hasta qué punto podían profundizar en un tema. Pero mantener la conversación en un nivel de charla intrascendente estaba requiriendo demasiada energía.

—Pues yo en ella te veo a ti más que a nadie —dijo David con su tranquila franqueza.

—¡Anda ya! Me encanta la idea, pero...

Apeló a Alexi.

—¡Yo pienso lo mismo! —admitió esta.

Sophie asimiló las palabras de la pareja y finalmente se sentaron los tres en silencio, cómodos en la mutua compañía. Casi una hora después, reapareció Tom con gesto tímido.

—Tu madre me ha hecho una propuesta interesante que me gustaría tener en cuenta si para ti es importante —dijo.

David se inclinó en el asiento. Había dolor en sus ojos. Estaba creando su propia familia y viendo cómo se rompía su familia original.

—Para empezar, tengo que deciros que no esperaba reaccionar así a vuestro divorcio. Soy un hombre adulto, caray, pero cuando nos llamasteis para contárnoslo, sentí que mi mundo se hundía bajo mis pies, a pesar de lo civilizados que fuisteis. Me alegro de que sea mutuo, de que uno de los dos no esté hundido en la desesperación. Eso sí habría sido difícil. Yo pensaba que nuestra familia iba a durar para siempre, con vosotros como los patriarcas.

David bajó la vista hacia sus manos unidas.

Alexi volvió con coñac y una jarra de ponche de huevo y dejó la bandeja sobre la antigua mesa de madera de mezquite que se encontraba entre los sofás, un gesto que de pronto pareció un *déjà vu*. Sophie sacudió la cabeza para ahuyentar el recuerdo de otra chimenea de algún lugar de hacía mucho tiempo, cuando Alexi se había inclinado elegantemente, igual que ahora, sobre una mesita.

—En los últimos seis meses he hecho un esfuerzo introspectivo. —Sophie comprendió que le daba miedo confesarlo, porque daba por supuesto que todo aquel que formaba parte de su vida iba a reaccionar como lo había hecho su madre—. La verdad es que no sé qué es lo que me impulsa a querer estar sola, ni por qué no puedo hacer lo que creo que debo y seguir casada al mismo tiempo. Solo sé que no soy capaz. Vosotros sabéis que no os haría daño por nada del mundo.

—Las mujeres de tu generación habéis vivido cautivas —sugirió Alexi.

¿Por qué seguía ella luchando por algo esquivo que Alexi ya parecía tener?

—Me siento como un sacrificio. —Tom intentó que sonara a broma.

—Pero un momento, nos hemos apartado del tema. ¿Cuál es la propuesta? —interrumpió David, intentando evitar una discusión.

—Yo me inclino por poner distancia. No de vosotros ni de Phillip, sino de las reuniones familiares como esta. Crear algo propio —dijo Tom—. Sophie cree que debemos practicar la paternidad juntos. Considera que sería mejor para vosotros y para Phillip. Yo no creo que sea tan importante. Ya sois adultos.

—Desde luego requeriría valor por vuestra parte —apuntó Alexi.

—Sí, y por parte de las personas con las que estemos —añadió Tom.

—A mí me encantaría, pero no lo veo. —David dio un sorbo al coñac y se recostó contra los cojines, pegándose a Alexi—. Os agradezco que podáis estar aquí. Era muy importante, sobre todo para Gabriella. No lo entiende todo, así que vale la pena intentarlo aunque solo sea por ella.

—Yo no querría estar en ningún otro sitio —declaró Tom—. Pero se está haciendo tarde, así que me voy al hotel.

—Esta es la parte que me resulta incómoda a mí —dijo Sophie, casi para sus adentros.

—No pasa nada, de verdad —les aseguró Tom, en tono poco convincente.

—Los lazos que unen a las familias son muy profundos, más de lo que nos imaginamos, creo.

—Alexi se levantó junto con David para acompañar a Tom a la puerta.

La mecedora de madera de pino se balanceó sola largo rato después de que Tom se hubo marchado. La luz de los faros del coche se reflejó en los cristales del mirador según salía hacia la calle.

—Aún no tenemos sueño —dijo David, regresando y sentándose junto a Sophie—. ¿Puedes quedarte y charlamos?

Como no quería irse a la cama justo después del último tema de conversación, Sophie recibió la propuesta con alivio. David sirvió un poco más de coñac. El brillo del dorado líquido se reflejaba en las facetas del cristal tallado.

—¿Sabéis algo de los indios anasazis? —preguntó Sophie—. No sé ni si lo digo bien.

—Lo dices bien —aseguró Alexi—. «Anasazis» significa «los antiguos». Son un misterio. Vivieron hace más de mil años. Sus ruinas no están muy lejos de aquí.

—Y ¿cuál es el misterio?

—Que desaparecieron, y nadie sabe por qué. En el cañón del Chaco, que está a un par de horas de aquí, están las ruinas de su apogeo. Lo que sí se sabe es que era un pueblo muy espiritual, al menos durante una época de su historia, que fue breve y muy intensa, una cultura que consideraba iguales a los hombres y a las mujeres y que adoraba a una deidad femenina además de a una masculina, la Madre Tierra y el Padre Cielo, en esencia. Los hopis y los zuñis se encontraban entre sus descendientes.

—¿Has estado allí?

—No. Lo tengo en mi lista. Pensaba ir en primavera, que hace más calor. Aunque está haciendo muy bueno. Tú deberías acercarte, si te interesa. Como mañana yo tengo que hacer muchos recados de última hora y Gabriella tiene una fiesta de Navidad, a lo mejor te apetece hacer turismo —sugirió Alexi.

—Mañana sería el único día, porque por la noche llegan todos. —Cada vez le sonaba mejor—. Me parece curioso, así que creo que voy a ir.

La vela de Navidad de color verde oscuro chisporroteó sobre la mesa de madera de mezquite. Bostezaron todos a la vez.

—Creo que va siendo hora de irse a la cama —dijo David, con una sonrisa satisfecha—. Me alegro de tenerte en nuestro nuevo hogar, mamá. Antes nos faltaba algo.

Mientras se metía bajo el mullido edredón, Sophie se dio cuenta de que la expectación que sentía por su excursión a las ruinas la iba a mantener despierta. Abrió el libro del aeropuerto y contempló las curiosas fotografías. El color era, inequívocamente, el mismo que la obsesionaba, y en la piedra arenisca rosa de una de las fotos había un dibujo de un lagarto, como el de la nube que había visto al llegar. Una señal, tal vez, se dijo mientras apagaba la luz por fin.

Una luz suave se colaba entre los listones de las persianas encaladas. Esta vez no hubo sueño persistente con el que volviera a adormecerse, y media hora después estaba duchada, vestida y en la cocina, buscando lo necesario para hacer café. La sobresaltó la voz de Gabriella.

—Abuela, ¿adónde vas?

—Pues como a ti te han invitado a una fiesta y tus papás tienen cosas que hacer, voy a ir a ver unas ruinas de los nativos americanos.

—¡Por favor, quiero ir contigo!

—Te prometo que antes de que me vaya haremos turismo solas tú y yo. Pero ¡hoy no te puedes perder la fiesta!

—Te he hecho un plano —dijo David, entrando en la cocina con aire adormilado y buscando el café en el congelador—. ¿Crees que te las apañarás sola?

—Claro —contestó Sophie, aunque no estaba segura en absoluto.

—¡Papá, abuela! ¡Mirad los colores del cielo!

Sophie siguió a Gabriella y salió a la fría intemperie. Contemplaron el amanecer juntas, de pie, mientras el vapor que salía de sus bocas formaba una pequeña y extraña cortina mística en torno a ellas.

Después de parar muchas veces a hacer fotos de los paisajes que se extendían ante ella, Sophie empezó a preocuparse de que no le quedara tiempo para ver las ruinas antes de volver. El color blanco de las nubes realzaba el turquesa del cielo. La tierra roja, la arenisca rosa, las mesetas que emergían como de un lugar mágico, la tenían cautivada. Se sentía expansiva; casi podía tocar las nubes.

Pero después de una hora de cielo inmenso, horizonte interminable y ningún letrero que señalase el cañón del Chaco, la ansiedad se apoderó de ella. Hasta que por fin vio a su izquierda una tiendecita con dos anticuados surtidores de combustible que prometían llenarle el depósito de gasolina Chevron. Antes de la tienda se encontraba la salida que llevaba al cañón del Chaco. Si David estaba en lo cierto y ese tramo de carretera era malo y duraba millas, probablemente fuera mejor asegurarse preguntando en la tienda. Así pues, y aunque aún tenía el depósito a tres cuartas partes de su capacidad, se detuvo a llenarlo en los surtidores.

La brillante luz que venía de fuera le impidió ver cuando entró en el local en penumbra. La puerta de tela de aluminio se cerró detrás de ella. Cuando recobró la visión, descubrió que tenía enfrente a cuatro ancianas navajas que la contemplaban. Avergonzada de que la considerasen una maleducada que las miraba boquiabierta —ya que así era—, sonrió alegremente y les preguntó si iba bien para el cañón del Chaco. Las ancianas siguieron mirándola, sin responder, y se sintió impresionada por la belleza de sus curtidos rostros, de sus intensos ojos castaños, que sabía que ella nunca podría leer. Esos ojos sabían cosas diferentes. Se sintió patéticamente blanca y de pronto muy consciente de que su alma había tenido pocas oportunidades de desarrollarse durante su infancia de urbanización burguesa, en la que todos los árboles eran igualados para dejar espacio a las casas en serie que habían brotado como malas hierbas. El alma no puede florecer en la uniformidad.

—Solo hablan navajo —dijo la más joven y moderna, que se encontraba detrás del mostrador—. Sí, esta es la carretera del Chaco.

Por si acaso, Sophie compró tres botellas de litro de agua mineral y un sándwich de jamón y queso, mientras pensaba que ojalá hubiera más variedad.

Antes de volverse hacia la salida, decidió inclinarse respetuosamente ante las cuatro abuelas que se mantenían firmemente paradas junto a la puerta. Su presencia imponía respeto. A estas venerables mujeres no se les pasaría por la cabeza teñir de azul sus largos cabellos canos, que llevaban recogidos en una trenza que les caía por la espalda. Mientras sus ojos encontraban cada una de sus miradas, sintió como una bendición, una chispa que llegaba de cada una de ellas, y que la reconectaba con una sabiduría que había olvidado mucho tiempo atrás. Enrojeció, avergonzada de su frivolidad, y respondió a su inclinación de cabeza. Los ojos de las mujeres la penetraban. La puerta de rejilla se cerró con violencia también esta vez. ¡Por qué no tenía más cuidado!

La larga y polvorienta carretera se extendía ante ella, despejada hasta el horizonte. Pequeñas capillas marcaban los extremos de varias carreteras secundarias. El cielo estaba azul celeste, el color de la túnica de la Virgen María. Pero aquí la imagen de la Virgen de los Padres de la Iglesia parecía desplazada. Pertenece a Europa, no a este lugar. Porque en esta tierra había nacido otra clase de espiritualidad. La presencia de José y María y todos los santos no parecía natural aquí.

Algo penetró en ella según iba conduciendo, ofreciéndole una nueva forma de ver las cosas. Se descubrió diciéndose que el espíritu humano debía de haber nacido de la Madre Tierra. ¿Cómo si no podemos explicar que cada zona del cuerpo de la Tierra hubiera creado tradiciones, danzas, trajes, canciones e idiomas tan diferentes? Y personas. Sin embargo, Estados Unidos había sido fundado por los primeros colonos, que habían rechazado a su patria espiritual, la tierra en la que habían nacido sus tradiciones y espíritus humanos colectivos. Y los primeros colonos también se habían dedicado a aniquilar a la civilización que había nacido aquí, y que aquí había evolucionado durante milenios. ¿Era esta rebelión contra sus raíces lo que había permitido a los padres fundadores racionalizar la liquidación de los nativos americanos, los hijos que distinguían a este continente?

Estados Unidos había nacido de padres fundadores, no de madres fundadoras. Sin un arquetipo materno, la cultura patriarcal no había tenido escrúpulo en arrancar de su tierra a los hijos de África y luego, cuando habían llegado aquí, en separar a las madres de sus niños, familias enteras, una y otra vez. La leche de nuestro padre era el poderoso dólar.

Esta tierra que ahora recorría era tan mágica que pensaba que, si se quedaba el tiempo suficiente, podía convertirla a ella en otra cosa, quizá en la persona que siempre había estado destinada a ser. Comprendió que ella, por no haber sabido beber de esa fuerza nutricia de la Tierra viva, había sido como una huérfana. Pero ahora, aquí, su espíritu se elevaba.

Las ruedas levantaban una polvareda de color rosa pálido que empezó a cubrir el coche y a entrar como una neblina por la ventana abierta. Hacía fresco, pero la brisa era como un bálsamo. Los ojos de las abuelas seguían hablándole. Pero no llegaban las palabras que lo explicaban todo. Si había palabras, solo podían pronunciarse en un idioma distinto. Si hubiera estado con Tom, no habría pensado en todo esto, probablemente ni se habría fijado en los ojos de las abuelas, no les habría permitido obrar su efecto en ella.

Puso en el radiocasete una cinta de música de flauta de un nativo americano llamado Nakai que Alexi le había dado cuando salía de su casa. Las hechizantes melodías reflejaban el espíritu de la tierra y la envolvían más profundamente en la magia del lugar. De pronto la flauta, el sonido de los tambores, como el latido de la Tierra, tenían el poder de formar las nubes y guiarla a ella a través de un cielo interminable. Inquietudes y preocupaciones se desvanecían como la piel de la que se desprende una serpiente. Una mariposa voló frente al parabrisas y surgieron grandes formaciones rocosas que cobraban vida, que se hacían casi humanas. Y entonces, a lo lejos, aparecieron las mesetas. Y por fin una señal de tráfico. Se alegró de verla, pero al mismo tiempo le molestó la intrusión.

El camino de entrada no estaba hecho para turistas, pero el recinto parecía moderno y limpio. Mientras dejaba el coche en una plaza de aparcamiento próxima a la zona del museo, por megafonía anunciaron que el documental sobre los anasazis empezaría en cinco minutos. Corrió hacia el edificio. Había guardabosques que cobraban la entrada y anotaban reservas para las visitas guiadas. Uno de ellos, en respuesta a su pregunta sobre dónde se proyectaba el documental, le señaló la puerta de enfrente, y cuando entró en la pequeña sala, después de los anchos paisajes que sus ojos se habían acostumbrado a contemplar, le pareció que entraba en un útero.

«Nuestros espíritus proceden de la Madre. Ella nos dio a luz. De Sus entrañas salimos.»

Los efectos especiales creaban la ilusión de que los anasazis eran espíritus que emergían a la superficie a través de la tierra. La imagen era la misma que la conclusión a la que había llegado ella al entrar en este lugar: que por lo menos algunos espíritus humanos habían nacido de la Tierra. ¿Acaso en este lugar la Tierra hablaba en voz tan alta que hasta ella podía oír sus palabras?

El documental mostraba que todos los hogares tenían una *kiva*, un recinto para ceremonias y rituales, que era circular y estaba excavado en la tierra, a la manera de un útero, y que se usaba para acercarse a los espíritus de los antepasados y recibir consejo. Para los anasazis, la espiritualidad formaba parte de la vida cotidiana como el aire que respiraban, y la conexión de todos ellos con los elementos de la naturaleza y con el cosmos se daba por supuesta. Por lo visto, a la *kiva* no solo se iba los domingos. Era una civilización avanzada, conocida por la calidad artística de su alfarería y joyería y por su arquitectura. Su mampostería parecía idéntica a las ruinas de Irlanda, Escocia y Egipto. A Sophie le sorprendía no haber oído hablar nunca de ellas, porque eran tan importantes como las que más del resto del mundo.

Cuando acabó el documental, volvió al área principal del museo. La transición de una cultura conectada místicamente a este inverosímil lugar, en la que no podían existir muchos recursos para asegurar la supervivencia, al sonido de las cajas informatizadas registrando el pago de entradas y tarifas de acampada la desorientó tanto como la bajada de presión a un buzo. Mientras abonaba la tarifa, el guardabosques le advirtió que no se apartara de las zonas señaladas, porque si lo hacía podían ponerle una multa.

Los anasazis habían preferido estos duros parajes para establecer su centro espiritual a los exuberantes y guarecidos bosques de unas montañas no tan lejanas. Pero ¿por qué elegir la lucha? Imaginando las vidas que debían de haber llevado en esta inquietantemente inhóspita y hermosa tierra, pensó que probablemente habían decidido aprender a valorar la vida de la manera más profunda. El documental subrayaba la importancia del equilibrio para aquel misterioso pueblo que había desaparecido novecientos años atrás.

La piedra arenisca rosa la iba encerrando en la atmósfera encantada del cañón a medida que recorría la ruta señalada, y pensó que quizá aquí pudiera descubrir por qué ese color se había infiltrado en sus sueños. Unos pocos turistas deambulaban por los edificios casi milenarios del primer enclave, Pueblo Bonito. La mampostería era espléndida, nada primitiva. Viviendas de varios pisos contenían cientos de habitaciones. En Estados Unidos los primeros inmuebles de cinco pisos se erigieron en la ciudad de Nueva York a finales del siglo XVIII.

Durante una hora exploró cada nicho y cada recoveco, cruzó todos los umbrales permitidos, esperando una visión. No la hubo, así que enfiló un sendero que corría al pie de una meseta de piedra arenisca. Al doblar una esquina sintió una presencia. A lo lejos se encontraba lo que parecía el espíritu de un sabio anasazi. Lo veía pero no lo veía, como a su ángel, y se sintió reconfortada. Era alto e invisible, pero visible. ¿Era ella la que lo estaba conjurando con su imaginación? Aun así, de pronto supo con certeza que había encontrado el camino correcto.

Espirales, un puma, relámpagos, un hombre a caballo... Esos petroglifos tan parecidos a grafitis cubrían las antiguas rocas, que se consideraba que eran los abuelos de la tierra porque habían llegado primero, y por lo tanto contenían todos los recuerdos. Dibujar en la piedra liberaba información almacenada, la esencia o el espíritu del objeto trazado. Recordaba haber leído eso antes de dormirse. Cuanto más los miraba, más cargados de significado encontraba esos rudimentarios dibujos. En lo alto de una roca descubrió a su lagarto.

El polvo rosa que pisaban sus pies era suave y denso como la maicena. En un nicho abierto en la roca descubrió la huella de una mano con una espiral dibujada en la palma. Recordó las huellas de color rosa de sus propias manos y los curiosos dibujos que se ocultaban bajo la satinada pintura que ahora decoraba la sala de estar. Junto a la mano vio lo que parecía un símbolo de fertilidad. Con un respeto que no esperaba, cubrió la huella con su propia mano, esperando que los guardabosques no la descubrieran. Se había salido de la ruta sin lugar a dudas.

La plegaria de la mujer la electrizó. Se arrodilló, se hundió suavemente en el sedoso polvo rosa y apoyó la frente contra la roca. La mujer sufría un amor insoportable por su compañero, o quizá solo lo percibía como un sufrimiento porque su cuerpo no podía contener un sentimiento tan poderoso, un amor que nunca habría imaginado, uno que estaba contenido en una comprensión del cariño y de la inteligencia divina del universo. Este simple atisbo le revelaba a Dios, la inmensidad del amor. La mujer había rogado a la Madre Tierra y al Creador que le concedieran un bebé que colmara su amor. Y mientras rezaba, había entendido la naturaleza del glorioso afecto

que les suplicaba. Ahora podría soportarlo. La huella de su mano estaba ahí para recordar al universo su oración, una plegaria tan sentida que ahí seguía, prendida de la piedra. ¿Había llegado a ser atendida?

Cada célula de su cuerpo respondía, se relajaba, rejuvenecía como nunca. Las fronteras se desvanecían y ella se fundía con la roca, con el sedoso polvo rosa, con las plantas que la rodeaban, con el cielo y el sol, con los petroglifos, con la oración de la mujer anasazi. No habría podido matar un mosquito, de tan impregnada como se sentía de la sacralidad de todos los seres vivos. En ese momento no necesitaba nada.

Seguramente por eso se habían instalado aquí los anasazis. Eso quería decir «tierra sagrada». Quizá por la intensa energía nutricia, creían que este era el lugar en el que renacían los espíritus de sus antepasados. Tal vez para los anasazis vivir en este enclave sagrado había valido cualquier sacrificio y, además, ellos no necesitaban gran cosa. ¿Acaso era de esto, de esta energía sagrada, de lo que vivían los yoguis del Himalaya, que se pasaban años sin comer? Estas ideas tan ajenas a ella le acudían a la mente inopinadamente, y comprendió que las estaba aceptando sin resistirse. Se le escapó una lágrima más potente que un mar de ellas.

Se puso en pie, se sacudió el polvo de las rodillas y se inclinó profundamente, en señal de respeto a la plegaria de la mujer. Cuando se incorporó, vio a una guardabosques que venía hacia ella haciéndole una seña. A pesar de su disgusto por que la hubieran sorprendido, seguía presa del encantamiento mientras se dirigía hacia la mujer.

—Debo pedirle que no salga de las zonas señaladas —le dijo, aunque no parecía enfadada.

—Lo siento mucho —contestó Sophie—. Cuando he visto los petroglifos me he entusiasmado.

—El problema es que si la gente la ve fuera de la ruta, pensarán que ha descubierto usted algo y querrán seguirla.

—Pero ¿es que he descubierto algo!

—Usted ya me entiende.

La mujer fue amable al despedirse.

Ya en la ruta permitida, dedicó poco tiempo a cada uno de los demás enclaves, porque estaba deseando llegar a la Gran Kiva. En el aparcamiento de la Gran Kiva, junto a otros vehículos se encontraba un autobús viejo que estaba pintado de azul turquesa vivo, como una reencarnación de los años sesenta. Quedaba poco más de una hora para que tuviera que volver a casa de David. Su estómago vacío solía informarla de la hora que era, pero no tenía hambre. Si el capitalismo yanqui hubiera sabido que las dietas de pérdida de peso iban a ser un éxito seguro en este lugar, cada enclave habría estado dirigido por un centro de adelgazamiento diferente.

Para llegar a la Gran Kiva tuvo que subir una suave y breve pendiente. Avanzaba por el sendero caminando con un gran respeto, por si acaso lo había recorrido hacía mucho tiempo, cuando sabía mucho más sobre vías espirituales.

Las paredes que rodeaban la kiva ocupaban casi toda la cima de la colina. Cuando se asomó por encima del muro, vio a un hombre y a una mujer deambulando abajo, en el espacio de ceremonias y rituales. Él hacía fotos de la entrada norte de la kiva con una gran cámara de visión directa. Cuando se marcharon, entró ella. Esperaba poder estar sola unos momentos.

Sin embargo, nada más irse la joven pareja apareció una niña menuda, pero decidida, que bajó los precarios peldaños saltando graciosamente con los pies juntos. Su madre y su hermana mayor se asomaron precavidamente. Esta última, que estaba entrando en una desmañada pubertad, intentaba distanciarse del entusiasmo infantil de su hermana pequeña. Ganó la benjamina, y la madre y la adolescente empezaron a bajar las escaleras alisadas por el paso del tiempo.

La niña, como si viera el ritual que se celebraba en el espacio etéreo, empezó a describir lo que se hacía en la kiva.

—Mira, mamá, venían por aquí para entrar por sorpresa. Y aquí había una hoguera muy grande y el humo salía por allí. —Le bailaban los ojos mientras lo explicaba todo—. Celebraban la ceremonia en un sitio distinto cada vez, por los movimientos de la luna en el cielo.

Escrutó las caras de su madre y de su hermana para ver si ellas también lo veían, y su voz adquirió una nota vacilante. No lo entendían. Así que renunció a contarles el resto de la historia, dejó que esta volviera a su espacio etéreo, y calló, triste. A regañadientes empezó a ascender los peldaños de piedra, siguiendo a su madre.

Mientras intentaba oír si se acercaba alguien más, Sophie vio a la niña asomarse por el borde para mirar por última vez. Luego las voces se apagaron. Ojalá hubiera podido decirle a la niña que ella había visto cómo ocurría su historia según la iba contando. «Si no volvéis a ser como niños, no entraréis en el reino de los cielos.» Si escucháramos a nuestros hijos, nos encontraríamos a nosotros mismos de nuevo. Si nos hubieran escuchado, nunca nos habríamos perdido. El aire mágico de la kiva la ayudó a comprender esto. Se sentó en el borde interior del gran muro y dejó que la invadiera la paz, una paz que bajaba del cielo y que subía de lo más profundo de la Tierra, una paz que no era inteligible y que ahogaba todo pensamiento. Se había fundido con todas las cosas, por lo que ya no necesitaba comprender. Rezó por todas las personas que acudieron a su mente.

Oyó voces que se acercaban y se levantó, sin ganas. Como aún no quería irse, cruzó hacia el saliente que corría a lo largo del muro occidental y cerró los ojos. No se molestó en abrirlos cuando empezó a entrar la gente. Sintió su presencia, supo que eran cinco o más. El silencio se hizo más intenso. Se intensificaba el aire de sacralidad en la kiva.

Abrió los ojos por fin. Una mujer de unos cuarenta años y su madre estaban sentadas muy juntas. A unos metros de distancia se sentaba una pareja joven. Estaban cogidos de la mano. Un hombre de unos setenta años, un hippie entrado en años que no había acabado de sacudirse la década de los sesenta, estaba sentado solo frente a ella. Todos tenían los ojos cerrados. Los fueron abriendo despacio y se levantaron para irse, siguiendo al anciano caballero, que parecía ser su guía.

Cuando pasó frente a ella, el anciano caballero se tocó el ala del viejo sombrero de pesca que ensombrecía sus chispeantes ojos y la saludó con la cabeza.

—Igual algunos somos los antiguos, que hemos vuelto.

Una leve brisa levantó una polvareda rosa cuando Sophie enfiló el camino que bajaba hacia el coche y pensaba en este último comentario. Tras despedirse del grupito, la mujer y su madre se montaron en el coche que estaba aparcado junto al suyo. No pudo evitar oír la conversación.

—Bueno, mamá, creo que yo soy más receptiva a estas cosas porque medito.

En los ojos de la madre apareció una expresión aburrida. Si no fuera su hija, ni siquiera la estaría escuchando.

—Mamá, tú lo has sentido, ¿cómo puede ser malo?

—Mira, es que no sé qué pensar —declaró la madre.

La hija no insistió.

Era un atardecer fresco. Abandonó el lugar mientras miraba por el espejo retrovisor con expresión nostálgica, sintiendo que había recuperado una parte de sí misma. No quería ponerse cursi, pero de verdad le parecía estar saliendo del útero materno. ¿Cómo se habrían sentido los anasazis cuando tuvieron que abandonar este enclave? Ellos que preveían el larguísimo viaje que les esperaba, en el que cada paso los alejaría más de su amorosa tierra, de sus antepasados, de sus almas, ¿supieron cómo llevarse con ellos la energía sagrada?

Cuando abrió la puerta, la asaltó el calor de la casa. Desde el vestíbulo los vio a todos hablando alegremente en el salón. El fuego ardía espléndido, las velas chisporroteaban y las luces de colores del árbol se reflejaban en todos los rostros. Era la primera Nochebuena que no organizaba ella, la primera en la que no era quien creaba el hechizo mágico.

Nadie la había oído entrar. Se quedó en la sombra, en silencio, contemplando la escena. Cuando cerró los ojos volvió a ver las mesetas, sintió la belleza de la tierra, tan creativamente conmovedora. La tierra la había envuelto en su ensueño y ahora no estaba preparada para una charla intrascendente. Sus padres y Tom estaban conversando aparte. Phillip y su novia, Elicia, estaban sentados en un sofá, cogidos de la mano, y Gabriella en un cojín a los pies de estos, contando una historia animadamente mientras la luz del fuego le iluminaba el rostro. Alexi y David estaban sentados frente a ella, escuchándola con orgullo. Sophie se sintió como una intrusa. Sonó el timbre de la puerta. David se levantó para abrir y se sorprendió al ver a Sophie ya en casa.

—¡Mamá! ¿Has llamado tú?

—No, David. He entrado sin llamar hace un momento.

—Bueno, pasa. Ya están todos.

David miró por los biselados cristales clásicos de la puerta al tiempo que la abría.

Saludó a los vecinos de al lado mientras Sophie se volvía a mirar a su familia. Sus voces llegaban como filtradas por una cámara de resonancia, sus saludos demasiado agudos, y tan estentóreos que no parecían naturales. Cogió a Gabriella en brazos como si fuera un ancla, al tiempo que se obligaba a estar presente en el momento.

Phillip la envolvía en su abrazo de oso mientras le presentaba a su novia, y Sophie estrechó las frías manos de aquella bonita joven. Sus padres y Tom la saludaron con la mano, pero no se movieron de su pequeño círculo. Gabriella estrechó su abrazo en torno a su cuello.

—Acompáñame mientras me aseo —le pidió Sophie.

Gabriella se sentó en medio de la cama, envuelta en el edredón de plumas como si fuera el nido de un pájaro.

—Cuéntame lo de los indios, abuela.

Mientras se lavaba y se cambiaba de ropa, Sophie empezó a relatarle lo que pensaba que podía entender una niña de casi cinco años, pero no tardó en darse cuenta de que Gabriella la escuchaba embelesada.

Le estaba costando cerrar los botoncitos de su blusa cubiertos de raso blanco. Frunció el ceño mientras intentaba concentrarse.

—Por mi visita yo creo que los anasazis eran un pueblo pacífico. Como no dejaron documentos escritos sobre sus vidas, aún hoy siguen siendo un misterio. Pero no creo que eso significara que no fueran civilizados o inteligentes. Cuando querían preguntar algo, miraban al cielo y una estrella les daba todas las respuestas que necesitaban. Y ellos las recibían en sus corazones.

»Los animales también les hablaban así, y las plantas, y las piedras, y el agua. Los anasazis creían que formamos una unidad con todo. Para ellos, las personas no eran distintas de los animales o de las piedras. Y por eso, cuando un animal caía herido, todos caían heridos. Por eso era muy importante procurar respetar toda forma de vida. Y todas las cosas se comunicaban entre sí, aunque en silencio. En silencio, un lagarto podía hablarte del tiempo de los sueños, y una estrella podía adivinar el futuro, y una planta decirte cómo comértela y curarte con ella; y un ciervo cómo matarlo con respeto y cocinarlo y hacerte ropa con su piel. Ellos sentían las respuestas como un conocimiento que recorría sus cuerpos. Y sobre todo sabían que la Tierra era su madre, que los amaba y les daba todo lo que necesitaban. Y ellos la querían a Ella, y eran incapaces de lastimarla. En el Chaco he sentido cuánto nos ama el espíritu de la Tierra.

Las abuelas de la tiendecita debían de haberle transmitido su sabiduría al fin y al cabo.

—Yo quiero ir a ese sitio. ¡Llévame, por favor! —Gabriella, muy seria, se estremecía de emoción—. Abuela, a veces me parece que el silencio hace mucho ruido.

Sophie se acomodó junto a ella en la cama y la sentó en su regazo, y olió el frescor de su pelo, el aroma al cedro de la chimenea con un toque de hojas de ese mismo árbol.

—Qué sabia eres, mi niña. Te prometo que iremos después de Navidad, cuando se hayan marchado todos. Ahora vamos al salón, que nos están esperando. Nochebuena es mi noche favorita del año.

—Y la mía. ¿Me puedo poner tu pintalabios, abuela? —preguntó Gabriella, apoyando la manita en su manga de raso.

No podía negarle nada a su nieta.

—¡Venid! ¡Venid! —gritó David desde el final del pasillo—. ¡La cena está lista!

En aquella estancia había ángeles. Estaba segura. Los villancicos no eran creaciones nacidas de la fantasía. Ella siempre sentía la presencia de los seres celestiales en Nochebuena, desde que era pequeña, pero nunca se lo había dicho a nadie. Tampoco había oído a nadie hablar de su presencia, solo cantarla. Esa noche, era más inconfundible que nunca. El cañón la había abierto a la realidad de los ángeles. Su madre se acercó a ella a través del aire dorado, sin consciencia de nada, pero ofreciéndole un abrazo con cariño sincero, olvidando sus diferencias por un instante. El encuentro cerró lo que parecían siglos de tensión entre ellas.

Cuando vio la alegre mesa de gala, comprendió que Alexi entendía la magia. Llamas que salían de velas plateadas danzaban sobre las viandas. Ángeles y elfos asomaban bajo lazos rojos, ramas de hoja perenne y muérdago. Entre los muchos y suntuosos aromas se distinguía un toque de romero.

Después de cenar, empujaron el sofá y las sillas para disponerlos en círculo en torno al árbol. Gabriella se situó en el centro para repartir los regalos. Alexi le había enseñado a leer el nombre de cada uno especialmente para esa noche, y con cada regalo la niña recibía un sonoro aplauso.

—No ha querido abrir ninguno suyo —les dijo Sophie a Alexi y a David—. Creo que es una artista nata. ¡Solo necesita un público entregado!

—¡Desde luego sabe cómo ocupar el centro del escenario! —susurró su madre, con un deje de desaprobación—. No sé qué va a ser de ella cuando llegue a la familia otra criatura.

—¡Ah, yo quiero un hermanito!

A Gabriella no se le escapaba nada.

En medio del aura de felicidad, los vio. Sus abuelos se encontraban en la estancia, sin duda alguna, de pie junto al árbol, cerca de Gabriella, enlazados y disfrutando serenamente de la celebración. El ángel formidable estaba detrás de ellos. ¿Acaso este hermoso ser era el custodio de su familia? Ellos sabían que ella sabía que estaban presentes. Por la alegría que la rodeaba, no tenía que permanecer quieta para retenerlos. Se volvió a ver si alguien más lo había percibido.

Su madre observaba atentamente cómo su padre abría el regalo que le había comprado. El gusto de su madre para elegir obsequios se hacía más vulgar con cada año que pasaba, y ya nadie sabía qué esperar de ella. Nadie se atrevía a expresar nada que no fuera un entusiasmo desmedido. Aquella farsa se había convertido en una tradición navideña. Su padre nunca reaccionaba con tacto. Todos los ojos se abrieron como platos cuando sacó el regalo de debajo de montones de papel de seda. ¿Sus abuelos también se reían?

—¡Abuela! ¿Qué es eso? —Phillip no pudo contener la risa—. ¡Es lo mejor que has regalado hasta ahora!

Su madre se lo tomó como un cumplido.

—¿Qué es esto, Connie?

Su padre estaba perplejo.

—Lo encontré en una tienda de antigüedades. Es un artículo de coleccionista.

—Pero ¿qué es? —volvió a preguntar el padre.

—Una licorera.

Su padre quitó el tapón, que llevaba grabadas las palabras «Decimocuarto Clásico Anual del Desierto»¹ en un lado y un «1973» más destacado en el otro, y olisqueó el interior.

En un lado de la licorera color aguamarina y oro sobresalía el perfil de Bob Hope, cuya larguísima nariz sostenía en equilibrio perfecto un soporte que a su vez sujetaba una pelota de golf. En la base, un rótulo indicaba que en otros tiempos el recipiente había contenido un whisky Beam Kentucky Straight Bourbon de cien meses. En cada costado se abrían sendos abanicos de estilo *art déco*, y el dorso contenía una lista de clubes de golf en letras doradas.

—¡Algún día valdrá mucho dinero, ya lo veréis!

Nadie se atrevió a contrariar el optimismo de la madre.

—¡Gabriella! Ahora tienes que abrir los tuyos. —Phillip atrajo la atención de su sobrina.

—Quiero esperar a mañana.

—¿Por qué no abres uno ahora? —le sugirió Alexi.

Gabriella estudió su pila mientras Sophie buscaba a sus abuelos y a su ángel. Allí seguían. Nadie había mirado hacia el lugar donde estaban, ni siquiera de soslayo, pero ellos parecían conformarse con estar presentes.

Gabriella leyó la tarjeta.

—¡Abuela!

Cuidadosamente, sus manitas con hoyuelos retiraron el papel rojo brillante decorado con renos retozones que envolvía la larga caja, y levantaron la tapa como si fuera la de un cofre del tesoro. Sus grandes ojos azules se agigantaron cuando vieron la muñeca. Despacio, la sacó de la caja, la miró largamente a los ojos y la apretó contra su pechito. En la tienda la muñeca le había parecido pequeña, pero ahora, comparada con Gabriella, era mucho más grande, incluso más real.

—¡Mira qué vestido de piel! —le dijo David a Gabriella—. Como los que llevaban las nativas americanas. ¡Y los mocasines también llevan abalorios!

—¡Ay, abuela! ¡Gracias!

Gabriella se puso de pie, con torpeza porque llevaba la muñeca bajo el brazo.

—¿Puedo dormir con ella esta noche?

Alexi miró a Sophie como para pedirle permiso.

—No se romperá —la tranquilizó ella.

Gabriella acarició las largas trenzas oscuras mientras las puntas de sus dedos se detenían en las sedosas plumas entrelazadas en ellas.

—Hacía mucho tiempo que quería una muñeca india. Hasta he soñado con una.

Soltó un suspiro de felicidad mientras se apretaba contra su abuela y se volvía hacia el árbol. Sophie sintió cómo se tensaba la redonda barriguita de Gabriella cuando descubrió a sus tatarabuelos y al ángel de la familia. Se quedó muy quieta, apenas respirando mientras los miraba. Entonces, también de repente, su cuerpo se relajó, y Sophie miró hacia sus abuelos para descubrir que se habían desvanecido.

—Ahora quiero irme a la cama —dijo Gabriella en voz baja—. Papá, no te olvides de entrar a leerme «La noche antes de Navidad».

Recorrió la sala bailando grácilmente y repartiendo besos.

Sin el espíritu de Gabriella, todos se sintieron un poco perdidos en la mutua compañía.

A pesar de las sábanas y el edredón suavemente perfumados, sentía la habitación fría después de haber estado junto a la chimenea. En la casa reinaba un silencio desacostumbrado. Era la paz de una casa cubierta de nieve. Si hubiera estado con Gabriella en la cama, se habría permitido escuchar campanillas de trineo. La habitación estaba igual de oscura si mantenía los ojos abiertos que si los tenía cerrados. El coñac había soltado todas las ataduras, y se dio cuenta de que quería estar con un hombre al que ni siquiera conocía, pero al que de alguna manera conocía íntimamente, en lo más profundo de su ser, alguien en cuyos brazos se sentiría más segura que nunca en la vida. Ahora mismo estaba junto a él. La venció el sueño, tan leve y dulce como algodón de azúcar.

Las paredes de color rosa del cañón se erigían imponentes. Se encontraba apartada de los grupos reunidos en torno a hogueras familiares, donde todos especulaban sobre la visión que los antepasados le habían traído al jefe la noche anterior, en la kiva. El jefe pintó la visión en la pared del cañón, con colores que nunca antes habían sido combinados, rojo, blanco y azul: azul del sagrado maíz azul de su pueblo, blanco de piedra caliza y, como expresión del poder de la profecía, para el rojo el jefe usó su propia sangre mezclada con flores.

El hombre azul estaba pintado de modo que parecía más grande que la vida. Llevaba un taparrabos que consistía en un rectángulo decorado con franjas rojas y blancas, un diseño que no era de aquella tierra. En el interior de la kiva, en el vientre de la Madre Tierra, el jefe había

recibido una visión de una gente muy distinta que llegaba, y de una forma de vida que no iba a entender la suya. Debido a la llegada de aquellas personas, algunos miembros de la tribu regresarían a los espíritus de los antepasados, a las entrañas de la Madre, a esperar el día, si alguna vez llegaba, en que pudieran volver sin peligro. Algunos viajarían muy lejos y se integrarían en otras tribus. Todos conocerían un indecible dolor y pérdida.

Estas personas de piel blanca sabían de la existencia del Padre. De maneras inimaginables, traerían un formidable progreso. Pero no reconocían a la Madre y, sin Ella, la energía masculina de los mundos se volvería más destructiva de lo que su pueblo había podido imaginar. La invasión se haría realidad y el pueblo correría peligro de olvidar también a la Madre. Sin la sabiduría con la que se regresaba de rendirse a lo desconocido, vagarían perdidos durante mucho tiempo, quizá ya para siempre, y nunca volverían al vientre sagrado, aislados los unos de los otros y de sí mismos durante eones, si no eternamente.

Abrazándose el vientre, sintió todo el peso de la criatura que llevaba dentro, una hija, estaba segura. Las dos habían entrado en comunión en sus sueños, y el espíritu de la niña caminaba con ella. La luz de su corazón salió en busca de su compañero, y ella lo vio junto al jefe, preparándose para descender a la kiva de la familia. El jefe estaba visitando a todos los clanes para explicarles la visión y calmar a la gente. Cuando el jefe la había descrito por primera vez, ella había percibido la visión claramente, y no quería volver a escucharla. La vida física de su gente siempre había sido una lucha, pero su existencia espiritual lo trascendía todo, y ahora estaba amenazada.

El bebé no se movía. La mano de ella se posó sobre las diminutas nalgas, que casi se veían a través de su piel. Notaba un pie cerca de las costillas. Era una inmovilidad poderosa. La música de los pájaros cantores llenaba más y más el cañón a medida que ella se alejaba. Se volvió cuando oyó jadeos a su espalda. Su fiel perra la había seguido, abandonando para ello a sus cachorros. En sus ojos había una inquietud, una advertencia. Ella ignoró el aviso, sabiendo que no iba a alejarse mucho. Pero necesitaba estar sola. Absorta en la belleza que la rodeaba, perdió la noción del tiempo que había pasado caminando. Como el sol aún estaba alto, buscó refugio para descansar antes de volver. Un poco más adelante se encontraba su lugar secreto, una cuevita aislada. Se sorprendió de haberse alejado tanto. La perra abría el camino. Lo conocía bien.

El frío de la cueva la alivió después del calor del sol. La tierra rosada era de seda allí dentro. El bebé seguía sin moverse, no lo había hecho en todo el día. Debía tener cuidado. En la pared de la cueva, su oración estaba marcada por la huella de su mano. En una nueva plegaria de agradecimiento por el bebé que estaba en camino, pues su primer ruego había sido atendido, cubrió la huella con su mano. La energía sagrada de la cueva penetró en ella. Ella era la cueva, la suave tierra, el aire fresco, el enebro, los pájaros cantores, la dorada luz del sol, todo ello bajo el abrazo de la Madre. Se acurrucó, doblando las piernas instintivamente para proteger su vientre hinchado. La perra se apretó contra su piel, y ella se durmió dulcemente, y no tuvo sueños.

La despertó un dolor agudo.

—¡Ahora no, ahora no, hija mía!

Pero sabía que era inútil. Después de la primera sintió otra punzada, y luego la presencia protectora de los antepasados, que estaban junto a ella y llenaban la cueva. El sol se preparaba para ponerse, la luz dorada se teñía de naranja. La perra se pegó a ella para resguardarla del aire fresco que estaba entrando. La niña venía deprisa, y la Madre atravesó su cuerpo desde el centro

de la Tierra, confiriéndole un poder extraordinario. Siempre le habían enseñado que esto era lo que debía esperar, pero ningún relato de lo que sucedía podía expresar lo que estaba sintiendo en ese momento.

Después de lo que le pareció una eternidad, la cabeza empezó a presionar hacia abajo. Sintió el pelo húmedo de la coronilla y lloró de alegría. Con todo el cuidado posible, se incorporó y se inclinó sobre el vientre, que se hundía muy despacio. Ya veía la reluciente coronilla, cubierta con la membrana que milagrosamente había creado su propio cuerpo. Todo su ser la impulsaba a empujar más fuerte, y entonces apareció la cabeza, tan perfecta. Su hija la miró directamente, con ojos brillantes, sabia y dulce. Sus pupilas se encontraron, y se hablaron. Y entonces, con un gran suspiro, su cuerpo expulsó a su hija. La tomó en brazos y la apretó contra los pechos rebosantes, besándola por todo el cuerpo, loca de alegría. Los ojos de la niña se resistían a apartarse de los suyos, hasta que sus párpados finos como pétalos le pesaron demasiado para mantenerlos abiertos. La metió bajo su vestido de piel de ciervo, protegiéndola.

La placenta salió sola, y el cordón umbilical lo rompió con los dientes. Llevaría la placenta a los campos de maíz para bendecir la cosecha. Mirando la pequeña entrada de la cueva, vio que la luz casi se había extinguido, solo un resto se reflejaba en una tela de araña, que así despedía un brillo tan plateado como el de la luna. La Abuela Araña tejía afanosamente, como si intentara cubrir por entero la entrada antes de la mañana, para mantener eternamente seguras a la madre y a la hija. Qué extraordinaria bendición para el nacimiento de su niña. Con ojos adormilados observó cómo trabajaba la araña, y poco a poco se sumió en un sueño profundo, con su bebé al pecho. La Abuela Araña tejió visiones del dolor venidero.

El sol arrancaba destellos al escudo plateado, al extraño tocado plateado, a la enorme y brillante vara, cegándola. Alguien intentaba arrancar a la niña de sus brazos. Agarró al bebé con todas sus fuerzas, pero fue inútil. La sangre de todas las mujeres entró en ella mientras el hombre empujaba una y otra vez, sin piedad, desgarrando sus entrañas. Sus gritos eran un eco del angustioso llanto de mi nena. Rogaban, suplicaban a los monstruos brillantes. Pero sabía que nunca volvería a ver a su bebé. La Madre llevó arriba a las demás mujeres, a la blancura deslumbrante. Ella se quedó allí, apenas viva.

Sophie se incorporó en la cama e intentó gritar, pero no salió ningún sonido. En su brusco despertar, al principio no reconoció la habitación. No sabía si seguía soñando. La cueva de color rosa le pareció más real que las sábanas de algodón blanco. Aturdida, desorientada, deseó con todas sus fuerzas que aquella cama fuera más real que la brutalidad de la arboleda.

Mientras se calmaba después de aquel sueño, oyó un leve crujido en la puerta del dormitorio. En la oscuridad que precedía al amanecer, Gabriella avanzaba de puntillas, tambaleándose, y, esperando que no la oyeran, acercó la silla de mimbre para subirse a la cama. La maniobra resultó complicada, porque llevaba en un brazo a la muñeca india. Sophie se hizo la dormida para poder disfrutar de los esfuerzos de su nieta. Una charla de buena mañana en la cama era un ritual de ambas. Muchas veces se sorprendía respondiendo al espíritu mucho mayor y más sabio de Gabriella, como si hablara con una vieja amiga, y le costaba acordarse de tratarla como a una niña. El espíritu de su nieta enriquecía el suyo. Cuando estaban juntas se descubría a sí misma en sentidos inexplicables.

Pasaron varios minutos antes de que Gabriella acabara de acomodarse, su cabeza junto a la de Sophie sobre la almohada. Su dulce aliento le acarició el rostro, mientras su manita descansaba ingravidamente sobre su mejilla.

—¿Vino anoche Papá Noel?

—¡Creía que estabas dormida, abuela!

—¡A lo mejor lo estoy, y una princesa hada acaba de meterse en mi cama!

—¡A lo mejor!

—¿Has soñado esta noche?

—¡Sí! Y tú salías en el sueño, pero llevabas otra ropa. Estábamos tomando el té con mi nueva muñeca india.

—¿Le has puesto nombre? Es importante darle un nombre.

—Había pensado princesa Tigrilla.¹

—Cuando yo tenía tu edad, quería ser la princesa Tigrilla. Hacía como que lo era.

—Entonces la llamaré princesa Tigrilla.

Gabriella se acurrucó contra ella, mirándola a los ojos. Había algo que no se explicaba y buscaba el modo de expresarlo. Rindiéndose, la abrazó.

—Te quiero, abuela.

—Y yo doy las gracias por ti, Gabriella.

—Nos vamos a misa en veinte minutos. —Desde el pasillo llegó la voz de su madre.

—¿Abuela, vienes, porfa? —la voz de Gabriella adquirió una nota de súplica—. Quiero ver al niño Jesús. ¿Vienes?

—¡Vamos!

El órgano tocaba *Joy To The World* mientras buscaban un banco en el que poder sentarse todos juntos en la atestada iglesia. El incienso de la misa anterior aún perfumaba intensamente el aire, y la luz de un banco de velas parpadeaba frente al inmenso nacimiento situado a la derecha del altar.

Las palabras del ritual eucarístico resonaron en la inmensidad. Y luego una guitarra tocó *Noche de paz*.

Sophie, como siempre desde que era pequeña, dejó vagar sus pensamientos, que rondaban en torno al incienso, las velas y el ritual. ¿Y si era verdad que María había sido una mujer soltera, una ramera del templo, una poderosa mujer santa de Su tiempo, una encarnación de la Diosa, y su hijo había sido un *bathur*, un bastardo del templo? ¿Desempoderaron deliberadamente a María Magdalena llamándola prostituta en lugar de ramera sagrada? Algunos libros que había descubierto recientemente así lo creían. Los evangelios gnósticos habían revelado el auténtico poder de las mujeres en la vida de Jesús. Leyendo esas ideas, se había sentido más cerca de la verdad, extrañamente aliviada, a pesar de lo radicales que eran.

Con la mirada puesta en el vestido de fiesta rosa pálido de Gabriella, volvió a la cueva, y recordó. Cuando el sacerdote alzó el cáliz sobre su cabeza para dar comienzo a la liturgia de la Eucaristía, la luz de una vela cercana arrancó destellos al grial dorado, y Sophie sintió un mareo.

—Necesito tomar el aire. Nos vemos fuera —le susurró a David.

Antes de que nadie pudiera contestar, salió de la iglesia y echó a andar por las calles. La espesa neblina se adhirió a su abrigo, a su pelo y, al poco, a sus pestañas. Dos gotitas de agua le rodaron por las mejillas.

Cuando volvió a la iglesia, el rebaño de fieles ya se estaba disgregando, como buen rebaño, quizá con demasiado entusiasmo, creía ella, tal vez demasiado absuelto. Vio primero a su madre, y observó que nada de lo que se había dicho allí dentro había relajado su mandíbula siempre apretada ni suavizado tan siquiera un poco sus profundas arrugas.

El día seguía estando gris y nublado. En el salón entraba suficiente luz por las ventanas para no encender las lámparas. Distraídamente, Sophie entró en la estancia y encendió las luces del árbol de Navidad para alegrar un poco aquel día tan sombrío. En la chimenea, un gran fuego brindaba calor físico, pero no una atmósfera acogedora. La luz necesitaba oscuridad para obrar su magia. La grisura no era posible disiparla. Sin muchas ganas, cogió una revista y se acomodó en el sofá. Gabriella estaba echando la siesta y los demás se habían ido a descansar. Tom no tardaría en llegar.

Entró Elicia, pero al ver a Sophie se volvió para marcharse, tímida.

—No hemos tenido ocasión de hablar —dijo Sophie, haciéndole una seña para que se sentara junto a ella en el sofá.

—Iba a salir a dar una vuelta, pero gracias. Solo un momento.

De pronto, los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

—Nada. No me pasa nada. —Conteniendo las lágrimas que amenazaban con brotar, añadió —: Pero gracias por preguntar.

—¿Echas de menos a tu familia?

No sabía si era conveniente continuar con esta conversación. Elicia parecía muy abatida.

—Ven. Siéntate aquí. Podemos hablar.

Sophie dio unas palmaditas sobre el cojín que tenía a su lado.

Pero Elicia se sentó en el borde del sofá pequeño, intentando secarse los ojos, aunque seguía llorando.

—Mi familia está bien. Están en el este. Me echan de menos. De hecho, creo que les está costando mucho que yo esté aquí. Es la primera Navidad que pasan sin mí. Bueno, la primera no. Yo soy adoptada. Nací en Nochebuena en un hogar para madres solteras de Los Ángeles.

—¿Entonces tendríamos que celebrar tu cumpleaños!

—Yo llegué a casa de mis padres unos días después de Navidad, o sea que creo que fue entonces cuando nací en realidad. Además, odio que sea mi cumpleaños, y nunca me ha gustado la Navidad.

—¿Conoces tu historia?

—Eso es todo lo que necesito saber, o al menos eso pensaba hasta hoy. Puede que el estar tan lejos de mis padres me haya permitido pensar en mi otra familia por fin. Dios, me siento culpable solo por decirlo. Pero hoy en la iglesia, cuando he visto el pesebre, he sentido de otra manera lo de que «no había lugar para ellos en la posada». He pensado en mi madre original, en su hogar para madres solteras. Y lo que al fin he entendido es que no hay lugar para ella en la sociedad, y he empezado a echarla de menos.

—Ella también debe de añorarte.

—Creo que siempre he vivido como algo normal este vacío que siento todo el tiempo.

—¿Esa nostalgia por tu madre biológica?

Elicia acababa de mencionar el mismo vacío que sentía ella desde la muerte de su hija.

—¿Puedo llamarla madre? Para mí es una desconocida. Renunció a mí. ¿Por qué tiene que importarme nada que tenga que ver con ella? —Las lágrimas desmentían su ira—. Siento que no encajo en ningún sitio, ni siquiera en este planeta, ni con vosotros. No recuerdo ni una vez en la vida que haya sentido que estaba en mi sitio. En cualquier momento, una mano invisible soltará la cuerda y saldré volando como un globo de helio. Y ni siquiera sé quién sujeta el cabo.

Sophie se inclinó hacia delante.

—¿Puedes buscar a tu madre?

—¿Y arriesgarme a un nuevo rechazo? Dirás que exagero, pero no. A mis padres no les cabe en la cabeza que haya algo que ellos no me puedan dar. Por eso me he pasado la vida intentado adivinar cómo habría sido esa hija que no tuvieron, e intentando ser ella. No tengo más remedio, no sé quién soy. Además, me da miedo.

—¿El qué?

—Lo desconocido, que no me caigan bien, que a ellos no les caiga bien yo. Creo que anoche soñé conmigo cuando era un bebé. La niña estaba aislada, apartada, pero era consciente de todo y estaba desvalida, atrapada en su cuerpecillo, a merced de personas que flotaban a su alrededor y que de vez en cuando la cogían para darle de comer y cambiarla, pero sin sentimiento, sin amor. Yo buscaba la cara de mi madre y solo encontraba desconocidos.

—Tienes que confiar en tu sueño.

Elicia siguió hablando como si lo hiciera a través del sueño que había tenido:

—En ese momento, aunque era un bebé, supe que siempre estaría sola. ¿Cómo puedo querer a mis padres adoptivos y sentir esto al mismo tiempo?

«A través del sentimiento se la conoce a Ella. ¿Cómo va a hallarla entonces la falta de sentimiento?» A la mente de Sophie acudieron las palabras de Michael. El dolor de Elicia era el suyo.

—El otro día estuve en la tumba de mi hija, que era un bebé cuando murió, y tuve una visión. —En los ojos de su mente, las tristes mujeres, envueltas en flotantes gasas blancas, continuaban con su larga, aparentemente eterna vigilia—. Ahora empiezo a entenderlo. Hasta que no encontremos la fuente de las lágrimas no nos permitiremos llorar, estaremos separadas del origen de nuestra fuerza, de nuestro espíritu. Solo a través de nuestros sentimientos redescubriremos nuestras almas. Sin hacer ese viaje no podemos querer, no podemos amar por completo, con todo el corazón.

—¿Dónde estaba mi madre? ¿Dónde?

Elicia hablaba como si estuviera inclinada sobre el moisés que la había tenido cautiva toda su vida.

—¿Conocer a tu madre biológica no es mejor que no saber? Es tu verdad.

—Lo que yo querría es que viniera ella a buscarme. ¿Por qué me dejó allí? ¿Cómo fue capaz? ¿Qué tenía yo de malo? ¿Es que no me oía llamarla con mi llanto?

Elicia se secó las lágrimas con sus largos y gráciles dedos de artista.

—Me pregunto quién más tiene esas manos tan bonitas.

—Qué extraordinaria pregunta, ¿no? —Elicia se levantó y se inclinó para abrazar a Sophie —. Gracias. Por favor, dile a Phillip que me he ido a dar una vuelta.

Cuando Elicia se marchó, la casa quedó en una extraña quietud. Como si Sophie fuera el último ser vivo sobre la tierra. Las agujas del abeto habían empezado a caerse, y mientras Sophie ordenaba los regalos, el árbol emitió un suspiro fragante, como si quisiera preservar un resto de su esencia para brindarlo en momentos especiales. Cada año, los estados de ánimo de Sophie se fundían empáticamente con el árbol. Al principio, cuando los instalaban, liberaban su fragancia constante y jubilosamente, pero al final solo muy de vez en cuando, y siempre con un suspiro. El simbolismo del árbol de hoja perenne, de la vida eterna, contradicho por su triste muerte. Cada año, después de desmontar el árbol, lo colocaba junto a otro en el jardín durante un par de días, para que, según creía ella, transmitiera a este el resto de su esencia. Nunca le había hablado a nadie de este extraño ritual.

Absorta en la tarea de reordenar las pilas de regalos, no oyó entrar a su madre. El leve crujido de la revista que cogió la arrancó bruscamente de dondequiera que la hubieran llevado sus pensamientos.

—Mamá, ¿llevas mucho tiempo aquí?

—Te estaba mirando —dijo esta, con una rara dulzura en la voz.

Sophie se dio cuenta de que se resistía a aceptar el consuelo que le ofrecía su madre. Había vivido demasiado tiempo sin él como para volverse vulnerable ahora. Pero la verdad era que sentía terriblemente su carencia. Para distraerse, siguió haciendo y rehaciendo las pilas de regalos.

—¿Por qué no vienes a sentarte aquí conmigo?

Llevaba los plateados cabellos cortados con estilo. La piel, rosada y finísima, cubría los altos pómulos con la suavidad de la seda. Tenía los iris de un color azul acerado y llevaba una blusa a juego con ellos. Sophie no recordaba haberla visto vestida de otro tono. A veces, a su madre le chispeaban los ojos, y era entonces cuando Sophie recobraba la esperanza de disfrutar

de esa relación estrecha que siempre había echado en falta, pero la rigidez de la mandíbula de su madre, endurecida sin remedio por una vida siempre recta, ofrecía pocas esperanzas de que su deseo se hiciera realidad.

Sophie la observó con cautela, desde una distancia prudencial. ¿Debía mostrarse educada e ir a sentarse a su lado? ¿Notaba su reticencia su madre? ¿Por qué habían estado siempre tan alejadas? No podía acurrucarse contra la mujer en cuyo vientre había crecido.

—Déjame que acabe de ordenar esto —respondió, concediéndose algo de tiempo.

El fuego crepitaba con ruido, subrayando el contraste entre la súbita serenidad de su madre y la agitación de Sophie.

—¡Mamá! ¿De qué habéis hablado tú y Elicia? —Phillip irrumpió en la sala—. Está feliz.

—Hemos hablado de intentar encontrar a su madre biológica.

—¿A su qué?

Su madre estaba desconcertada.

Empezaba a anochecer. La oscuridad que reinaba fuera intensificaba la luz de dentro, que así disipaba la grisura del ambiente. Desde el pasillo llegó un humo de pipa de mezcla cherry, precediendo a su padre.

—¿De qué habláis?

Su padre cobraba vida por primera vez desde que había llegado.

—¿Qué tal la siesta, cariño? —le preguntó su madre, sin dejar de hojear la revista para escrutar la mirada de su marido.

—Ya sabéis que Elicia es adoptada. Os lo había dicho, ¿no?

Sus padres hicieron como que se acordaban, y él se sentó pesadamente en la mecedora de madera de pino, interesado.

—Se la dieron a sus padres el día después de Navidad. Elicia no sabe mucho de su madre biológica, solo que era joven y soltera —explicó Phillip.

En ese momento entró Elicia con Tom, ella con las mejillas enrojecidas por el frío del paseo.

Resonó la voz de su padre:

—Bueno, cariño, te acordarás de que a nosotros estuvo a punto de pasarnos lo mismo.

David y Alexi llegaron juntos de la cocina, atraídos por la conversación, que se había animado súbitamente.

—¿Mamá? —saltó Sophie. La palabra le salió a duras penas.

Su madre fulminó a su padre con la mirada. Pero cuando sus ojos se encontraron, la súbita chispa de regocijo y juventud que corrió entre ellos se hizo palpable. Su madre hizo un débil intento de recuperar la respetabilidad, la actitud distante y remota, de ponerse a salvo y volver a ser una madre. Pero ya era tarde.

—¡Abuela! —Phillip se reía. Era el único que siempre conseguía relajarla un poco—. ¡Quién lo habría dicho!

—Sí, yo habría preferido que nadie lo dijera —contestó aquella, incapaz de apagar la chispa que había prendido en sus ojos, porque un secreto guardado durante demasiado tiempo perdía todo su efecto.

—No, no. Así es mejor. Me gustas más cuando eres real, no un ejemplo inmaculado.

El regocijo de Phillip ayudó a aliviar la incomodidad de sus abuelos.

—Supongo que nada cambia. Podemos decir que éramos el colmo de la virtud y de la castidad, pero la verdad es que tuvimos que adelantar la fecha de la boda.

—Estábamos muertos de miedo —dijo el padre—. ¿Te acuerdas, cariño? Tuvimos que dejar los estudios. Intentaron convencernos para que diésemos en adopción al bebé, que eras tú, Sophie. Nosotros pensábamos que lo que querían era que expiáramos nuestro pecado mortal, pero nosotros estábamos muy enamorados y creíamos que eso era suficiente para resolverlo todo.

La expresión de su madre se había suavizado, la línea de su mandíbula se había relajado. Ya no era necesario velar su oscuro secreto. Una luz completamente diferente se proyectaba ahora sobre la vida de su madre, y sobre la suya propia. Ahora se comprendía en gran parte su implacable afán de alcanzar la perfección para sí misma y para sus hijos. Por fin empezaba a abrirse una grieta en la delgada línea que siempre había estado ahí, amenazando. Su madre permitió que sus ojos se posaran sobre cada uno de ellos.

Ahora la grieta era un abismo. Sophie pensó que si todos ellos se dejaban caer hacia la sima ignota, inexplorada, podrían llegar a ser una familia de verdad.

—Yo antes de venir aquí visité la tumba de mi hija. Era la primera vez que iba.

Las palabras de Sophie quedaron suspendidas en el aire, animadas por el espíritu recién descubierto de la familia.

—Ojalá estuviera aquí, con nosotros —dijo su madre. Era todo cuanto había tenido que decir al respecto en su vida.

Su padre asintió con la cabeza, indicando que él sentía lo mismo. David se acercó al reproductor de cedés y puso música navideña. Esta obró su efecto en todos.

—¿Vosotros pensáis en ella alguna vez? —les preguntó Sophie a sus dos hijos.

David contestó mientras volvía de junto a la minicadena.

—Sí. Es curioso. Yo sí he pensado en ella. Muchísimo.

—¿Sabías que le pusisteis su nombre a Gabriella?

—¿Cómo?

—Tu padre y yo hablamos de eso hace poco. A mí se me había olvidado que la habíamos llamado Gabriella, por el arcángel Gabriel. Fue el nombre que elegimos cuando murió. Tu padre jura que nunca llegó a decíroslo.

—No, no nos lo dijiste, ¿verdad, papá? —preguntó David, volviéndose hacia Tom, que estaba inclinado hacia delante, escuchando muy atento.

—No, lo juro.

—No tenemos ni idea de en cuántos sentidos nos conocemos, ¿verdad? —comentó Alexi.

En ese momento apareció Gabriella, que había venido saltando por el pasillo, aferrada a su muñeca nueva, completamente despierta después de la siesta. Trepó al regazo de Alexi.

—Bueno, me parece que este es un buen momento para contároslo —dijo Alexi, mirando a David.

—Sí, tenemos un regalo de Navidad para vosotros. Por cómo estaba yendo la conversación pensábamos que no iba a ser buen momento, pero ahora creo que no podría ser más perfecto. —David tomó la manita de Gabriella—. ¡Vas a tener un hermanito! ¡Va a llegar un nuevo miembro a la familia!

La noticia ocupó su lugar inexplorado.

—Yo creo que los bebés son sanadores camuflados —comentó Sophie—. Parece que intenten arreglar la familia antes de nacer.

Su padre dejó de chupar la pipa.

—Si es niña, a lo mejor sale una «rosa salvaje irlandesa», igual que su bisabuela —dijo, para provocar a su mujer.

Su madre rio echando la cabeza hacia atrás, un gesto que Sophie nunca le había visto hacer. ¡El lado salvaje de su madre! Qué felicidad verlo.

La energía de la tierra dificultaba la concentración mientras seguía la carretera que llevaba a Acoma, Sky City, la Ciudad del Cielo de los hopis. A su lado, Gabriella lo miraba todo mientras apretaba contra ella a la muñeca, la princesa Tigrilla. No era fácil mantener el todoterreno estable en esa carretera, que empezaba a peraltarse imperceptiblemente. Sophie quería perderse en la sensación, entregarse a ella. La tierra de los hopis parecía más antigua si cabe que la de los anasazis. O quizá solo fuera que aquí habían ocurrido más cosas. El Chaco parecía haber sido respetado.

Cerca de la cima de la pendiente, la carretera trazaba una amplia curva hacia la izquierda, ensanchándose en ese tramo para que los viajeros pudieran pararse a contemplar el paisaje. Un viejo Cadillac azul claro, con guardabarros cromados cubiertos de óxido, los colores del cielo y de la tierra, salía en ese momento de la explanada. Su tubo de escape se arrastraba por el polvo dorado, trazando su propia estela. Sophie paró el coche en un espacio que corría a lo largo del borde del mirador y echó un vistazo por el parabrisas, buscando señales de vida en aquel paisaje lunar. En un primer momento, la única vida visible fue el pequeño ciclón de polvo que borró al Cadillac de la faz de aquella tierra.

Contemplando el paisaje surrealista, empezó a pensar que se había saltado una salida, pero entonces se fijó en una de las mesetas y sintió el impulso de hacerle una foto a través de la ventanilla, aunque estaba bastante lejos.

—¡Mira! ¡Allí, enfrente! —exclamó Gabriella, señalando con el dedo, entusiasmada con su hallazgo.

Le costó apartar la atención de la meseta.

—Es verdad, cariño, ahí está.

A lo lejos, frente a ellas, coches agrupados y un edificio situados bajo otra meseta tenían que ser la Ciudad del Cielo.

—Vamos. No tenemos mucho tiempo.

Tenía el vuelo de vuelta a última hora de la tarde, así que esta era su única oportunidad de cumplir la promesa que le había hecho a Gabriella.

Cuando salieron del coche, hacía mucho frío y soplaba un viento implacable. Junto al centro turístico, un destartado autobús blanco se iba llenando rápidamente.

—¡Rápido!

Gabriella se agarró de su mano y las dos echaron a correr, riendo eufóricas, y acabaron entrando en el centro dando tumbos como plantas rodadoras al viento. Dos minutos más y habrían perdido el autobús y la visita guiada.

Los muelles de los viejos asientos no estaban preparados para absorber los impactos del abrupto camino de tierra que llevaba a la cima de la meseta. El viejo autobús se metía en todos los baches y salía marcha atrás de ellos como una barquichuela en el mar picado. Los hopis eran los únicos encargados de la Ciudad del Cielo. Aquí no había guardabosques. El guía era un joven

nativo de veintitantos años que empezó a hacer chistes nada más subir al autobús, invocando con intención todos los tópicos imaginables sobre los indios. Sophie, que no podía acompañar a los demás en sus risas, se dio cuenta de que había deseado que el guía hubiera sido un chamán.

En la cima de la meseta soplaba un viento que helaba los huesos. De hecho, nunca había habido protección alguna contra el sol, el viento, la nieve o la lluvia. Expuestos a la naturaleza, los hopis de Acoma solo se protegían del enemigo, al que veían acercarse a millas de distancia.

—Llegamos hasta aquí guiados. Desde el principio se profetizó que existía un lugar para nuestro pueblo. Un pájaro...

El viento se llevó el resto de sus palabras.

—¿Ha dicho que llegaron aquí por un pájaro?

Gabriella tiró del brazo de Sophie para atraer su divagante atención.

—No lo oigo bien.

Tuvo que inclinarse hacia Gabriella y casi gritarle la respuesta sobre el aullido del viento.

—Esa bonita montaña que hay allí a lo lejos es sagrada, el monte Taylor. Las vigas de la iglesia las cortaron de los árboles que hay allí y no dejaron que tocasen el suelo hasta llegar aquí, a pesar de lo largo que es el viaje de vuelta. Los hopis lo hicieron así para ganarse la confianza de los padres de la iglesia.

El guía los había reunido a todos en el refugio de un *pueblo*.¹ En torno a la casa soplaba el viento, pero ahora podían oír. Aun así, Sophie se distraía pensando en la distante meseta.

—Allá hay un sitio al que llamamos Mesa Encantada.

Sophie cogió en brazos a Gabriella y se acercó más para oír cada una de sus palabras.

—Mesa Encantada es el hogar de nuestros antepasados. Según la leyenda de los hopis de Acoma, un día, cuando la gente se encontraba trabajando la tierra, las aguas de una terrible tormenta destruyeron el acceso por el que solían subir de regreso a la meseta. Una niña y su abuela quedaron atrapadas en la cima. La supervivencia de los hopis dependía por completo del Creador y de sus congéneres. Así que, antes de morir de hambre, las dos se tiraron por el acantilado.

Según se alejaban del refugio, Sophie se alegró de haber buscado intuitivamente la meseta.

Cuando el guía empezó a contar la historia de cómo los invadieron los españoles, de nuevo sus palabras se fueron con el viento. Fue un alivio no poder escuchar los pavorosos detalles de las terribles batallas. Bastaban unos fragmentos de aquellas brutales historias para pintar una imagen lo bastante viva. Se dio cuenta de que se lo estaba tomando como algo personal. La guerra llegó a su fin cuando un fraile atrapó a un bebé que se iba a caer por el acantilado y el pueblo dijo que había sido un milagro. Agradecidos, permitieron que los españoles construyeran una iglesia en su Mesa.

Los hopis se impusieron el reto de comprender la supervivencia en su sentido más profundo. Reponían el agua izándola por las empinadas laderas con poleas. Los materiales de construcción, las vigas de la catedral... ¿cómo consiguieron subirlos hasta ahí arriba sin grúas, sin darse por vencidos durante casi un milenio? Nadie que ella conociera habría elegido sufrir, ni siquiera habría podido comprender una decisión semejante. Decía la leyenda hopi que su líder había escogido la mazorca de maíz más pequeña de entre todas las clases que el Gran Espíritu de la

Vida y de la Muerte les había ofrecido a las tribus. Elegían con cuidado, y se decantaron por una vida llena de dificultades, sabiendo que así sobrevivirían eternamente. Quizá el pueblo judío había tomado las mismas decisiones, pero olvidó y pensó que él había sido el elegido.

Algunas casas estaban abiertas a los turistas para que compraran la famosa cerámica. El viento levantó una polvareda rosa y la lanzó en torno a la mesa que una joven hopi había dispuesto en el camino, delante de su casa. Sophie se vio escrutando los ojos de la mujer. Gabriella ocultó la cara en el abrigo para que el polvo no le penetrara en los ojos y la boca. Cerca de allí, una escalera de mano se elevaba hacia el cielo desde el interior de una kiva. Tenía los peldaños tallados en forma de nube.

—¿Qué es eso? —le preguntó al artista, señalando una vasija de la que se podía beber por dos bocas bien marcadas.

Además de original, era exquisita.

—Es una copa nupcial tradicional, de la que los novios beben juntos. Representa a dos personas que comparten un solo amor al tiempo que viven sus vidas independientes.

Sophie ahuyentó el recuerdo de un novio. Estaba fascinada. Quería esa copa.

—¿Cuánto cuesta?

—Ciento veinticinco dólares.

Si no hubiera estado recién divorciada, si hubiera habido alguien en su vida, no lo habría dudado.

—Es preciosa —dijo, dejando la copa en su sitio.

Era una decisión dolorosa, no por la copa en sí, sino porque de pronto temía no haber atendido un deseo de su alma, y así haber dejado sellada su suerte. Mientras se alejaba, se preguntó durante cuánto tiempo la vasija la llamaría antes de que algún día volviera a cruzarse en su camino, pudiera llevársela a su casa y fuese capaz de permitirse tener algo cuyo sentido era demasiado intangible para reconocerlo, un recuerdo demasiado fantástico para ser cierto. Lo que compró fue un pequeño amuleto en forma de oso, para Gabriella, de recuerdo.

El grupo siguió al guía hasta el cementerio y la iglesia. La energía del lugar seguía penetrando en sus células, y además sin ser invitada. Una parte de sí misma estaba siendo liberada, una sabiduría que volvía, como si la prepararan doncellas, como si llevaran mucho tiempo esperando a llevar a cabo ese trabajo. El cementerio tenía siete niveles de tumbas. Muchas de ellas eran de hopis que habían ayudado a construir la iglesia, cuyo techo estaba a tres pisos de altura y no se apoyaba en columnas. No estaba permitido hacer fotos del cementerio. A ella le habría gustado capturar lo que fuera que estaba intentando recordar.

Cuando acabó la visita guiada, les dieron a elegir entre tomar la estrecha y empinada escalera que se usaba desde los orígenes o bajar la pendiente en autobús. Ella se sintió obligada a descender por la escalera. Solo cinco visitantes más fueron tan atrevidos como ella. A Gabriella, que ya se había hecho amiga de muchos de los que participaban en la visita, no le importó coger el autobús bajo la protección de estos.

Para entonces, con aquel viento tan frío, Sophie estaba helada hasta la médula y tenía las manos como carámbanos. Cuando miró hacia abajo y contempló los milenarios peldaños, el miedo la asaltó como esquirlas blancas que le atravesaron el cuerpo. El viento había llevado hasta ella lo suficiente de las historias del guía sobre bebés, guerreros y sacerdotes que habían muerto al caer por barrancos. Pero se había comprometido, y estaba decidida. En la cima, los peldaños eran

anchos. En la roca se abrían asideros varias veces centenarios, y cuando posó una mano en uno para mantener el equilibrio, se sintió profundamente unida a los millares de personas que habían descendido y ascendido antes que ella, aferradas a las imponentes rocas: hopis, sacerdotes españoles y turistas.

Y por fin se atrevió a alzar la cabeza y contemplar la vista. Su primer impulso fue flexionar las piernas y echar a volar como un águila, hacia la inmensidad que se abría ante ella, y por un segundo sintió que su cuerpo iba a querer hacerlo. Tal vez fuera así como se sentía su espíritu en el momento de la encarnación: quería seguir volando, pero se veía atrapado y aterrorizado.

—¿Qué tal vas, Sophie? —le gritó un hombre sueco, haciéndose oír por encima del viento.

Los demás ya habían recorrido dos terceras partes de la escalera. Ella había llegado al punto más estrecho y escarpado, y estaba congelada, y todavía bastante arriba.

—No puedo seguir, y tampoco volver. ¡Se acabó, aquí me quedo para siempre! —Se sentó en un escalón de fría piedra, desafiante—. Y no me importa —bromeó solo a medias, comprendiendo que en su vida había estado en un sitio semejante.

Los cinco retrocedieron sobre sus pasos y la buscaron entre las grietas de la roca. ¿Cómo habían podido superar el miedo, si ella no lo había conseguido? Sin embargo, estaba segura de poder pasar el resto de sus días en aquella atalaya, mientras dudaba entre volar o morir. El sueco volvió despacio hasta ella y le tendió una mano, guiándola con paciencia y palabras tranquilizadoras. Y entonces, una voz que venía de su interior, o quizá del interior de las rocas, le susurró: «Permítete ser vulnerable por una vez».

Cuando llegaron abajo, empezó a parlotear aliviada, tanto para tranquilizarse como por deferencia hacia su salvador.

—Esto me pasó otra vez, ¡y en el Vaticano, nada menos! Un grupo empezamos a subir la escalera al tejado de San Pedro, y el hueco era cada vez más estrecho. Al final, el techo era tan bajo que teníamos que inclinarnos para pasar. Aquello era como un conducto vaginal. Yo ya estaba a punto de ponerme histérica de claustrofobia cuando alguien gritó: «¡Menos mal que nadie tiene claustrofobia!». Me deshice por completo, hasta que llegamos arriba.

Gabriella estaba abajo, esperándola pacientemente junto a la mujer del sueco.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Sophie, abrazándola muy fuerte.

—Un poco —respondió la niña.

—Pues vamos a comer algo calentito.

El pequeño restaurante del Centro estaba tenuemente iluminado. Pidió sopa para las dos, un sándwich para compartir y, solo por curiosidad, pan frito.

—Antes de irnos podríamos volver al mirador y hacer un pícnic —propuso.

El pan frito, que estaba muy caliente, humeó cuando le partió un trozo a Gabriella. Corrieron hacia el coche, bajo el viento. El viejo y desvencijado autobús blanco partía ya con otro cargamento de turistas, suspiraba su tubo de escape mientras emprendía el ascenso de la meseta, cansado y resignado como una yegua vieja en un establo público.

Sophie aceleró para que la sopa no se enfriara antes de llegar a su atalaya. Mientras comían en silencio, sus ojos buscaron ya por instinto el horizonte lejano. Y sintió el cambio que la tierra evocaba detrás de sus ojos. Los ojos de los nativos americanos de las fotografías antiguas irradiaban esa majestad, ese sentido de lo eterno, esa visión tan diáfana de la vida. Gabriella aplastó en su pequeño puño el envoltorio del sándwich y el ruido resonó como un trueno distante.

—Me estoy imaginando cómo debía de ser vivir aquí —dijo Sophie.

—Yo también.

Cuando acabó de comer, Gabriella volvió a sentar a la muñeca en su regazo.

—¿En esta bolsa hay algo, abuela? Me acabo de fijar.

—Mira a ver...

Gabriella sacó la piedra rosa del saquito de piel de ciervo.

—¡Hala!

—Póntela en la mano. A ver si te cuenta una historia —le sugirió Sophie, inopinadamente—.

No hay un microchip que lleve dentro un cuento, tienes que inventártelo tú. Eso es lo que hacen los nativos americanos.

—Ya lo sé.

Gabriella frunció el ceño mientras pensaba. Sus ojos inocentes miraron al cielo, como si estuviera leyendo una historia contenida en un libro posado en una nube.

—Ya sé de dónde viene esta piedra rosa. Me la diste tú hace mucho tiempo. Estábamos sentadas en una cueva. Se estaba muy bien. Tú me comentaste que yo nací allí. Dijiste que el día en que nací, la Abuela Araña me echó una bendición especial. Estamos muy muy contentas y muy muy tristes. Estamos alegres porque para nosotras la cueva es mágica. Pero también estamos tristes porque nos vamos de nuestra casa al día siguiente. No volveremos nunca. Me diste esta piedra para que, donde fuéramos, siempre recordara a la Madre de Todos.

—Recuerdas bien. La Abuela Araña tejió una tela que cubría la entrada de la cueva, como símbolo de protección.

Sophie estaba conmocionada, pero respondió con toda la calma que fue capaz, mientras buscaba consuelo en el reloj del salpicadero, seguridad en el olor de los restos de la sopa de frijoles en el áspero borde del velcro adherido al forro de su chaqueta. Enfrentada a su deseo de encontrar la magia que se ocultaba en el hecho de que las cosas se hicieran realidad, no estaba segura de saber cómo manejar aquello. ¿Quién era la Madre de Todos? ¿Por qué en ese momento no lo sabía, cuando últimamente no había hecho otra cosa que pensar en esa posibilidad? ¿Había una Madre de Todos?

Se volvió y buscó la mirada de su querida nieta. Gabriella conocía la respuesta. Estaba oculta, pero existía. Pero la niña no había cumplido cinco años siquiera. Los rubios rizados de Gabriella, domados con trenzas a juego con las de su muñeca, estaban recogidos con lazos de color púrpura, el color de su pequeño anorak. ¿Podía Gabriella ver una respuesta en los ojos de su abuela, una sabiduría que ni ella misma sabía que poseía? La miró con una tristeza marchita. ¿Le había fallado Sophie de algún modo? Cybil había dicho que debíamos explorar nuestra memoria colectiva.

Gabriella se apretó contra ella y cerró los ojos, con la muñeca en brazos, las gruesas pestañas de esta posadas sobre sus mejillas color café.

Sophie buscó de nuevo Mesa Encantada y ahora, mientras Gabriella dormía, se sintió abrumada por la energía del lugar. El helado e incesante viento había vencido su resistencia. La Abuela Araña bajó del cielo colgada de su hilo de plata y quedó flotando sobre la meseta, girando en una espiral protectora y lanzándose hacia ella de vez en cuando. La consumía la nostalgia. Llegaba en oleadas, hasta que reventó la puerta de su corazón y salió disparada.

Cuánto tiempo habían permanecido abrazados, envueltos en capas y más capas de gruesas pieles, la hijita de ambos guarecida entre ellos, la hija que crecía dentro moviéndose como la tierra en la quietud de ambos. El viento helado llevaba días aullando en torno a ellos, la fuerte nevada los había sepultado, suspendiéndolos en un silencio fantasmagórico. Su mutuo amor fluía entre sus dos corazones, atravesándolos y envolviéndolos, y era interminable. Ella descansaba en los brazos de él como si fueran los del Creador, como si ambos fuesen un solo ser. Habían tenido que yacer juntos de esa manera durante días, su única esperanza de supervivencia, pero no se habían cansado de permanecer abrazados. Mientras soñaban, envueltos en su amor, ella recordó el olor de los cálidos rayos del sol penetrando en los fuertes hombros de él, sintió cómo el calor de ese sol la transportaba a las estrellas. Conocía cada centímetro de su piel, se maravillaba de cómo cada día revelaba algo más del espíritu de él, incluso ese día en el que apenas se habían movido, no habían dicho una palabra, sobre todo ese día.

Ya había sentido una vez esa intimidad tan profunda, esa confianza absoluta, en una ocasión la había esperado; a la Diosa se le había permitido hacer su trabajo. Había sido esa mujer con ese hombre, había sentido esa unidad completa con él, consigo misma, con el universo; en una ocasión había aceptado ese sentimiento como la cosa más natural del mundo. Ese nivel de supervivencia había consumido la unidad que había entre ellos, ese comprender esa unidad dentro del otro lo había enseñado a confiar el uno en el otro y en el universo, y el recuerdo había permanecido enterrado como un tesoro escondido, a la espera del despertar. ¿Necesitaba encontrar a ese hombre para sentirse completa, o ya estaba completa ahora con su recuerdo? ¿La había recordado él a ella alguna vez? ¿Y si se encontraban y no se recordaban mutuamente, ni recordaban esto?

Con Tom, pese a lo que lo había querido, nunca había sentido una intimidad tan profunda. Siempre se había preocupado porque podía estar gorda, o poco atractiva, por no estar a la altura. No había entendido nada. Si se hubieran visto obligados a permanecer tendidos juntos, sin moverse, durante días, habrían fracasado. Habrían renegado y regañado, se habrían quejado y culpado el uno al otro, en lugar de ver una oportunidad. Y ella misma no se habría callado, no habría confiado, no se habría sentido en paz. Si hubieran sabido intentarlo... Qué crueldad mostrarle esto ahora.

La luz del sol irrumpió a través de las ventanillas del avión, estridente, exagerándolo todo, haciéndolo mucho más surrealista. Cuando cerró los ojos vio las mesetas distantes y, cuando los abrió, allí seguían. Pasajeros que buscaban sus asientos la sobresaltaron. Notaba un hormigueo en la piel, se sentía molesta en este encierro, después de la vastedad de la tierra. En el terreno de los hopis había entendido lo que era la intimidad; quería estar sola.

Un hombre bastante atractivo se sentó en el asiento del pasillo. El del centro, el que los separaba, quedó vacío. El hombre la saludó con una sonrisa cortés y apartó la mirada. El olor de su chaqueta de cuero le resultaba erótico. La sorprendía el deseo que su visión le había despertado, y se sintió cohibida por su condición de soltera. Cuando estaba casada era mucho más fácil hablar con los hombres. De pronto se sintió como una depredadora, y muy tímida al mismo tiempo. Él se volvió para mirarla, distraído.

—Estoy metida en un túnel del tiempo increíble —aventuró ella al fin—. Hace solo dos horas estaba en la Mesa hopi. Es como si le hubiera pasado algo al tiempo, una cosa completamente irreal. No consigo reconciliar las dos realidades. Este sitio me tiene presa, me ha hecho algo.

—No lo dudo ni por un momento.

Él la escuchó con más atención, la miró a los ojos más profundamente, y ella se lo permitió. No se había sentado a su lado por casualidad.

—No sé cómo explicar cómo he reaccionado a esta parte del país.

—Era de esperar con tan poco tiempo —dijo él—. Yo tengo un amigo íntimo que lleva dieciocho años escribiendo acerca de los nativos americanos, recopilando sus historias. A veces vamos juntos de acampada. Y él cree que no ha hecho sino empezar a comprenderlos.

—Yo creo que ahora los entiendo bastante.

Él la miró incrédulo.

—Siento que he venido hasta aquí guiada.

Le contó la historia de la piedra rosa, incluida la versión de Gabriella, y él la escuchó con más respeto.

—Soy muy consciente de lo poco que sé en comparación con las enseñanzas de los nativos americanos —aceptó ella—. Pero mi piedra significa algo. Me la dieron en el Tiempo de los Sueños, y ahora veo cuánto he cambiado respecto a lo que comprendo desde que la tengo. No es falta de respeto.

Él volvió la cabeza, abrió los cerrojos de su maletín y sacó una cinta de casete de debajo de los papeles.

—Yo he publicado esta grabación con la colección de historias nativas americanas de mi amigo. Solo me quedan un par de copias, pero anoche, mientras hacía el equipaje, metí una en el maletín porque pensé que tenía que dársela a mi socio, para su hija. Pero ahora sé que la traje para ti.

—¿Estás seguro?

—¡Completamente!

—Qué maravilla —dijo ella, a modo de agradecimiento.

Bajó el tren de aterrizaje. El avión tocó tierra en Phoenix, donde hacía escala, y el hombre desapareció. ¿Acaso se conocían de antes, de otro cruce de caminos?

Cuanto más se conocía a sí misma, más extraña se sentía.

Satisfecha de haber vuelto a casa, a su cuarto, Sophie siguió con la punta de los dedos los contornos de las grullas y de los nenúfares bordados en seda en el quimono, mientras se preguntaba qué habría sido de la mujer de los pies vendados tras la visita de la libélula. Su apuesto esposo soldado, cuando cruzó el puente cubierto de flores de cerezo hacia ella, ¿vio algo distinto en sus ojos? ¿Olfateó el cambio como un animal y empezó a rechazarla en ese momento? ¿O la amó más, sin saber por qué? ¿Buscó ella a un maestro taoísta que la enseñara a aceptar su despertar, a pesar de sus pies vendados y de todo lo que representaban?

La tabla portabebés proyectaba extrañas sombras bajo la parpadeante luz de la vela, y ella imaginó el dulce rostro, el cuerpecito color café de la criatura a la que protegía. La mujer anasazi de su visión había sido la curandera de su tribu. Las plantas le hablaban, y ella aprendía. Era el regalo que hacía a su pueblo, su ofrenda a la Vida. La gente confiaba en su sabiduría sencilla. Ella era como esa parte de un río que corre tan profunda que parece que no se mueve. Pensaba en ella como el Águila de la Mañana. Ahora las mujeres formaban parte de ella. ¿Existían esas mujeres en algún otro plano de la existencia? ¿Habían vivido antes? ¿Acaso ella había sido ellas, o eran producto de su imaginación?

Aquí faltaba algo. Gabriella tenía la piedra rosa. ¿Acaso la había recibido dos veces? ¿Habría una tercera? La piedra que había intentado enterrar en su sueño, pero que había acabado siendo barrida hacia la arena, ahora descansaba en la tumba de su hija. Pero comprendía que aquel no era su lugar. Allí no estaba su hija. La piedra debía estar aquí, en su cuarto, no sola junto a una tumba vacía. Si aún hubiera sido de día, habría ido a buscarla, aunque sabía perfectamente que eran sus proyecciones las que animaban la piedra. Iría al día siguiente, antes de su cita con Cybil.

Bajo la lechada del sol matutino, el cementerio parecía muy diferente. Bajó la cuesta corriendo, llegó casi sin aliento a la tumba de su hija y se inclinó para recoger la piedra. La inscripción de la lápida de mármol parecía alisada por siglos de intemperie. «Gabriella, un ángel nos bendijo durante un día.»

Llegó el llanto cuando empezó a esparcir las hojas secas y a arrancar la maleza de entre la escasa hierba que cubría el pequeño montículo. Cada brizna era un recuerdo doloroso. Lloró la pérdida de una conexión auténtica con Tom. Tantos años juntos, sin nada real entre ellos. También lloró la pérdida de una conexión auténtica consigo misma. Tantos años vividos a medias...

Una vez arreglada la tumba, arrancó unas ramas del sauce para hacer una guirnalda para su cuarto, con plantas fragantes y rosas secas y hierba dulce, en honor al espíritu de su hija. A continuación, en lugar de la piedra puso nueve rosas de distintos colores, por los nueve meses que habían pasado juntas.

Sintiendo que el ritual estaba completo, sostuvo la piedra cálida en la palma de la mano. Ya no tendría que volver allí. Su hija no estaba en ese lugar.

Por el tacto del sol, supo que llegaba tarde. Si hubiera llevado reloj, se habría sentido obligada a marcharse en el momento en que marcaba su horario y no habría tenido tiempo de completarse con la tumba de su hija. Nunca se le habría ocurrido llevar a cabo aquel pequeño ritual. No habría parado de mirar la hora, pensando en todo lo que tenía que hacer. Ahora iba a tener que correr a casa para comer antes de acudir a su cita con Cybil. A lo lejos, un nubarrón negro se dirigía implacablemente hacia ella.

La luz roja del contestador parpadeó despacio, indicando que tenía un mensaje.

—Sophie, soy tu madre. Llámame, por favor. Es para saber si has llegado bien.

Tenía tiempo de devolver la llamada. ¿Podía atreverse a confiar en la aparición de una nueva madre después de la reveladora conversación que habían tenido en Navidad?

—Hola, mamá.

—Ah, Sophie. Has llegado bien.

Hablaron del tiempo, de lo bien que había estado esto, de lo fantástico que era aquello, todo agradable y superficial. No molestes, no conectes ni siquiera con tu hija. Nada había cambiado, y al mismo tiempo había cambiado todo. Se dio cuenta de que aceptaba a su madre tal como era, que no quería que fuera nada más. Ahora había un afecto real entre ellas.

—¿Crees que Elicia decidirá buscar a su madre biológica?

Esperaba que abordar ese tema le permitiera obtener información sobre ella y su padre.

—¿Y por qué iba a hacerlo? Es evidente que tiene unos buenos padres. ¿Para qué abrir la caja de los truenos?

Sophie comprendió que acababa de abrir su propia caja de los truenos y tuvo que seguir hablando.

—¿Por qué das por sentado que es una caja de los truenos? ¿Por qué no podemos suponer lo mejor? Yo estoy segura de que su madre no la ha olvidado. Yo no he olvidado a mi hija.

—Pero tú no la entregaste en adopción.

—Mamá, ¿cómo puedes ser tan dura? Tú eres madre. ¿No eres capaz de usar la imaginación?

—Pero yo tampoco te entregué a ti, aunque nos lo aconsejaron las monjas.

—Tenías la suerte de que papá estaba contigo. ¿Te habrías quedado conmigo si no hubiera estado él?

Al otro lado de la línea, silencio. Sophie se sintió tentada de sostener la pausa, a ver si surgía una nueva respuesta. Sin embargo, se apresuró a decir:

—Supongo que fue imposible por las circunstancias. ¿Cómo pueden las circunstancias cortar por completo todo vínculo? Yo aún siento una conexión con mi hija, y está muerta. Elicia está viva y coleando, o sea que es de suponer que el vínculo sea mucho más fuerte.

—¿De dónde sacas esas ideas, Sophie? Es como si te cayeran del cielo. ¿Cómo puedes querer a una persona a la que no has visto en tu vida?

—Pues entonces ¿cómo podemos querer a Dios? —Se alegró de que le hubiera caído del cielo aquella respuesta—. Tengo que dejarte, mamá. Llego tarde.

Cuando abrió la puerta principal, tejado abajo caía un torrente de agua que creaba un velo vertical. La nube negra estaba descargando más lluvia de la que anunciaba. Corrió a la cocina a buscar la escalera de mano y una escoba. Antes era Tom el que se encargaba de esas cosas.

Primero intentó sacar las hojas del canalón con la escoba en una mano y un paraguas en la otra. Pero al final tuvo que soltar el paraguas. Era evidente que parte del agua podía filtrarse bajo las tejas y llegar a un lugar apartado de la casa. Aquel oscuro goteo podía causar un estropicio. Bastaba con una pequeña abertura, una ruta propicia, para que se diluyera.

El montoncito de residuos se fue ablandando hasta que pudo sacarlo con la escoba. El agua empezó a gotear caño abajo. Después cayó un poco más, y arrastró algunos residuos. Y de pronto la tubería se desbloqueó por completo y el agua manó a borbotones. Según llegaba al suelo, atravesaba un pequeño montículo ajardinado, creando una pequeña cascada que desembocaba en un lago que se iba formando. Esta mágica escena nunca se habría producido si ella no hubiera desatascado el desagüe. El agua no canalizada habría creado una gotera tremenda que a su vez habría provocado un sinfín de problemas. Sophie estaba aprendiendo.

La puerta de Cybil ya estaba abierta, y no había rastro de la paciente de cabello negro azabache. Sophie la echó de menos.

—¡Estás empapada!

Cybil hizo una mueca y retrocedió, evitando el abrazo de bienvenida.

—Siéntate en mi sillón, que está más cerca del radiador —dijo, ahuecando los cojines.

—No hace falta. Creo que no estoy preparada para que nos intercambiamos el sitio.

—A lo mejor pronto lo estarás.

Mientras informaba a Cybil de su viaje y de la sorprendente revelación que habían hecho sus padres, una gata mojada, con el pelo tricolor, saltó al alféizar de la ventana, se acomodó en un rincón y adoptó una pose tan digna como la de la Esfinge.

Cybil observó que Sophie se había distraído y se volvió hacia el objeto de su interés.

—Ah, esa es *Mayzie*. Entró hace poco en mi vida.

Sophie renunció a concentrarse y admiró la elegancia y serena indiferencia de *Mayzie*.

—Me parte el alma verla ahí fuera, bajo la lluvia y al frío. Pero es que no le gusta estar encerrada.

—Los gatos siempre se las arreglan para no pasar frío —la consoló Sophie.

—Sí, ya lo sé. Pero aun así me afecta. Mira qué regia es.

Mayzie, como si hubiera oído el cumplido, abandonó su pose y se dejó caer, convirtiéndose en una cómica bola de pelo.

—¡Se le ha ido!

—Me identifico con ella —comentó Sophie.

Cuando se miraron de nuevo, Cybil volvía a ser la terapeuta.

—¿En qué sentido?

—Es que he tenido unas experiencias muy potentes, y no sé en qué contexto ponerlas. Desde la última vez que te vi han pasado tantas cosas que casi me siento una persona nueva. —Sophie guardó un largo silencio—. No, una persona nueva no, en absoluto. Más bien la que soy yo en

realidad, por decirlo de alguna manera. De todas formas, ¿qué es la realidad? Antes pensaba que lo sabía.

—Creo que en muchos sentidos puede ser lo que tú creas que es. Solo podemos acceder a nuestra Divina Voluntad para crear nuestras vidas con la imaginación.

—Me refiero a mis sueños y recuerdos. A eso no se le puede llamar realidad.

—Ah, ¿no?

—Entonces ¿qué sentido tienen mis sueños y mis recuerdos?

—En general vivimos en la realidad normal. En el día a día funcionamos, en el mejor de los casos, dentro de ella. Los sueños y los recuerdos se dan en una realidad no normal. Son reales, pero fluidos, como el agua. Solo vemos su reflejo en la superficie, a menos que queramos explorar las profundidades.

—Pues a lo mejor Narciso debería haber explorado.

La risa de Cybil fue como la de un monje budista, totalmente impropia de su femenina naturaleza.

—Otra característica que tienen el agua y el inconsciente es que permean o sortean cualquier obstáculo que encuentran en su camino, hasta nuestra resistencia más enconada. Si al agua (o sea, a nuestras emociones) no se le da un cauce, lo abrirá ella misma, a veces con resultados catastróficos. Creo que con el inconsciente sucede lo mismo si no intentamos establecer contacto con él por medio de la meditación, los sueños o la terapia, si no tratamos de ayudarlo a encontrar su auténtico curso.

¿Acaso Cybil y los espíritus de la naturaleza estaban conspirando?

—Yo creía que nuestro destino era ser como barquitas arrastradas por la corriente, y que el único esfuerzo real que teníamos que hacer era permanecer a flote.

—Así es como actuamos en la realidad normal. Pero en la no normal nos convertimos en buzos de gran profundidad. Creo que bajamos a lo más hondo para rescatar las partes de nuestra alma que perdimos cuando nuestra barca volcó en la realidad normal.

—Pues en una canoa no cabrían todas las partes de mi alma que estoy rescatando. ¡Necesito un transatlántico y un contraataca!

—Sí. Pero sigues siendo la capitana. Algún día aprenderás a conocer tu esencia, y entonces tal vez tires por la borda a todo el pasaje, para que vuelvan a disolverse con el mar.

—¿Y luego también abandonará el barco la capitana? Y entonces ¿qué pasará con la canoa?

Se estaba poniendo demasiado esotérica, y como consecuencia se estaba perdiendo.

—Entonces puede que vivamos por primera vez realmente la experiencia de elegir.

—¡O puede que nos evaporemos con el sol y todo vuelva a empezar!

—También es posible. Lo importante es que no desprecies tus experiencias. ¿Me lo prometes?

—Si no las comparto, será más fácil.

Cuando fueron a levantarse, la gata se movió, mientras seguía a Cybil con la mirada. Despedirse de su terapeuta siempre era una experiencia extraña.

Cybil abrió la puerta. La mujer morena deambulaba por la sala de espera. Se volvió hacia ellas con una sonrisa radiante.

—Me voy —dijo Sophie, por discreción.

—No, quédate un momento, por favor. Quiero que las veas. ¿Tienes fotos, Mary? ¡Vamos a echarles un vistazo!

Mary parecía transformada, mucho más joven. Llevaba los hombros erguidos y la cabeza alta. Con aplomo, miró directamente a Sophie.

—Acabo de conocer a mi hijo. Hace veinticinco años me obligaron a entregarlo en adopción. Pero ¡nos hemos vuelto a encontrar! Me siento como si estuviera enseñando fotos de mi bebé.

Y efectivamente, cuando recibió las fotografías, Sophie sintió que le estaban entregando a un bebé muy amado.

Cybil sonreía de oreja a oreja.

—¡Es igual que tú!

—Debería sentirlo como un extraño, pero no. Para nada.

—Cómo me alegro por ti —dijo Sophie. Ahora entendía la fascinación que le producía aquella mujer.

—Cybil, tú fuiste la primera persona que me ayudó a creer que yo era la madre de mi hijo, aunque solo lo hubiera parido, aunque no lo hubiera criado. Nunca te estaré lo bastante agradecida.

—¿Quién si no lo trajo al mundo? —respondió Cybil—. Vamos dentro.

—Muchas gracias por compartir tus fotos conmigo —dijo Sophie, abrazando a Mary espontáneamente.

Sophie miró a las mujeres desaparecer en la consulta de Cybil. El rumor de su alegre charla se filtró bajo la puerta. Mientras se volvía para marcharse, comprendió que deseaba de todo corazón que Elicia encontrara la misma felicidad.

Durante las semanas siguientes, las pasiones de Sophie empezaron a tomar forma, y ahora parecía que solo habían estado latentes, esperando a ser descubiertas por fin. En cierto modo, recuperar la pasión era un regalo de su hija, y quizá también de Michael. Estudiaría enfermería con especialidad en obstetricia e instruiría a todos los padres que estuvieran interesados acerca del vínculo espiritual con la criatura no nacida, acerca de los acuerdos a los que se llega antes de la concepción. Cuando una madre lleva a un hijo bajo su corazón durante el tiempo que sea, este permanece en él por toda la eternidad. Estaba segura.

Volver a estudiar a jornada completa no iba a resultar fácil. Convertirse en madre era un viaje heroico y lleno de peligros. Convertirse en matrona podía requerir una transformación similar. Cada día avanzaba un paso. Cuando se matriculó, le apeteció celebrarlo, ritualizar la trascendencia de su decisión. Impulsivamente aparcó el coche en una calle llena de tiendecitas y restaurantes, una de sus zonas favoritas. Sin embargo, no tenía un destino concreto, porque el compromiso que había contraído le impedía gastar el dinero frívolamente. Ya no podía salir de compras como antes. Aún no era primavera, pero sí un cálido día primaveral.

—¡Sophia!

Era una voz masculina.

¿La llamaba alguien? Pero nadie la llamaba por su nombre verdadero.

—¡Sophia!

Una mano fuerte se posó sobre su hombro con suavidad. Se volvió.

—¡Craig!

Su corazón empezó a latir con fuerza, y se sonrojó como una adolescente. Su presencia era más cálida que el sol, y Sophie descubrió que se estaba derritiendo, hasta que recuperó la compostura.

—Me alegro de verte. Gracias por la tarjeta. Menuda casualidad acabó siendo.

—¿Tienes tiempo para comer?

Hacía más de veintiséis años que no salía con un hombre, aparte de Tom. ¿Cómo debía comportarse? El mundo de las citas había cambiado mucho. Pero cuando dijo «sí», lo hizo con una sonrisa radiante. Una parte de ella se había tomado la idea con una naturalidad y un entusiasmo sorprendentes, una parte que iba muy por delante de ella misma. Se sentaron en una terraza y ella pidió una cerveza para calmar los nervios, y observó que Craig era más atractivo de lo que recordaba. Empezaron a hablar, y fue como si se establecieran dos conversaciones al mismo tiempo: una entre desconocidos, otra entre amigos de siempre.

Cuando la camarera trajo la comida y terminaron las interrupciones, Sophie se relajó.

—Qué curioso que me enviaras esa imagen de los anasazis. No había oído hablar de ellos hasta que recibí tu tarjeta, pero al día siguiente me fijé en un libro sobre ellos en el aeropuerto de Albuquerque y me lo compré. Fui a Santa Fe, a pasar la Navidad con mi familia.

—¿Viste los farolitos,¹ esos saquitos de papel con cirios encendidos dentro que están por todas partes en Nochebuena? Decoran las casas con sencillas bolsas de papel marrón, desde las mansiones más lujosas hasta las más humildes casitas de adobe. Me gusta.

—Los vi al volver de visitar el cañón del Chaco. Fue mágico. Pero ¿esa tarjeta la escogiste al azar, o te interesan los anasazis?

—Al principio me fascinó Four Corners. En mi primer vuelo sobre la zona, los colores y esa extraña tierra me hechizaron. Más tarde oí hablar de los anasazis y desde entonces los estudio y escribo sobre ellos. Que una civilización tan evolucionada, casi utópica, la conozca tan poca gente... Por ejemplo, aparte de la visión espiritual que tenían de la ley natural y del universo, para ellos el hombre y la mujer eran iguales. Hace mil años.

Hizo una pausa, pensativo, y luego se inclinó sobre la mesa y tomó la mano de Sophie, como para asegurarse de que su presencia era real. Avergonzado por su gesto impulsivo, la soltó y se reclinó en la silla. El tacto de su mano había despertado algo en ella.

—¡No sabes cómo destacabas en esa fiesta!

Los ojos de Craig brillaron al recordarlo.

—¿Cómo que destacaba?

—Cuando sonreías, iluminabas la sala.

—¡Eso no es verdad! Pero gracias —objetó, poniéndose en pie—. Ahora vuelvo.

Tras ir al baño, corrió para volver al lado de Craig. No se molestó en intentar darse una charla con la que convencerse de la necesidad de tranquilizarse. Cuando regresó a la mesa, bebió la cerveza fría, lo único que parecía real y sólido, y no pudo evitar reírse de sí misma.

Comieron en silencio, cómodos, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Ella jugó con su comida mientras decidía si le hablaba de su sueño y de la piedra rosa. Como escritor que era, quizá escuchara sin juzgar. Pero le gustaba demasiado como para correr ese riesgo, y aún no creía lo suficiente en sí misma. No estaba haciendo justicia a lo que estaba pasando entre ellos.

—¿Tienes tiempo de tomar café? —Craig apartó su plato.

—Sí. No hemos llegado a hablar de lo que sabes de los anasazis.

Craig levantó dos dedos para indicar a la camarera que iban a tomar café y se reclinó en la silla, ordenando sus pensamientos. El sol se había desplazado y la sombrilla ya no los protegía.

—Antes de ir allí la primera vez, estuve investigando un poco. Varias fuentes decían que se la consideraba tierra sagrada. Yo no sabía qué significaba, porque para mí toda tierra es sagrada. Fui al cañón del Chaco, como tú, y a la zona de los hopis y a Mesa Verde. Y empecé a darme cuenta de que estaba relajadísimo. Pero no me paré a pensar en ello, porque me dediqué a asimilar la historia de aquellos lares. Cuando volví, un amigo me dijo que él había tenido la misma experiencia de relajación profunda, una sanación, en realidad. Por lo visto esa era su sacralidad. Mi amigo me dijo que para notar eso hay que sentir una afinidad con él. En el mundo hay muchos lugares sagrados. Desde entonces he hecho varios viajes solo para impregnarme de esa energía. Y me transforma cada vez. ¿Te parece que estoy loco? —le preguntó a Sophie, sonriendo tímidamente.

—O los dos lo estamos, o yo lo estoy menos de lo que estaba empezando a pensar después de lo que he vivido. Porque yo sentí lo mismo, como si me estuviera fundiendo con la tierra y la naturaleza al completo. Por primera vez comprendí a un nivel no solo intelectual lo que quieren decir los místicos cuando afirman que en el fondo todos somos uno. Esa experiencia yo la viví allí, y fue casi como si estuviera drogada.

Acercaron las cabezas.

—Yo empecé a ver las cosas de otra manera. Se me ocurrían ideas sobre cómo podía ser el mundo —dijo Craig mirándola más profundamente a los ojos, como para tranquilizarse—. Me surgían interrogantes sobre todas las tribus nativas americanas que habían vivido en esa tierra. Cada una tenía su propia personalidad. ¿Qué fue lo que creó eso?

Craig parecía contento de estar allí con ella, hablando.

—Yo también era más sabia allí arriba, en cierto modo —reveló ella, satisfecha de haber encontrado a alguien que compartía sus descabelladas ideas.

—Después del segundo viaje me asaltó la inspiración para el libro —dijo Craig—. Me preguntaba si la personalidad de cada tribu la creaba la energía de la tierra en la que vivían. Quería entender la espiritualidad y la cultura de cada tribu y presentarla como un recurso de la gente que allí habita. Quizá si sintonizáramos con la tierra como lo hicieron los nativos americanos, tendríamos más posibilidades de vivir en armonía entre nosotros y con la naturaleza, y de no ser tan insensibles y destructivos. Algo nos ha alejado del espíritu de la tierra y a los unos de los otros. Es más, también nos ha alejado de nuestros espíritus.

Craig tiró la servilleta sobre la mesa. No iban a tardar en despedirse.

—¿También harías tú las fotos?

Sophie también arrojó la servilleta, intentando parecer indolente, en lugar de extrañamente asustada ante la idea de despedirse.

—Ese sería mi sueño. Ahora mismo estoy escribiendo la propuesta para el libro. En cuanto la termine, creo que empezaré a redactarlo.

Sophie sintió la calidez de su sonrisa desde el otro lado de la mesa.

—Y por eso ahora me tengo que ir. He disfrutado cada minuto.

—Yo también.

Sophie sintió cómo la invadía un dolor totalmente desproporcionado. Para ocultarlo, bajó los ojos como si estuviera buscando las llaves. Esa sonrisa la había electrizado. ¿Lo volvería a ver?, se preguntó mientras él la besaba con ternura en la mejilla y le decía adiós con la mano.

Sabiendo lo deprimente que iba a ser irse a casa ahora, se puso al volante y enfiló una sinuosa y empinada calle que llevaba a una de sus rutas de paseo favoritas. Había programado aquella pequeña montaña para que le diera las respuestas que necesitaba antes de finalizar el descenso. Esta vez no programó nada. Ahora solo quería pensar en su comida con Craig, prolongar un poco más la emoción y la cálida sensación que le había dejado. Cuando empezó a bajar el cerro, lo hizo sintiéndose más ligera, liberada de preocupaciones e inquietudes. Quizá su montañita también fuera sagrada, porque a veces la llamaba y siempre le solventaba sus dudas.

A los dos tercios del camino de bajada, el sendero aparecía rodeado de un espeso follaje que no permitía ver más allá. Era su lugar favorito, porque prefería estar cobijada. Mientras subía no había dejado de pensar en Craig. Mientras bajaba no dejó de pensar en su futuro nieto. Si estaba conectada con su hija, o con cualquier otra persona, sin duda también podía entrar en contacto con el espíritu de ese nuevo bebé. Si era posible sintonizarse con el alma de un difunto, ¿por qué no se iba a poder hacer lo mismo con la de un niño que aún no había nacido? Pero necesitaba pruebas. Si no, ¿para qué seguir especulando?

Al final de un recodo, enormes raíces brotaban de la tierra densa y húmeda. En el lugar donde había caído un rayo se había formado una profunda hondonada, el hábitat idóneo para los gnomos. A la derecha, oculta tras gigantescas secuoyas, había una roca grande, ideal para sentarse. En esta arboleda pensaba mejor que en ningún otro sitio.

El frío de la piedra le atravesaba el fondillo del pantalón vaquero, y el jersey que llevaba no era lo bastante largo para cubrirle las posaderas. Las recientes lluvias habían dejado una humedad acre, y las colosales secuoyas se elevaban hasta el cielo. A lo lejos, la campana de la torre del seminario dio las tres. Por lo demás, todo era silencio.

Sophie cerró los ojos y, arriesgándolo todo, rezó por que el alma del nieto que estaba en camino viniera a su lado, mientras dejaba que el espíritu de la arboleda la tranquilizara, que la fragancia de la madera de secuoya, laurel y roble la purificara, y pidió que su propio espíritu llenase el pequeño bosque.

—Si puedes y quieres, nieto mío, ven a mí. ¡Déjame ver quién serás!

En su corazón sabía que la criatura vendría.

Se le cerraban los párpados, y cuando miró a través de ellos, todos los bordes se habían difuminado. Y de pronto, ante ella se encontraba una niña hada, rodeada de refulgentes estrellas plateadas que parecían brotar de la varita de un hada madrina. Tenía el pelo rubio y rizado e intensos ojos marrones que se clavaban en los de Sophie. Parecía de unos cinco años, pero no tenía edad. Por un momento iluminó la arboleda. Y luego desapareció. ¡Una niña hada! Una nieta. Ella solo esperaba una especie de certeza interior sobre el sexo del bebé, y quizá la intuición de una personalidad, pero ¡una aparición! El pequeño espíritu había sido demasiado real para que la asaltaran dudas cuando abandonó la arboleda, aún imbuida del prodigio.

El contestador automático indicaba tres mensajes, los dos primeros de antiguas amistades. En esta época de cambio había descuidado a sus amigos, y temía que algunos ya no la conocieran. El tercero era de Tom. De Craig no había ninguno, pero se dijo que aún era pronto.

¿Para qué la habría llamado Tom? Mientras esperaba a que contestara, se sintió desleal por haber ido a comer con Craig.

—Hola.

La voz de Tom sonaba muy aguda.

De pronto sintió miedo. Lo conocía demasiado bien.

—¿Qué pasa?

—Alexi está en riesgo de perder al niño.

—Pero si le quedan tres meses.

—Tiene dolores al andar. Tiene que hacer reposo absoluto, porque si no, se pone de parto. Y el bebé podría no sobrevivir.

—No le va a pasar nada.

—Pareces tu madre.

—Tom, supongo que tienes la sensación de estar reviviéndolo todo.

—Sí.

—No lo he dicho en el sentido en que lo diría mi madre. Es solo que tengo la sensación de que esta niña tiene un espíritu muy fuerte. Creo que su espíritu ya ha sobrevivido a muchas cosas.

—Eso no lo sabes.

—¿Voy a echar una mano?

—Va a ir su madre. Tal vez sea algo pasajero. Esperemos.

—Gracias por decírmelo, Tom. Voy a llamarlos. Y tú intenta no preocuparte. A esta creo que no la perdemos.

—Ojalá no te equivoques.

En la voz de Tom había lágrimas.

Mantuvo el teléfono pegado a la oreja hasta mucho después de que él colgara. En cierto modo lo quería ahora más que antes, más de lo que nunca lo había querido cuando estaban juntos. Y por fin marcó el número. Estaba segura de que no se equivocaba con este bebé.

Contestó David.

—David, me ha llamado tu padre. ¿Cómo está Alexi?

—Ahora bien, un poco asustada. Creo que no descansaba lo suficiente. Te hemos llamado, pero no estabas, y no queríamos dejar un mensaje en el contestador. Por eso le he pedido a papá que te lo contara. Alexi acababa de volver de ver las ruinas de los anasazis. Tú la animaste. Creo que caminó más de lo que le convenía.

—¿Puede hablar?

—Claro, te la paso.

—¡Hola, Sophie! ¡Desde luego, esto no me lo esperaba!

—¿Tienes dolores?

—Cuando estoy en reposo, no. Solo cuando ando.

—¿Cómo te fue?

—Pues estaba caminando por unas ruinas que no son de las más conocidas. Eran tan espirituales como me habías dicho. No recuerdo absolutamente nada físico que pueda haberlo causado. El sitio me estaba haciendo comprender hasta qué punto había perdido el contacto conmigo misma. No sabía cuánto.

—Entonces, a lo mejor esto es algo positivo.

—¡Quién sino tú para verlo así! Pero he decidido tomármelo así yo también. Esperar a ver lo que ha de depararme esta situación. Es curioso. Me acabo de acordar. Durante la visita supe que iba a tener otra hija. Gabriella siempre ha dicho que va a tener una hermanita. El espíritu del bebé estaba conmigo.

—Yo tengo el mismo palpito.

—Para mí la premonición fue tan fuerte que no me sorprende.

—Te dejo descansar. Cuídate.

Sophie posó el auricular en su gancho. Si un año antes le hubieran dicho que iba a mantener semejante conversación, no lo habría creído.

Había pasado más de una semana, y Craig no había llamado. Al principio le dolió, pero luego se olvidó, porque estaba buscando un trabajo a media jornada con el que mantenerse mientras estudiaba. Cuando por fin llamó, dejó un mensaje de disculpa. Su voz la electrizó incluso a través del contestador. Quería ir de excursión, y Sophie propuso su montaña.

Al llegar al cortafuegos, vio que él ya estaba allí, apoyado en su deportivo, tomando el sol. Las sombras de la luz filtrada se proyectaban sobre su atlética figura e intensificaban el blanco de sus sienes y el cabello que se le rizaba en la nuca. Cuando detuvo el coche a la derecha del suyo, él rodeó el vehículo y le abrió la portezuela. Al tomarla de la mano para ayudarla a bajar, la respiración de Sophie se aceleró.

—He traído vino y queso —dijo Craig.

—Pero ¿quieres llevarlos hasta ahí arriba?

—Claro.

Él la volvió a agarrar de la mano y la ayudó a saltar la verja. Tuvieron que caminar muy juntos, en agradable silencio, hasta el lugar donde se encontraban las raíces expuestas del roble. Parecía como si el bosque los acogiera como a uno de los suyos.

—Hay una arboleda especial que te tendré que enseñar cuando bajemos. Para la subida suelo llevar una pregunta o un problema, y he programado la montaña para que me dé la respuesta antes de que llegue abajo. Luego me siento en la arboleda y resuelvo el problema. Deberías intentarlo.

Le divertía compartir su secreto con él.

—¿Crees que en el tronco de este viejo árbol viven hadas?

Era la primera prueba para Craig.

—¿No las has visto cuando hemos pasado la curva? —Craig exageró el espanto que le causaba comprobar que se le habían escapado—. Salen cuando notan que pasa gente feliz.

—¡Sí las he visto!

Y en cierto modo así era. Quizá le hablara de la nieta que estaba en camino cuando lo llevara a la arboleda.

—¿Pedimos un deseo? —Craig se inclinó sobre el hueco. Sophie no oyó lo que susurró—. Venga, ahora tú —dijo él, sonriendo.

¿Hasta qué punto creía ella en la magia de las hadas? Pero cuando se inclinó hacia el interior del tronco, el aroma de la densa tierra llenó sus fosas nasales, y con el corazón rebosante y los ojos brillantes de lágrimas inesperadas, acabó pidiendo un deseo. Quería conocer el amor más profundo, algo que iba más allá de todo cuanto alcanzaba a imaginar, otra clase de amor. ¿Podían ellas ayudarla?

Él vio sus lágrimas y la tomó de la mano sin preguntar nada. Ella deseó que la besara en ese momento.

—No sé nada de ti, salvo que eres escritor y fotógrafo y que te interesan los anasazis.

Sus inquisitivas palabras los devolvieron a ambos al presente con un sobresalto, quizá demasiado pronto.

—Estuve casado durante catorce años. Mi mujer murió, la mató un conductor borracho. Crie yo solo a mi hija, Morgan, desde que tenía siete años. Lo único que recuerdo de esa época es que le hacía la trenza que llevaba a la espalda todas las mañanas, y que le decía: «No, Morgan, tu madre no va a volver». ¡Ella aseguraba que su madre dormía con ella todas las noches, que se acostaba a su lado! Dejaba sitio en su almohada para que apoyara la cabeza. Le molestaba mucho que yo no la creyera. ¿Por qué mi mujer no se metía en mi cama? Estaba muy enfadado, había demasiado dolor en mí. Nunca he deseado volver a amar así.

Paseó la mirada por el bosque mientras seguía hablando.

—He observado que cuando una persona muere y ya no está confinada en los límites de su cuerpo y de su personalidad, se vuelve mucho más grande que la vida. Y no es una operación mental que hagan los vivos. De repente, todo lo que intuías sobre quién era el espíritu de esa persona y quién era ella para ti se vuelve claro como el agua, como si se te apareciera el genio de la botella. Es como si los vivos debieran llenar el vacío que crea la pérdida. De hecho, yo la quise más después de su muerte, y me sentí más unido a ella. Pero cuando Morgan se hizo mayor, su espíritu se marchó. Hace mucho tiempo que no la siento cerca.

—¿Qué edad tiene tu hija?

La conmovía imaginar a Craig haciéndole la trenza. Como si estuviera a su lado vio sus dedos fuertes y gráciles trenzando el cabello de su hija.

—Veintiocho años. Es artista, vive en Nueva York. Hablamos por teléfono casi todos los días. Superamos muchas cosas juntos. Para mí no hay nadie más importante que ella.

Cerca ya de la cima de la montaña, llegaron a una bifurcación.

—Si seguimos la carretera será más fácil, pero tardaremos más. Por esta senda empinada llegaremos antes —explicó Sophie.

—¿Por dónde sueles ir tú?

—Por la senda empinada.

—¡Pues vamos!

El sendero era empinado, pero echaron carreras como un par de niños. En la cima no había árboles, solo hierba rala y algunas flores silvestres desperdigadas, la mayoría de color púrpura, blanco y rosa. La vista era amplia. Craig la persiguió hasta una zona cubierta de hierba y se sentaron. Estaban sin resuello. El lúdico estado de ánimo de ambos había derribado algunas

barreras más. Sin pensarlo, se apretó contra él, y él la sujetó con fuerza, con tanta naturalidad como si llevaran toda la vida juntos. El sol estaba alto cuando Craig abrió el vino y ella partió la baguette y el queso brie.

Hablaron de cosas triviales y al cabo de un rato se callaron, y sus respiraciones se acompañaron profundamente. Cuando ella apoyó la cabeza en sus anchos hombros, su camiseta irradió el calor y el olor del sol, y esa calidez impregnó la mejilla de Sophie. El cuerpo de Craig desprendía un calor que venía del sol y de la proximidad entre ellos, y ella se nutrió de él. Sepultando la cara en ese ardor, inspiró profundamente, inhalando un aire que parecía contenerlo a él. Sus respiraciones se habían hecho más profundas, más pausadas. El olor a ardiente sol del cálido cuerpo de Craig borraba los contornos que los separaban. Por un momento no supo dónde terminaba ella y dónde empezaba él. Cuando cerró los ojos, vio las distantes mesetas.

Él la miró con expresión bondadosa, y su beso hizo crecer en ella una oleada de pasión. Podría haberse perdido en ella, en un abismo primordial. Supo que él sentía lo mismo cuando la apretó contra él. Sus inesperadas lágrimas empaparon la camiseta de Craig.

Él la obligó a mirarlo, pero ella se sentía avergonzada. Él le secó las lágrimas.

—Lo siento. ¡Nunca había llorado por un beso!

—¿Quieres que vayamos a un sitio más resguardado?

Ojalá hubiera podido detener el tiempo.

—Al otro lado de la montaña, no muy lejos de aquí, hay una arboleda que está bastante resguardada.

Cómo deseaba que el momento los arrastrara, antes de que la duda apareciera.

Las agujas de pino y el musgo formaban una suave almohada sobre la tierra. Un nudoso roble se encorbaba hacia el suelo, y sus ramas caían formando una cubierta protectora. La hiedra y una maraña de ramas muertas los ocultaban, y el sol inundaba la pequeña arboleda a través de un filtro de hojas nuevas. Se sintió colmada por la energía sensual de la tierra: por fin había aprendido a prestar atención a esa clase de cosas, y fue como si toda la naturaleza hiciera el amor con ellos. Los ojos de ambos estaban tan hambrientos del otro como sus cuerpos, y ninguno de los dos se saciaba. Cuando los ojos de ella se cerraron por fin, solo pudo ver las mesetas, y comprendió que ambos habían aprendido aquí esta intimidad tan profunda. ¿Quizá una parte de él recordaba?

Él permaneció dentro de ella largo rato, y los dos se durmieron brevemente. Respiraban al unísono, y él aún estaba en su interior cuando se despertaron despacio, arrancados de un lugar que ninguno de los dos habría querido abandonar.

—¡Esto es lo más duro que he hecho en mi vida! —dijo él, retirándose—. Y no lo digo del todo en broma.

Craig se incorporó y empezó a vestirse, sin apartar los ojos de Sophie. Inclínándose hacia ella, la cubrió con las manos, la atrajo hacia sí, su ropa áspera contra la piel de su compañera, y la abrazó con fuerza. Por fin, ella se obligó a separarse y empezó a vestirse.

—Tendremos que volver de vez en cuando para seguir el progreso del arbolito este —rio él.

Le encantaba saber que ella era la causa de tanta felicidad. Mientras bajaban del brazo el sinuoso sendero, Sophie aún lo sentía dentro.

—Parece que tu montaña funciona —dijo Craig—. Creo que he recibido mi respuesta.

—Yo también. ¡Y a lo mejor mi deseo se ha hecho realidad! Por lo menos por un momento.

—O puede que por más tiempo.

Cuando llegaron a su arboleda especial, ella lo guio hacia el interior, agachando la cabeza esquivando las ramas bajas de las secuoyas, y lo llevó hasta la gran roca, que se encontraba en el centro del bosquecillo y ofrecía asiento para ambos.

—Ojalá pudiera ser como una ninfa y bailar para ti, desnuda y desinhibida, en este bosquecillo. Pero ¡me temo que soy demasiado reprimida!

Nunca había hecho el amor en plena naturaleza, y aún estaba asombrada por la fuerza de la experiencia.

—¡Pues antes no parecías muy reprimida! —dijo él, provocándola.

Le ardieron las mejillas de vergüenza. Al evitar su mirada, sus ojos cayeron en una ofrenda de flores blancas depositada al pie de la secuoya que se alzaba a la izquierda de la roca.

—¡Mira! ¿Quién crees que habrá dejado esas flores? Creía que este era mi sitio secreto.

Las mejillas se le habían enfriado y de nuevo pudo buscar la mirada de Craig.

—Cierra los ojos. Yo también los cierro —dijo ella, juguetona—. Vamos a imaginar que entre nosotros hay un gran cofre del tesoro. Los dos metemos la mano y sacamos un regalo para el otro.

—¿No podemos mirar antes de decidir?

—No. Tenemos que confiar en lo que elija nuestra imaginación.

No pudo decir «alma» porque aún no sabía si él creía en esas cosas.

Se volvieron, quedando frente a frente, y cerraron los ojos.

—Vale, elige uno.

Cuando sintió que él ya había escogido, continuó.

—Ahora yo.

Se imaginó metiendo la mano en el cofre del tesoro. Para su sorpresa, sacó un huevo de oro macizo. Cuando abrió los ojos, él la miraba expectante.

—Te regalo un huevo de oro macizo. ¡Sé que siempre has querido uno! —dijo, dudando absolutamente de sus propias palabras.

—La verdad es que no podrías haberme regalado nada más cargado de significado —respondió Craig muy serio—. A veces me despierto con la imagen de un huevo que tiene una grieta de arriba abajo. Estoy esperando a ver qué pasa cuando me despierte en el momento en que se parta.

—Pues a lo mejor estaría bien que pasara eso, para que saliera todo. Además, ahora ya sabes que un huevo significa oro. Bueno, ¿qué querías regalarme tú?

—Una bolsa grande llena de monedas de oro. Pero he intentado devolverla.

Craig estaba un poco avergonzado.

—Bueno, para mí las monedas no representan tanto el dinero como la riqueza que proviene del hecho de creer en mí misma. Y eso ya me lo estás dando —lo tranquilizó—. Gracias.

A pesar de la intimidad que se había establecido entre ellos, o quizá por eso mismo, se sentía demasiado vulnerable para contarle que había visto al espíritu de su nieta en ese lugar.

Craig la tomó de la mano y ninguno de los dos habló mientras seguían bajando por el cortafuegos de tierra. A pesar de su extraordinaria intimidad, eran dos extraños. Podían irse a casa juntos y compartir el resto de sus vidas. O podían no volver a verse nunca. Reprimió las lágrimas que amenazaban con brotar ante la idea. Las relaciones íntimas eran mucho más informales ahora que cuando ella estaba soltera.

La humedad de la tarde se espesaba en torno a ellos. Los animales nocturnos estaban esperando a que se marcharan. Sophie sintió la paz y la tensión del crepúsculo y se resignó. Que fuera lo que tuviese que ser. Cuando pasaron la curva y aparecieron los coches, sintió una gran tristeza, mucho más intensa que la del primer día. A través de los árboles vio que el cielo se había teñido de violeta y rosa pálido.

—Las puestas de sol solo son tan bonitas cuando se está a solas.

Craig habló en voz queda, casi susurrando.

—Tengo que saber que puedo dejarte —dijo ella, sorprendida por sus propias palabras.

Al atraerla hacia él, el calor de su cuerpo la invadió y serenó su corazón destrozado.

Cuando él por fin se apartó, ella subió a su coche y por el espejo retrovisor lo miró hasta que desapareció tras la primera curva de la carretera. ¿Habría querido ir a casa con ella? No lo sabía.

La sala de estar, esa que ahora era tan importante para ella, se le antojaba vacía. Después de separarse de Craig, había supuesto que encontraría consuelo en ella, y tenía la esperanza de que, a pesar del maravilloso día que había pasado con él, preferiría la soledad que tanto había llegado a apreciar en aquellos últimos meses. A pesar de lo mucho que lo echaba en falta, le daba miedo tenerlo allí, perder por él la conexión que había establecido consigo misma, aunque él no le hubiera pedido que lo hiciera. Temía que por amar a Craig pudiera acomodarse a su nuevo papel demasiado rápido, perdiendo su identidad de nuevo. Sin embargo, sentía que algo en su interior se había fortalecido, que quizá ahora pudiese confiar en sí misma. Por un momento había saboreado lo sagrado como no lo había hecho nunca. ¿Alguna vez podrían hacer el amor en su cuarto?

Después de encender unas velas e incienso, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, rodeada de ramas de sauce, rosas secas y musgo, y se sintió más serena. Su ángel estaba con ella, y la estancia era dorada. La corona de flores en honor de su hija empezaba a tomar forma, y de pronto se convirtió en una ventana a otra vida.

El amarillo apagado de la frágil rosa era el color de la tierra que muchos pies levantaban mientras ella avanzaba presurosa, impulsada por el rumor de las voces que regateaban y el bullicio del mercado. Dentro de unos momentos quedaría atrapada en el templo, y el mundo exterior se desvanecería. Encerrada entre los gruesos muros de silencio, recordaría su dedicación a la tarea de convertirse en sacerdotisa de Isis, de asistir al milagro del nacimiento de un alma desde el vientre de la primera madre hasta su madre terrenal. En su iniciación recibiría enseñanzas acerca de los poderes que abrían el mundo al amor del universo.

Introdujo cuidadosamente la rosa amarilla, ya color azafrán en la hora de su muerte, en la celosía de ramas de sauce. Las hojas de laurel, el musgo y el resto de las flores secas encajaban perfectamente entre las ramas de sauce entrelazadas. Sus manos trabajaban rápido, como si la corona ya supiera qué forma debía tomar. Pasó finas cintas de color púrpura y plata por el contorno de la guirnalda y colocó un pequeño cristal de cuarzo en el lazo. Mientras trabajaba, pensó en el bebé del bosquecillo.

Esa noche, su llanto la despertó.

A la mañana siguiente estaba terriblemente enferma, con una fiebre muy alta, como si su cuerpo quisiera expulsar un horrible demonio. La fiebre duró varios días, la mayor parte de los cuales los pasó delirando. Podía haber estado tanto contemplando amorosamente la cuna de sus

hijos como cobijada en un portal con su bebé, demasiado aturdida por el crac para darse cuenta de que esta tenía hambre. O podía haber estado vendiendo a su bebé para que las dos pudieran comer. Podía contemplar pasivamente cómo un bebé detrás de otro moría antes de nacer, sintiendo que era ella quien estaba siendo castigada por sus pecados, y olvidando por completo el templo, olvidando que la vida era sagrada. Podía robar el hijo de otra mujer y convertirlos en esclavos a ambos.

Podía luchar contra sí misma durante la mayor parte de la vida por necesitar a su amante más de lo que nunca había necesitado a Dios, torturada por sus besos, su hambre de él más fuerte que sus votos, torturada por su pecado y el de tentarle a romper sus promesas. Podía vender su cuerpo, ofrecer santidad a un extraño pese a que este no lo supiera, todavía dueña de sus enseñanzas como ramera del templo, pero ahora solo subliminalmente.

Durante días apenas pudo levantarse de la cama. Cuando se acordaba, se obligaba a tomar té o caldo, pero a veces le costaba demasiado. Su estómago no retenía nada. El fuego de la fiebre ardía implacable, consumiéndolo todo. Se preguntó de dónde sacaba las ganas de vivir. Renunciar habría sido igual de fácil.

En algún momento, durante lo que debía de ser el quinto día, aunque también podría haber sido el segundo, oyó golpes en la puerta. La bata de rizo se le clavó como agujas en la piel cuando envolvió en ella su cuerpo enfebrecido. Alguien debe de estar preocupado, se dijo, mientras avanzaba aturdida por el pasillo y abría la puerta sin saber cómo. Cuando vio el rostro atribulado de Craig, se desmayó.

Los formidables pilares bajaron el cielo mismo al interior de su Templo, como una columna de luz y energía puras. En el centro se alzaba el altar de Isis. Sobre él caía la más sagrada de las luces sagradas. Las sacerdotisas mantenían la conexión de la energía sacra por medio de rituales, oraciones y danzas, y la empleaban para rituales de sanación, nacimiento y muerte y para las profecías. Una sacerdotisa necesitaba muchos años de formación antes de que su cuerpo estuviera preparado para acercarse a la energía del altar. Poco a poco, año a año, a medida que aprendían a mantener el carácter sagrado de todas las cosas de la vida, se iban acercando, como si cruzaran los anillos de un árbol hasta su centro para iniciarse. Cuando llegara al altar, también ella podría sostener esa energía mística y ayudar a traer almas a este mundo. Tuvo que estudiar durante años antes de que perdiera su atractivo el bullicio del mercado. Cuando por fin llegó al altar, lo hizo con su niña descansando apaciblemente contra su pecho.

El frío del paño húmedo penetró en su cerebro, y cuando intentó abrir los ojos, sintió los párpados tan pesados como el plomo. El sueño que había tenido obraba un extraño efecto purgador, y supo que por fin estaba empezando a curarse.

En su delirio, la cara de Craig cambiaba continuamente. Solo sus ojos permanecían constantes. Era un niño, un anciano, una mujer, era oriental, nativo americano, un esclavo, su marido, su hijo, su padre.

—¡Sophia!

Craig parecía asustado.

Ella sintió en los ojos el picor de unas lágrimas que hervían de fiebre y de la belleza del sueño que había tenido.

—Iba a llamar a una ambulancia si no remitía la fiebre. No soportaría perderte después de volver a encontrarte.

Deslizó la mano bajo su cabeza y la sostuvo para que diera un sorbo de agua. Ella consiguió dibujar la sonrisa que le había recorrido el cuerpo antes de llegar a los labios. Cuando él la atrajo hacia su pecho, ella se sintió débil como una muñeca de trapo.

—Esta noche he dormido contigo, en tu cama. ¡Espero que no te importe! Es que no podía dejarte sufrir sola. —La miró con regocijo—. ¡No te preocupes, no ha pasado nada!

—¡Lo que siento es habérmelo perdido!

Le costaba demasiado seguir hablando, y se fue quedando dormida. Fue un descanso sin sueños. Solo fue vagamente consciente de que Craig la bañaba, la vestía, la ayudaba a ir al baño y la obligaba a beber. Ya no tenía sueños raros. Esa noche se acurrucó en los brazos de Craig y se empapó de su presencia sanadora, y por fin durmió plácidamente.

—Haría cualquier cosa por ti.

No supo quién de los dos había dicho eso.

La luz del sol entraba por las ventanas abiertas, y las cortinas se agitaban levemente con la suave brisa de la primavera. Cuando el viento llegó hasta ella, lo sintió como el aliento de un bebé.

Craig entró en la habitación con una bandeja de humeantes gachas de avena.

—Bueno, he hablado con Tom, con tu madre y con tu hijo Phillip. Ah, y ha llamado David para decir que Alexi está bien. Qué mona es Gabriella. Y también ha llamado Cybil.

—¡Has hablado con Tom y con mi madre!

—Estaban preocupados.

—¿Por ti o por mí?

—Creo que agradecían que cuidase de ti. En el contestador había varios mensajes un poco histéricos, incluido el mío. Hasta que tú quieras decirles otra cosa, solo hace falta que sepan que soy un amigo.

Craig puso la bandeja con el café y las gachas en su regazo y se sentó en el borde de la cama, frente a ella. Se le hacía tan natural verlo allí que se alarmó. ¿Y todos los años que había pasado con Tom?

—¿Cómo te las has arreglado sola estos días, con lo enferma que estabas? ¿Por qué no has pedido ayuda a nadie?

—Me cuesta. Y es la primera vez que me pongo enferma desde que vivo sola. La fiebre me dejó fuera de combate antes de que tuviera tiempo de pensar.

—¿Quieres que me vaya?

—¡Nunca!

No podía imaginarlo. Encontraba asombroso que pudieran prescindir de los rituales de apareamiento de costumbre, como si estuvieran retomando la relación donde la habían dejado. Quizá esta vez envejecieran juntos.

—El amor lo cambia todo, ¿no? —dijo Craig—. Antes del otro día pensaba que tenía todas las respuestas en mi vida. Veía el camino hasta el final, claramente. Hasta pensaba que me conocía bien a mí mismo. —La cara de Craig rejuvenecía todavía más a medida que caían sus líneas de resistencia—. Ahora ya no tengo nada claro. Al no localizarte me asusté mucho, y luego, ver lo enferma que estabas hizo aflorar el dolor por la muerte de mi mujer. Iba a perderte a ti también.

No iba a llamarte, solo para poder mantener el dolor enterrado junto a mi mujer, en su tumba, en mi tumba, en realidad. Ahora lo veo. Toda mi vida estaba planificada para evitar esto. El amor intensifica el dolor, ¿no crees? Es inevitable.

—Es aterrador.

—¿Crees que podemos ayudarnos el uno al otro?

—Si somos capaces de prometer que no saldremos corriendo cuando las cosas se pongan feas.

Tenía que saberlo.

—No es fácil hablar tan a las claras en este momento.

—No, no lo es.

Craig se tendió junto a ella, con cuidado, y la atrajo hacia sí. En aquella inmovilidad que compartían, se sintió absorbida por él, por su esencia. Si sabía adorar a Isis o a Afrodita, si cierta sabiduría corría por sus venas, también podía aceptar el miedo a caer, a las interminables pequeñas muertes que esta intimidad entre ambos traía consigo. Ella quería estar en el centro de su propia vida, no en su periferia.

Un suspiro sacó a Craig de su inmovilidad.

—«... Porque reirás, pero no toda tu risa. Y llorarás, pero no todas tus lágrimas.» Gibran. ¡Hay que ver cómo puede llegar a obsesionar un poema hasta que lo pillas! ¿Te apetece una ducha?

—¡Contigo!

Con cautela, entró en la caldeada y vaporosa cabina de la ducha. Craig ya estaba dentro. Su respiración temblorosa la atrajo hacia él, y Sophie dio rienda suelta a sus propias manos mientras cubría el cuerpo de él con cremoso jabón de lavanda. Él también empezó a cubrirla con denso jabón. Con manos seguras, Craig exploró cada centímetro de su piel mientras el vapor caliente los envolvía en un mundo distinto. Esta limpieza era importante. Ella frotó su pecho, besó su frente con labios espumosos, enjabonó su cabello. Podía sentir las lágrimas de él. Fue dulce la unión entre ambos.

Mientras él se secaba con la toalla, de pie en medio del cuarto, su piel aún desprendía vapor, confiriéndole un aspecto etéreo.

—Esto más que una historia de amor parece un viaje misterioso.

La buscó con los ojos para asegurarse de que lo había entendido.

Sophie se envolvió en la toalla y salió de la habitación.

—Ahora vuelvo —dijo, por encima de su hombro.

El libro de poemas de Rumi estaba en su cuarto. Volvió con él, se sentó en el borde de la cama y lo abrió por una página que había marcado hacía una eternidad, cuando se había fijado en las palabras, pero solo había intuido vagamente su significado.

En el momento en que escuché mi primera historia de amor,
empecé a buscarte,
sin saber que era ciega.
Los amantes no se encuentran al final en ningún lugar.
Están cada uno en el otro desde siempre.

Craig se acercó a ella, apartó los mechones que le caían sobre la cara y la besó en la coronilla como un sacerdote druida.

La dejó sola un rato para ir a hacer la compra, mirar el correo y cambiarse de ropa. Ella dormitó plácidamente casi todo el tiempo. Ya era de noche afuera cuando se despertó sobresaltada por un ruido que venía de la cocina. Encontró a Craig haciendo la cena y lo rodeó con los brazos mientras él hacía salsa pesto.

—Mis dos olores favoritos de la cocina: albahaca y ajo.

—¡Pues con ambos deberías curarte! ¿Dónde quieres cenar? Ya casi está.

Esta primera comida debían hacerla en su nueva sala, pero su decisión la hacía sentirse vulnerable. No necesitaba ni quería su aprobación, solo su comprensión. ¿Quedaría su salón devaluado si no la obtenía? ¿Dejaría de significar tanto ese cuarto? Era un riesgo importante, aunque pareciera una tontería. Pero tenía que correrlo. Quizá no debía darle tanta importancia. Sacó los platos, los cubiertos, los vasos y las servilletas.

—Voy a poner la mesa.

Con la luz que la luna proyectaba a través de las ventanas no era fácil orientarse. Tanteando a ciegas, encontró cerillas y encendió la vela púrpura. No quería echar a perder la magia que envolvía la estancia encendiendo la lámpara. La luz de esa única llama alcanzó para revelar la rosa de color rojo sangre y tallo largo del pequeño florero de cristal, que se encontraba posado sobre una mesita redonda que había sido trasladada al centro de la estancia.

¿Cómo lo supo Craig?

Sophie se encontraba sentada junto a la vieja chimenea de ladrillo, cómodamente apartada del grupo que se había reunido a comer. Le devolvió su plato a Celeste, que ya se había levantado y estaba recogiendo.

—En la vida real nunca es así —dijo Grace, contradiciéndolas a todas.

La cara de esta se había redondeado ligeramente. A Sophie le había sorprendido el cambio. Sus marcados rasgos faciales siempre le habían conferido un aire de autoridad. Todas envejecían.

—Decidme una pareja que sepáis que es feliz de verdad —dijo Grace desafiante.

No esperaba que nadie presentara un ejemplo adecuado.

La comida se celebraba en honor a Marjorie, supuestamente porque la habían admitido en un máster en historia del arte, pero en realidad para animarla después de su inevitable divorcio. Sophie descubrió que estaba disfrutando más de la compañía de Marjorie ahora que esta ya no necesitaba fingir y había dejado caer su armadura de competitividad malintencionada. Quizá ahora pudieran ser amigas de verdad.

—¿Qué quieres decir? John y yo somos muy felices.

Leslie casi saltó de su asiento para hacer su alegato. Seguía llevando el pelo rubio y peinado con melena de lado.

—Vosotros no contáis —sentenció Grace—. Lleváis juntos desde el jardín de infancia.

—Desde segundo de primaria.

—¿Nunca te has preguntado cómo sería estar con otro hombre?

Trish presentaba su curiosidad como provocación vacilona.

Sophie vio como Leslie, que nunca había tenido que revisar el saldo de un talonario, se replegaba como una tortuga.

Trish vivía su vida a través de sus amigos, de sus hijos y de su marido, y nunca aportaba una idea propia. Su entrega a su familia era casi una adicción.

—¿Y tú crees que podrías empezar a salir con alguien, Sophie?

Era invasiva, impertinente.

Se hizo un silencio incómodo hasta que Grace confesó, riendo demasiado estentóreamente:

—Creo que todas nos preguntamos una cosa. ¿Hay hombres buenos en el mundo?

—He oído que es una selva —comentó Celeste, que llegaba con la bandeja de los postres.

—Siempre hay hombres buenos en todas partes —respondió Catherine, saliendo de la cocina con un plato de galletas.

—Eso es verdad. —En respuesta al coro de gruñidos incrédulos, Penelope salía en defensa de Catherine—. Cada uno encuentra lo que espera encontrar.

—¡Pues mira lo que tardaste tú en toparte con un hombre decente! —Trish se inclinó ante Penelope con gesto dramático, satisfecha de haber expresado su idea tan fácilmente.

—No eran los hombres, era yo —protestó Penelope—. Me daba miedo caer en otro matrimonio agresivo y no confiaba en que fuera posible tener una relación positiva. Por eso no quería arriesgarme, y tampoco me apetecía que Michael tuviese que pasar por eso.

Desde el funeral de Michael, Sophie no había visto a Penelope sino fugazmente.

Esta escrutó las caras de las demás, dudando. Su rostro ya no estaba agrietado por el dolor.

—Creo que fue él quien me encontró a Dan. Al poco de su funeral, un día fui al parque al que lo llevaba cuando era pequeño. No había vuelto desde que empezó el colegio. Me senté en el mismo banco en el que solía pasar horas mientras Michael jugaba en la arena. En aquellos tiempos deseaba que alguien maravilloso viniera a sentarse a mi lado. Y ese día, alguien lo hizo por fin. Dan.

—Pero tú no te crees eso, ¿verdad? —Celeste había abierto mucho los ojos. Quería creer.

Trish abandonó la sala.

—Penelope, tú aún estás llorando a Michael. No puedes pensar eso de verdad. —Grace no se iba a dejar convencer.

—A mí vino a verme Michael en un sueño —dijo Sophie, para no dejar sola a Penelope—. Me dijo que estaba bien y que nos volveríamos a ver, igual que nos habíamos conocido antes.

Penelope, al borde del llanto, miró a Sophie, y esta asintió para que supiera que lo que decía era cierto. Sentía cómo se afirmaba la conexión entre ellas.

—Esto es muy fantasmagórico. Deberíamos empezar a quedar en luna llena —bromeó Grace nerviosa.

—¿Podríamos bailar desnudas y lanzar aullidos! —añadió Marjorie, siguiendo la broma.

—Y les diríamos a los chicos que vinieran. Y que trajeran tambores —dijo Celeste, riendo como loca.

Había inquietud en el aire.

—¿Por qué dais por supuesto que Penelope y Sophie son brujas, solo porque creen haber entrado en comunión con el espíritu de Michael? —dijo Catherine, poniéndose seria—. ¿Por qué os da tanto miedo la idea? Me parece curioso.

Trish volvió del baño.

—He leído que en la Edad Media persiguieron a muchas personas por brujos.

Sophie sintió un escalofrío, a pesar del calor del fuego. ¿Se habrían reunido todas antes, cuando aún eran sabias?

—Siento interrumpir, pero llego tarde a la pedicura —dijo Grace, poniéndose en pie de un salto.

El frágil hechizo se había roto. Todas se levantaron con malas excusas sobre por qué tenían que irse, pero con vagas promesas de volver a quedar. Notaban que algo delicado se había quebrado. Sophie sentía tanto alivio como el resto de que hubiera llegado la hora de marcharse.

La tarima crujía con el balanceo de la mecedora de Cybil.

—Es curioso, ¿no? Está visto que todo trauma relacionado con la pérdida de un hijo hace que el sistema de la madre se apague en un sentido que no comprendemos. Y de muchos padres se puede decir lo mismo. No ha sido casualidad que tú y Mary tuvierais citas consecutivas.

—Yo tampoco lo creo —concedió Sophie—. Hoy he comprendido que ella me fascinaba porque era un espejo. Su incapacidad para conectar antes de conocer a su hijo... Hoy he comido con unas mujeres a las que conozco desde hace mucho tiempo. Y me he dado cuenta de que no podía abrirme a ellas. Y también me aparto de Craig cuanto más nos acercamos. Me asusta pensar que pueda volver a hacer eso.

—Y ¿por qué no dejas que empeore? ¿Adónde crees que te llevaría esa resistencia?

—Al final me encerraría en mí misma y viviría en un bosque milenario como una bruja malvada o una ermitaña loca.

—¿Qué imágenes más bonitas se te ocurren! ¿Te das cuenta de que prefieres el peor de los casos antes que el dolor original?

—No te entiendo.

—Tú y Mary habéis sufrido la pérdida de vuestros hijos, y enterrar ese dolor en lugar de sentirlo evita tener que acercarte a los demás, y sobre todo a ti misma —explicó Cybil—. En realidad, en ese sentido has progresado mucho, pero con Craig puede que hayas llegado a la médula.

—Pero él no es mi hijo. No lo he perdido, por lo menos no todavía.

—Cualquier situación venturosa puede liberar el dolor. Queremos a mucha gente, pero a lo largo de nuestra vida solo unos pocos nos llegan hasta la médula como nuestros hijos. Craig ha llegado, pero es que en esa médula también está el dolor por la pérdida de tu hija, y por no haber podido llorarla. Tienes que amar a Craig a pesar de tus miedos.

—Es que me aterra que se muera o que me deje. No podría soportarlo.

—Él no es tu hija. Recuerda, el amor trasciende el tiempo y el espacio. No es limitado.

—Siempre creo que lo he entendido, pero luego ya no.

—No te obsesiones con eso, solo confía en ello. Es cuestión de práctica.

—Creo que el hecho de que Alexi haya estado a punto de perder el bebé está haciendo que tenga que revivirlo todo.

—Recuerda cuando tomamos el té, ya hace mucho tiempo, y hablamos de que nuestros hijos son nuestros sanadores, sobre todo antes de que lleguen e inmediatamente después, cuando son casi espíritus puros, si supiéramos fijarnos en esos pequeños dones de Dios. Algo en Alexi está sanando, en realidad en todos vosotros. ¡Mira lo que la nieta ha removido en la abuela!

La luz de la tarde empezaba a apagarse.

—Cuando estoy aquí, el tiempo no tiene importancia —dijo Sophie, levantándose para marcharse.

Se fijó en un cojín de raso verde esmeralda que estaba tirado junto a la chimenea de mármol y de pronto se encontró al pie de las tumbas de sus abuelos, en Irlanda, hundida hasta los tobillos en la espesa hierba.

—«Empieza a recordar a la Madre.» ¡Eso me dijo!

—¿Quién?

—Mi difunta abuela irlandesa.

—Ah.

El timbre del teléfono la atravesó como una descarga eléctrica. Tenía la cabeza en otra parte. Se habían equivocado de número. Sophie se movía despacio en su depresión creciente, recogiendo sin ganas las cosas tiradas que se acumulaban desde hacía una semana.

Cada día que no llamaba Craig la dejaba más abatida e insegura de sí misma. Había confiado en lo que estaba pasando entre ellos, como si siempre hubiera sido su destino encontrarse. Deseaba con todas sus fuerzas creer que el mundo funcionaba así. No quería volver a su prosaica realidad. Toda su vida la habían acusado de tener una imaginación demasiado vívida, pero últimamente había empezado a sentir que su imaginación era sagrada, y su cuarto un templo para aquella, en cierto modo. Los mundos que le habían sido mostrados habían sido tan reales, más que su vida hasta ese momento en muchos sentidos, por extraño que pareciera. Y ahora sentía que si no podía creer en ellos, iba a perder todo lo que le importaba.

Él no le había devuelto las llamadas. ¿Cómo había podido juzgarlo tan mal? Habían pasado tres semanas, y cada día sentía menos la atracción de su cuarto. Lo que más temía estaba ocurriendo, se estaba perdiendo a sí misma de nuevo, y por una relación de pareja. Al final ya no había nada que pudiera animarla a recorrer el pasillo hasta su habitación.

Aquella noche, a la luz de la vela púrpura, le había invitado a fundirse con ella, con su misma esencia, porque por fin se sentía lo bastante a salvo para estar presente en el mundo por completo. La presencia de Craig era su hogar. Ahora no podía sentirse menos segura, y ninguno de los acuerdos a los que había llegado con Cybil tenía sentido alguno. Ni siquiera se sentía triste, solo inerte. ¿Cómo podían haber compartido semejante milagro y no volver a estar juntos nunca? ¿Cómo podía su vida tener sentido sin él? Con todo lo que tenía ya ella, ¿cómo podía un desconocido acabar con ello, privar de sentido a su vida en un momento? ¿Había sido amor lo que había sentido o había quedado atrapada en una parte de sí misma peligrosa y vacía? La mayoría de la gente dejaba las relaciones de pareja por supervivencia. Por evitar el riesgo en ese plano. ¿Por qué lo había entendido tan tarde?

El sol se ponía, y ella permaneció allí, sentada, mientras la oscuridad aumentaba. Se estaba muriendo. El agua estaba muy fría, y su pesada falda la arrastraba hacia el fondo. En sus forcejeos, salía a la superficie y conseguía aspirar el aire suficiente para seguir debatiéndose un minuto más, hasta que su espíritu relajaba el abrazo que lo ataba a su cuerpo.

En sus últimos esfuerzos, solo los ojos llegaron hasta más allá del agua. Durante ese segundo eterno, ella lo contempló mientras él intentaba alcanzarla, mientras le suplicaba que luchara con más fuerza, mientras nadaba desesperadamente hacia ella. Ni siquiera el amor de él fue suficiente.

Ella suspiraba por él, temía por su vida, mientras su espíritu lo veía trazar círculos en torno al lugar en el que ella había desaparecido. Aferrado al bote volcado, él sacó del fondo su cuerpo, el cuerpo que le había dado tanto placer, y besó su boca fría y húmeda. Al llegar a la orilla, él dejó que la barca volviera a adentrarse en el lago. Mientras el bote se mecía como una cuna sobre las suaves olas y desaparecía en la bruma cada vez más espesa, él había abrazado su cuerpo, sintiéndose impotente y vulnerable.

No era la primera vez, ni sería la última, que la muerte ponía a prueba la fortaleza de sus espíritus y de su amor.

¿Podía ser cierto lo que estaba viendo? ¿Estaba también ese recuerdo en el inconsciente de Craig? ¿Acaso su amor eterno había perdido ante el miedo de él a sentirse completamente vulnerable, ante el terror de ella a quedarse completamente sola? Ahora, solo rozar levemente la

vida del otro había liberado el dolor de sus almas sangrantes e impedido que lo intentaran de nuevo.

Milagrosamente, parte de su entumecedora depresión estaba remitiendo. Encendió la lamparita que había junto la estantería. Tenía que enfrentarse a su miedo a perderlo, un temor que hacía que volviera a perderlo una y otra vez, quizá ahora para siempre, porque esta vez también se estaba perdiendo a sí misma. Era la constante de su vida, según parecía. Encendió otra luz y recorrió el pasillo hacia su cuarto.

La rosa todavía era un capullo, su color aún tan intenso como la sangre. La insertó en la tabla portabebés, junto a la pluma. Sobre la mesita, que aún sostenía sus copas de vino, había caído cera de color púrpura, formando ondas.

La sala aplaudió su llegada, le dio la bienvenida. No todo estaba perdido. Encendió un poco de incienso de salvia y dejó que aquella plegaria en forma de rizo delgado disipara sus miedos. El quimono parecía haber revivido bajo la cálida luz. El marido de la mujer la amó más todavía después de la aparición de la libélula. Ahora lo sabía con certeza. Sin embargo, esta era la vida en la que la muerte devoraba el amor de la pareja.

La noche de la aparición de la libélula, después de que la delicada tetera que le había dado a él calentara sus manos, ella le ofreció su alma. El fuerte cuerpo masculino era una silueta enmarcada por las frágiles paredes de papel. Ella sabía que aquella sencilla ceremonia a duras penas contenía la gran pasión que él sentía. Este amor que compartían era tan extraordinario que ninguno de los dos sabía cómo hablar de él. No había palabras. Todo lo que la costumbre exigía de su matrimonio era que cumplieran los papeles sociales que se esperaba de ellos.

Esa noche, cuando hicieron el amor, cada uno olvidándose de su pequeño yo, sus dos espíritus se convirtieron en uno solo. No hubo separación, y una reminiscencia de tiempos remotos brotó para recordarles que los encuentros sexuales entre ellos eran sagrados.

La siguiente vez que tocó el cuerpo del amado, las manos de ella estaban frías como el hielo, un frío que desde las yemas de los dedos recorría todo su cuerpo hasta recogerse en el corazón, donde se alojó durante siglos.

Ella había causado su muerte con una nota de amor que le había enviado en secreto, a pesar de que él le había advertido que podía caer en manos enemigas. Y por eso el espíritu de él ya no podía volver a confiar en ella. La vulnerabilidad ante el amor que requería su valeroso espíritu guerrero ahora era imposible para él. La muerte los mantendría separados hasta que salvaran el abismo. ¿Podría sanar ella sola, sin él, o ese era el camino fácil? Aunque sus espíritus estuvieran siempre conectados, tendrían que aventurarse aquí, en esta vida, o en otra, tantas veces y en tantas situaciones como fuera necesario. Como espíritus habían elegido aprender juntos sobre el amor y el coraje.

Sophie fue a buscar las llaves del coche.

Un fuerte viento arrancaba las últimas flores de los árboles, y los faros iluminaban sus giros y vueltas, que parecían una danza sufi. De nuevo se moría. Y esta vez se alegraba. No tenía por qué dejar que sus temores la controlaran, a pesar de la profunda conexión que le había sido revelada, la avasalladora fuerza de un amor que no había sabido esperar. Las flores se pegaban al asfalto húmedo, alfombrando el camino ante ella.

Al final tuvo que golpear la puerta antes de que él acudiera a abrir.

—¡Sophia!

De vez en cuando él aún la llamaba por su verdadero nombre.

—Siento venir sin llamar. ¡Es que de repente te he echado mucho de menos!

Craig la miró un momento largo, con expresión seria.

—¿Qué pasa?

Sophie volvió a sentir todo el pánico de las últimas semanas. Su imaginación se batía con la realidad. ¿Cuál de ellas ganaría?

—Entra. Qué maleducado, dejarte aquí fuera. —Craig tenía que obligarse a atenderla, y aún no la había besado—. ¿Quieres tomar algo?

—¿Tienes vino?

—¿Tinto o blanco?

—Lo que tengas abierto.

—Pues creo que tinto.

¿Era este el mismo hombre que había colocado una rosa en el centro de su cuarto?

—¿Qué estabas haciendo? ¿Interrumpo?

Él la estaba mirando como antes la miraba Tom.

—No, para nada. Estoy haciendo el equipaje.

—¿El equipaje?

Solo pudo susurrar las palabras.

—¿Hay algún problema, Craig?

—Es que me parece que este es un buen momento para empezar mi libro.

—Qué raro es el mundo, ¿no? Siempre hay alguien que quiere más de lo que lo quieren a él. El mundo debe apartarse de la fuerza de un desequilibrio tan formidable. ¿Dejaría de girar la Tierra si todos nos quisiéramos por igual?

Él no contestó.

—No lo digo en broma.

Al final se acercó a ella y la tomó en sus brazos, y Sophie pudo sentir cómo sus músculos se tensaban bajo su camisa de franela, que olía a recién lavada.

—Eres un enigma, Sophia. Cuanto más nos acercamos, más te alejas.

—¿Me ibas a llamar?

—Claro.

—Sé que debo parecerte un enigma. Hasta hoy no he entendido por qué. Por eso he venido corriendo. ¿Es tarde?

Intentaba provocarlo para que sonriera.

Ardía un fuego en la chimenea de Craig. Le gustó que la tuviera encendida para él solo. Él la tomó de la mano y la llevó hasta el sofá que se encontraba frente al hogar.

—Ahora dime lo que has aprendido.

—Craig, lo siento mucho. Tienes razón. Me he dado cuenta de que me estaba apartando. Pero creo que no puedo controlarlo. Te sorprenderá saber que nunca he dejado acercarse tanto a nadie.

—Cuando te apartas de mí, es como si mi mujer se volviera a morir. Pero peor. Ella nunca venció mis defensas como tú, y en tan poco tiempo.

—Puede que el amor no correspondido sea más fácil. Quiero contarte una historia. Te va a parecer rara.

Para sentirse bien con aquella relación, o para aceptar el hecho de que pudiera terminar, iba a tener que exponer su alma, o al menos lo que había descubierto de ella. Sintió un escalofrío.

—De repente tengo mucho frío.

Craig se levantó y salió de la sala, y ella se quedó mirando el fuego. Volvió con una manta navaja y se la echó por los hombros con reverencia.

—Es de mis viajes. La llamo la manta de la abuela. Creo que te estaba destinada —dijo Craig, retrocediendo y admirándola—. Cuéntame tu historia. Ya la veo en tus ojos.

Sentía que estaba soñando: la tejedora había impregnado la manta de magia. El peso sobre sus hombros y su calidez conferían poder a su historia. Craig se sentó a cierta distancia de ella, mirándola, dándole fuerzas.

—En otra era —empezó ella— existía un hermoso templo. Probablemente existiesen muchos, pero yo solo conocía este. En el centro del santuario, que se encontraba oculto en una arboleda de robles y olmos, al amparo de un cornejo, se alzaba una hermosa estatua de mármol blanco que representaba a una madre con su criatura recién nacida en los brazos. En la suave mejilla de la Madre siempre descansaba una lágrima. No había ritual ni rezo que la borrara.

»La leyenda también hablaba de otra estatua, del Sol, que se encontraba en el otro extremo del mundo. De su mejilla también caía una sola lágrima. De la estatua emanaba una luz etérea, poderosamente sagrada. No era de este mundo, venía del cielo, de una gran estrella. Todos los que se acercaban al templo, hombres y mujeres, recibían el alimento supremo, la enseñanza sabia. Durante miles y miles de años, el bosquecillo solo albergó amor. Las parejas se hacían amantes en ella, y luego se llevaban ese sentimiento adondequiera que se instalaban. Los llamaban los Guardianes de la Lágrima. Un día, todos los presentes en el templo fueron violados y asesinados. Solo sobrevivió un bebé, milagrosa y misteriosamente. El templo sigue existiendo, pero solo en el espacio etéreo. Está casi en ruinas. Únicamente la estatua sagrada permanece intacta. Yo he vuelto allí. Ahora es un erial.

Craig se inclinó hacia ella y besó la lágrima posada en su mejilla. Y luego ella besó la lágrima de él, saboreando la sal en su lengua. Supo que sus almas habían conservado el recuerdo de esa lágrima que ambos compartían.

Él la atrajo hacia sí y la colmó, y permanecieron abrazados frente al fuego, inmóviles, durante mucho mucho tiempo, como si hubieran vuelto al bosquecillo sagrado. Cuando las brasas se apagaron, pareció que una presencia abandonaba lentamente la sala. Craig se levantó, la cogió en brazos y la llevó hasta su cama, y cuando cayó sobre el colchón con ella, Sophie envolvió sus dos cuerpos en la manta de la abuela. Los fuertes brazos de Craig la levantaron y la rodearon de almohadas.

—No te muevas, tengo algo para ti.

Encendió las tres velas de la mesita de noche, la besó en la frente y salió de la habitación. Tardó mucho en regresar. Ella estaba asombrada de lo segura que se sentía en su cama, de lo mucho que le gustaban las obras de arte que adornaban las paredes. Craig había escuchado su relato sin juzgarla, la historia que ella no había conocido hasta esa noche, de cuya existencia no había sabido nada hasta entonces. Simplemente le había brotado de las entrañas, y aún sentía la magia del relato.

El cuarto pareció electrizarse cuando él volvió. Llevaba algo envuelto en una piel de ciervo.

—No lo desenvuelvas aún —pidió, y lo depositó en su regazo con cuidado.

La luz de las velas proyectaba sombras sobre el cuerpo de Craig, y de nuevo ella se sintió desfallecer de deseo. Quería perderse en él y reencontrarse a sí misma como nunca lo había hecho antes. Alargó el brazo y posó una mano en su muslo. Él, desnudo, estaba sentado en el borde de la cama, mirándola. La piel de Craig era cálida.

—Yo también tengo que contarte una historia.

La sonrisa de Craig encendió todo su interior.

—Esto me lo dieron hace años, la primera vez que estuve en la tierra de los hopis. Estaba siguiendo la visita, la misma que hiciste tú con Gabriella, cuando una anciana me hizo señas desde su puerta. Tenía una mirada tan poderosa, tan irresistible, que me salí del grupo. Nadie se dio cuenta. La seguí al interior de su casa, que era diminuta. La estancia estaba a oscuras salvo por la luz del fuego de la chimenea de piedra, e impregnada del olor y del humo de la salvia que ardía en ella.

»No hablaba inglés, pero yo entendía todo lo que decía. Aquella mujer me sobrecogía. Era intemporal. La seguí hasta la chimenea y me indicó que me sentara en el suelo con ella. La obedecí. Sentía una gran paz a su lado. Me regaló tres cosas. La primera, esta pluma de águila.

Craig tomó la pluma, que se encontraba junto a las velas, y la colocó sobre el regalo envuelto en piel de ciervo.

—Luego me entregó la manta de la abuela, la que llevas tú. Yo la llamo así por lo que siento por ella. Y al final me dio esto. —Craig cubrió la piel de ciervo con la mano derecha—. ¡Sophia! Ahora sé qué fue lo que me atrajo hacia ella. Mientras estuvimos juntos, una lágrima pendió de su mejilla en todo momento. Me fascinó tanto como la propia mujer.

Por un momento, miró a Sophie como si fuera transparente. Se encontraba de nuevo en la pequeña estancia de la anciana. Craig exhaló profundamente, y la cama tembló con su aliento. Sophie vio los ojos de la mujer en los de él.

—Esto me lo dio al final, con las únicas palabras que dijo en inglés: «Cuando la vuelvas a encontrar, dale esto». —Craig tenía los ojos llenos de lágrimas. Cogió la pluma posada sobre el regalo—. Desenvuélvelo, por favor.

Sophie apartó la suave piel de ciervo con la respiración acelerada. Dentro del envoltorio se encontraba la vasija nupcial hopi.

—¡Craig!

—Debe de ser lo que pasa cuando dejas que el mundo desaparezca. Siempre me he preguntado si esa mujer habría existido solo en ese momento. Después de darme los regalos, hizo que me levantara y me embadurnó de salvia. Luego se inclinó profundamente, mientras cantaba un salmo, y me acompañó a la puerta. Nunca olvidaré cómo cegaba la luz del sol. Salir de nuevo al mundo fue casi como una experiencia cercana a la muerte. Después anduve preguntando por esa mujer, pero nadie la conocía. Sophia, ¿quieres beber conmigo de esta copa?

—¿No lo he hecho siempre?

Cuando metió la llave en la cerradura de su casa, los pétalos de las flores y las hojas de los árboles y el pomo de la puerta aún estaban impregnados del rocío de la mañana. Corría un aire fresco y limpio, vibrante. Craig salía de viaje a primera hora. Aún maravillada de la noche que habían pasado juntos, nunca se había sentido tan viva. No podía dejar de sonreír.

En el contestador automático parpadeaba la luz de aviso. *Foxy* estaba muerta de hambre. Le dio de comer antes de oír el mensaje.

—Mamá. Te llamo desde el hospital. Es medianoche. Alexi acaba de dar a luz a nuestra hija. Están las dos muy bien. La niña ha sido prematura, pero está muy sana. Ven en cuanto puedas.

Emocionada, corrió a la tienda de artículos infantiles, aquella en la que había encontrado la muñeca nativa americana de Gabriella. Allí había sentido la llamada de otra muñeca. Se había ido sin ella porque sabía que no era la adecuada para su nieta. Los clientes debieron de pensar que era un poco rara cuando entró corriendo, ruborizada de esperanza, y se precipitó hacia el rincón que había junto a la colección de ositos de peluche. Y allí estaba, la pequeña hada irlandesa, toda blanco y plata.

Llegó a la casa, al volante de su coche, a primera hora de la tarde. Gabriella, que la esperaba mirando por la ventana, salió corriendo y se lanzó a sus brazos. Sophie la levantó y entró en la casa con ella a cuestas.

—Mamá está dando de comer a Brigit. ¿Quieres verla?

—Lo estoy deseando. Toma, llévale tú este regalo. Y también se lo puedes abrir, porque ella es pequeña.

Gabriella se desasíó, bajó al suelo y apretó el regalo contra su pechito.

—Ven conmigo. Chissssss. ¡No hay que hacer ruido!

Una luz de mantequilla atravesaba las cortinas de organdí e inundaba la estancia. Alexi estaba meciendo al bebé en un rincón, junto a la ventana. La sala tenía un aura dulce, sedosa, sagrada. La cara de su nuera irradiaba paz; su largo cabello oscuro, recogido en una trenza, le caía sobre el hombro.

—Ven a verla —dijo Gabriella, tomándola de la mano.

Alexi se apartó el bebé del pecho para que Sophie pudiera ver su carita perfecta.

—Qué bonita es. ¡Tiene el pelo como hilo de oro! Tienes una hermana preciosa, Gabriella.

—¿Puedo abrirle ya el regalo?

Los grandes ojos marrones del bebé ya seguían a su hermana. Escuchaba su voz atentamente.

—Juraría que Brigit ya conoce la voz de Gabriella —comentó Alexi asombrada.

—Es verdad. Cómo la mira.

Las manitas de Gabriella rompieron el envoltorio, abrieron la tapa y retiraron el papel de seda que protegía a la pequeña hada. Empezó a saltar de emoción.

—Mamá, mira lo que le ha traído la abuela a Brigit.

Sophie sonrió.

—Solo quería que hubiera un poco de magia en su vida. En este mundo no es nada fácil encontrarla.

—Gracias, Sophie —dijo Alexi, quitándole el pecho a la niña—. Bueno, Brigit tiene que dormir. ¿Quieres llevarla al moisés?

Sophie se inclinó y tomó a Brigit de los brazos de su madre.

—¡Es ligera como una pluma! ¡Qué sabia parece ya...!

Con cuidado depositó a la criatura en el moisés, que estaba forrado de raso blanco, y la cubrió con una suave manta blanca decorada con pequeños pimpollos de color rosa. Brigit la seguía con la mirada.

—¡Me parece que tú quieres hablar ya! —susurró Sophie—. Y diría que tienes muchas cosas que decir.

Gabriella se encontraba al otro lado del moisés. La mano de Brigit aferraba el dedo meñique de su hermana.

—Mamá. ¿Me puedo quedar con ella mientras se duerme?

Alexi se paró a pensarlo.

—Prométeme que no la sacarás del moisés. Solo quédate a su lado, ¿vale?

—Vale.

—Voy a hacer té —informó Alexi.

—Yo voy ahora —respondió Sophie.

Incapaz de arrancarse aún de aquella habitación, se quedó en la puerta largo rato, contemplando cómo Gabriella se entregaba a su hermana, impregnándose de la santidad de la estancia, recordando los dormitorios de sus hijos cuando eran pequeños. Ningún lugar del mundo era más sagrado que el cuarto de un bebé. Estaba segura. Por fin, dejando la puerta entreabierta, se dirigió a la cocina en busca de Alexi.

—He encendido el intercomunicador. Así está vigilada. Tu té.

Alexi puso dos galletas en el platillo antes de tenderle la taza.

Se sentaron juntas en los taburetes de la barra, al lado del intercomunicador. Salvo por la suave respiración de la niña, la habitación estaba en silencio. Ellas también permanecían calladas mientras se tomaban el té.

—¡Brigit! ¡Brigit!

Gabriella hablaba en susurros. Se inclinaron hacia el intercomunicador para oír mejor.

—Brigit. Dime de dónde vienes. A mí se me está olvidando.

Alexi y Sophie se pusieron de pie y avanzaron por el pasillo de puntillas. Juntas asomaron la cabeza por la puerta del cuarto del bebé.

Gabriella sostenía la manita de Brigit entre las suyas. La pequeña estaba espabilada y la miraba fijamente, fascinada.

Detrás de Gabriella estaba el ángel de la familia. Sus alas doradas cubrían casi toda la pared. Junto a la cabeza del bebé se encontraba el abuelo de Sophie.

Su abuela no estaba con él.

Notas

1. «He vivido muchas vidas. He sido un esclavo y un príncipe. Muchas personas amadas se han sentado en mis rodillas. Y yo me he sentado en las rodillas de muchas personas amadas. Todo lo que ha sido volverá a ser.» (*N. de la T.*)

1. *William Butler Yeats, Poesía reunida*, traducción de Antonio Rivero Taravillo, Valencia, Pre-Textos, 2010.

1. Referencia a un torneo de golf que se celebraba anualmente en la zona de Palm Springs en honor al actor Bob Hope y en el que se regalaba esta clase de decantadores como recuerdo. (*N. de la T.*)

1. En el original, «Princess Tiger Lily». Esta princesa india es un personaje de los cuentos de Peter Pan. *(N. de la T.)*

1. El término *pueblo* designa poblaciones habitadas por indios nativos de Estados Unidos. (*N. de la T.*)

1. En español en el original. (*N. de la T.*)

Historia de un duelo
Carol Schaefer

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *An Ancient Tear*

© del texto: Carol Schaefer, 2014

© de la traducción: Rocío Valero Lucas, 2018

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño

© Grup Editorial 62, S.A., 2019

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2019

ISBN: 978-84-17371-76-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

cover